

Por el modo como fué tomado Sardes, creo pueda deducirse que se consideraría tan grande, que despreciaba los medios corrientes entre los débiles, pues ya entonces poseían los asirios máquinas de guerra que él debía conocer y no utilizó; tampoco los empleaba en su conducta con los vencidos: nada de opresión, nada de violencia, seguro de tenerlos á raya como un padre á sus pequeñuelos. Raro ejemplo de un grande hombre, que es al propio tiempo un hombre bueno. Las mismas colonias jónicas y eolias, imploraban del vencedor que las tratase al igual de los súbditos de Creso; ¡cuán grande no sería, por consiguiente, la magnanimidad de Cyro! Pero prestó aún mayores beneficios á la humanidad. Primero creó un pueblo, en los límites que cabía hacerlo, atrayéndose á los vencidos y asociándolos á sus miras de paz; luego resistió con esfuerzo incomparable al torrente de huestes turanias que de continuo lo asediaban, ora por el Norte, ora por el Nordeste, ora por el Este del Imperio, teniendo por digno capitán á Rustem, el Cid de los persas.

Y acaeció por aquel entonces un hecho memorable, cuya tradición dura aún, á pesar del transcurso y vicisitudes de los tiempos; hecho que armoniza con el carácter caballeresco y elevado de Cyro; carácter que comunicaba á sus soldados, como se comunica hacia abajo cuanto viene de arriba. Entonces, digo, junto al Caspio, á presencia de los ejércitos enemigos que tenían desplegadas sus banderas, donde figuraban esfinges, pieles de pantera, de león y de gacela, se verificó el combate de los once iranianos contra otros tantos turanios, cantado por Firdusi con gran entusiasmo; combate semejante al de horacios y curiacios en Roma, en el que cupo á los iranianos la victoria. El arte, en distintas manifestaciones, sigue reproduciendo pormenores de aquel triunfo nacional.

La raza judía imploró del gran Rey lo que no se implora de nadie: la libertad. El la concedió, y los míseros, no sabiendo cómo levantar á su protector, le llamaron Hombre-Cristo, y aun le hicieron creer que estaba inspirado por Dios. Pero la libertad alcanzada de esta suerte se pierde pronto, y los judíos la perdieron cuando el Hombre-Cristo revocó el edicto que había dado. Más dignas de aprecio que las palabras de Isafas y Jeremías, que invocaban á su gusto el nombre de Dios, son las de un enemigo como Esquilo. «Cyro—dice—¡afortunado moral! derramó el reposo entre sus súbditos, conquistó la Lidia y la Frigia, sometió á la Jonia, fué siempre amado de los dioses, porque era justo.»

Como de todos aquellos que en la antigüedad dejaron marcada su personalidad poderosa, ignóranse los detalles de la existencia de Cyro. Brilló, dominó, y no sabemos más. A pesar de mi profundo respeto hacia tan gran figura, no comprendo su inmensa gloria por lo que realizó en vida: el apoyo que prestó á los judíos fué estéril; en su defensa contra los turanios fué á veces derrotado y quizá murió entre ellos. Sin él, ¿habría presenciado Europa una invasión de bárbaros, que domeñando á Grecia, matara en embrión al pueblo romano? Posible es, y por esto acaso se le haya ensalzado, más que por lo que hizo, por el rumbo que sin sus actos habría tomado la política. Discurriendo de esta suerte, Cyro puede ser tenido por más grande que Alejandro, y de cierto, por el primer agente de la Historia. Pero como ésta no juzga con semejante criterio, deben existir otros motivos que abonen su extraordinario renombre.

Desde el alto punto de gloria en que colocó al Irán, descúbrese con asombro y con pena la tortuosa huella histórica de este pueblo. Aparece primero el período de Jerjes hasta Alejandro; siguen luego las terribles luchas mantenidas por los Arsacidas; nace más tarde Nushirvan, el Cyro de la época sasanida, y todo es claro hasta que la luz desaparece, y viene el caos en que los árabes sumieron á los que con tanto brío reconquistaron la honra y gloria de sus mayores. De vez en cuando vese por allí ligero brillo, al parecer aurora de un nuevo día; pero lo eclipsa, ora espesa turba de tártaros, ora de mogoles, hasta que, rehecho el instinto nacional, recobra vida, y vuelve el proceso histórico á tomar rumbo ascendente, pasando veloz por el período sefevida; terminado el cual, la historia del Irán sólo ofrece una serie no interrumpida de desgracias y dolores, que acaso, por ley de eterna vida, contribuyan á la depuración y transformación de la gente irania.

Acentuemos con detalles tan larga y trabajosa existencia.

La buena fe de Herodoto no llega al punto de no mortificar ó de atenuar la gloria de quienes, por excelentes que fueran, al fin y al cabo vigilaban á los de su raza. Lo único bueno que dice de Cyro, cuya grandeza llenaba el mundo, lo pone en boca de los iranos, quienes «proclamaban padre á Cyro, amo á Cambises y mercader á Darío.»

Lo primero es indudable, lo segundo es natural. Cada día vemos hombres modestos que acumulan fortuna para sus hijos, y la regla es que los hijos sean altivos, soberbios, circunstancia que

los induce á cometer actos que parecen originados por la locura, á pesar de estar libres de ella; así Cambises, tachado por algunos de loco, después de sepultar el cadáver de su padre siguió combatiendo al enemigo nacional, al turanio, y fué á Egipto, donde se condujo con Psammético al igual de Cyro con Cresos, generosamente, sin abusar de la fuerza; tiene por lo mismo gran parte en la obra civilizadora llevada á cabo por su padre. Se mató, según dice la inscripción de Bisutun; y aunque no revela más, no por esto debe menguarse su nombre. Por lo que á Darío respecta, no veo en él nada de mercader, palabra que á mi entender escogería Herodoto, forzando el concepto de otra más adecuada al Soberano, y que andaría en boca de los iraníes.

Trató, como es natural, de probar que pertenecía á la familia de los aquemenidas (amigables); parece ser que enlazaba á ellos por la tribu de Pesergad (hijo de Gad), que es como si un pariente lejano de Enrique IV hubiese aducido para ser Rey de España afinidad con los vascos. El primero dió ejemplo de lo que puede la osadía; es el tipo del usurpador, y si no lo proclamó, se debe al arraigado afán de los pueblos, encaminado á probar que todos sus Reyes proceden de un mismo tronco, evitando de esta suerte la vergüenza que sin duda les causa el que muchos vivan á merced de uno. Esta vergüenza se ha perdido hoy, en que existen hombres que van por el mundo buscando persona que se digne mandarlos.

Usurpador y todo, afirmó el edificio levantado por sus gloriosos antecesores, y es tan difícil por lo menos conservar como ganar. Entonces, y lo mismo observo que acontece hoy, el despotismo engendra la democracia; siendo altísimo el pedestal en que se halla colocado el amo, son imperceptibles las diferencias entre los súbditos; todos son iguales ante aquel que reside en Susa, y la historia de Mardoqueo prueba que en estos Estados despóticos no es tan fácil deshacerse de un hombre, por insignificante que sea.

Los *Kshatrapa*, nombre análogo al de Bajá (*Pa sha*), puesto que éste significa «pie del Shah», y aquél, «pie de la corona» y según otros, «Señor del gran quitasol», cuyo sentido es idéntico, eran funcionarios de la administración, mientras que los órganos del poder político eran, en mi sentir, los *Jshaeta*, especie de Gobernadores ó Señores feudales, sobre quienes estaba el *Pati Jshaeta*, Señor de los Señores feudales, título que ha venido

á ser Padishah, Shahinshah, y de consiguiente, significa «Rey de los Reyes» del país, no del mundo.

Respecto á los veinte millones de duros anuales que procedían de las veinte satrapías, no debían estar destinados, á juzgar por lo que acontece hoy, á los gastos de aquel vastísimo Imperio, sino tan sólo á una parte de los mismos, y lo restante para la gaveta de S. M., á cuyas expensas vivirían nubes de holgazanes é intrigantes. A tan respetable suma deben añadirse los regalos con que *ab initio* los pequeños abren las puertas de las casas de los grandes, pues mucho antes de Quevedo sabían que el «pobre cuando da, pide más que cuando pide.» En posesión de tantos caudales, ¿qué extraño es el despilfarro de que se habla en el libro de Ester? También despilfarra hoy el Shah, quien sigue siendo el rico por excelencia.

No sabemos si Darío hizo la guerra en persona. Dado su carácter, creo probable que no se contentara con los ocios de la abundancia, y tomara siquiera parte en algunas de las expediciones que por entonces se realizaron á Egipto, á la Pequeña Rusia, al Adriático ó á Maratón, donde las armas iránias sufrieron un revés secundario por más que digan, y lo prueba el corto número de Atenenses que murieron. Puso en curso la moneda, los dáricos, regularizó los medios de comunicación, reformó la religión, en lo cual no halló dificultad, porque los iránios fueron siempre despreocupados, estrechando con esta medida los lazos de unión entre muchas y diversas gentes, y por fin, dió cuerpo y arraigo al Imperio, declarando á Susa capital; Cyro y Cambises no tuvieron tiempo de pararse en estos detalles.

No veo, por consiguiente, cómo pudo decirse de Darío que fué un mercader; si no hubiese hecho más que acumular tesoros, valiéndose de su posición, podía haber sido tenido por tal, aunque esto hacían antes que él, y lo siguen hoy haciendo el mayor número de Monarcas. Pero organizar un país moral y materialmente, y engrandecerlo, se aviene mal con aquel concepto. Cyro, Cambises y Darío ofrecen el fenómeno, único en la Historia, de tres grandes hombres que se suceden en un mismo trono.

Llegamos al reinado de Jerjes, el Isayarsa de los iránios, el Asuero de la Biblia. Nacido en la molicie, educado en el fausto, ¿qué había de ser? El harem bastaba á su corazón; las fiestas, á su entendimiento; es pues natural que en tales manos decayese ya el Imperio, como decayó; confirmándose de esta suerte el

principio de que todas las cosas en este mundo tienen su primavera y su otoño.

Acerca de los detalles transmitidos por los griegos de aquella época dolorosa, no hay duda de que cabe sospechar en ellos extraordinaria exageración. Por regla general, en Oriente y en Grecia, cuando se promete ó se elogia, y se promete á cada paso y se elogia todo, hay que dar en seguida al olvido la alabanza ó la promesa. Sabíalo esto perfectamente Herodoto, pero halagábase el decir que Jerjes necesitaba enviar centenares de miles de hombres contra los helenos; si lo hubiese meditado un poco, habría caído en la cuenta de que es tan imposible mover una masa de cinco millones de hombres como mover un país de un lado para otro. Menos crédito merece aún Ctesias, el cual vivía á mesa y mantel con los aquemenidas, y como éstos le favorecían, hablaba mal de ellos. Lo propio hacen extranjeros que van á ganar la subsistencia en país extraño; que el agradecimiento no es carga para todo el mundo.

Indudablemente Jerjes fué arrastrado á Grecia, y de fijo los mismos griegos desterrados en su Corte, que esperarían, á cual más, beneficiarse de la conquista del Gran Rey. El harem, alma de estos Gobiernos, también tendría parte, así como la excentricidad, el orgullo, y sobre todo, la superstición. Pero, ¿debe recaer sobre Jerjes todo el peso de las desgracias? No me parece esto justo, entre otras razones, porque entiendo que la iniciativa del error nunca parte exclusivamente de nosotros, sino más bien del conjunto de circunstancias que nos rodean, mientras que la iniciativa del bien es siempre por entero nuestra.

Quando contemplo la corte del Shah, ó pienso en la del Sultán de Constantinopla, imagino lo que debió ser la de Jerjes, y me la represento entre aquel sinnúmero de bellas construcciones asirias, realizadas por el ingenio griego, la esfinge en armonía con la columna, el bajo relieve con la estatua, el vistoso azulejo con la sólida sillería; veo multitud de operarios y artífices dedicados á la confección de armas y utensilios preciosos, al tejido de telas, á la escritura en adobes, al hierogrammata codearse con el guerrero, al persa despreocupado y alegre junto al industrioso egipcio, al paciente negro alternando con graves mercaderes árabes; admiro aquella magnífica ciudad, mansión de la holgura, invadida por hombres de todas las naciones, llena de sabios, de artistas, de mercaderes, astrólogos, familiares, cortesanos, mujeres, y so-

bre todo de aventureros é intrigantes minando aquel gradísimo edificio, pero contribuyendo al mismo tiempo á ser vehículo de las ideas y corruptores de las costumbres, que es el camino para depurarlas, porque sólo el exceso mata al exceso. Susa no pudo menos de ser lo que es hoy Londres ó París, lo que había sido Nínive ó Babilonia; allí se encontraban los viajeros procedentes de distintas comarcas, allí se reflejaban las civilizaciones de todos los pueblos, así del griego, en su extraordinario rápido apogeo, como del babilonio en su decadencia, como del egipcio enamorado de su antigua rutina, como del judío, rudo de cerviz, orgulloso con su tradición. Y este choque de tan diversos pueblos debía ser tanto más notable, cuanto que en aquella edad se viajaba de muy distinto modo que hoy; el viajero no pasaba entonces sin ver ni ser visto; era necesariamente un agente civilizador en el sentido lato de esta palabra; no volaba por el país, tenía que andarlo paso á paso, marcando su huella en todas partes; entonces entre los hombres el primer lazo de comunicación era la comunidad de ideas, porque la idea, para hacer su camino, tenía que ir envuelta en la mercancía.

Curioso sería conocer los manejos de los helenos proclamando con énfasis su interés por la persona del Gran Rey, del mismo modo que hoy proclaman su adhesión al Sultán, y pidiéndole auxilio á todas horas para atacar una ciudad, para atizar una rebelión, recomendaciones para intrigar contra un Sátrapa, influencias para engrosar las filas de mercenarios, verdaderas sanguijuelas del gigante iranio, y posteriormente del coloso griego. Irán pereció por sobra de hombres, del mismo modo que Grecia, y posteriormente nosotros también por falta de ellos. Los israelitas, fija la mente en reconquistar la unidad nacional, tan rampantes como siempre, tampoco debieron ceder á los griegos en doblez, y se deslizarían por donde sólo ellos saben deslizarse. ¿Qué extraño es, pues, que entre todos contribuyeran á desmoronar el Imperio iranio, faltando iniciativa y fuerza en quien debiera tenerlos á raya?

No sabemos cómo ni cuándo murió Jerjes, ni lo que aconteció después de él. Por espacio de dos siglos, hasta la invasión de Alejandro, disminuyen los materiales de la Historia al par que el poderío aqueménida; la agonía de tan soberbia dinastía fué larga, á proporción de su vigorosa existencia pasada. La Crónica Real no habla más que de intrigas, discordias y muertes.

## SARDANÁPALO

POR LORD BYRON

Traducción de D. José Alcalá Galiano.

*El salón del Palacio iluminado.—SARDANÁPALO y sus convidados sentados á la mesa.—F'uera, una tempestad.—De cuando en cuando óyense truenos durante el banquete.*

SARDANÁPALO. ¡Llenad las copas bien! Así me gusta.  
¡Esta es mi propia y verdadera patria,  
En medio de estos ojos refulgentes  
Y estas hermosas y felices caras!  
No llega aquí el dolor.

ZAMES. Ni á parte alguna,  
Pues donde el Rey está luce la llama  
Divina del placer.

SARDANÁPALO. ¿No es mejor esto  
Que aquellas cacerías sanguinarias  
Del gran Nemrod, ó mi salvaje abuela  
Cazando reinos, ¡ah!, que conquistaba  
Sin poderlos guardar?

ALTADA. Muy poderosos  
Fueron, cual fué tu estirpe soberana;  
Mas ninguno anterior llegó á la cima  
Do llegó Sardánapalo, quien basa  
Su alegría en la paz, única gloria  
Veraz.

SARDANÁPALO. Y en el placer, mi buen Altada,  
Del cual la gloria no es sino la senda.  
¿Qué buscamos? ¡El goce! Menos largo  
Hemos hecho la vía que á él conduce,  
No buscando su huella señalada  
Entre humanas cenizas y una tumba  
Dejando á cada paso nuestra planta.

ZAMES. Todos los corazones son dichosos,  
Todas las voces bendiciones alzan  
Al gran Rey de la paz, que hace del mundo  
Una festividad.

SARDANÁPALO. ¿De esas palabras

Seguro estás? Oí otras cosas. Dicen  
Que hay traidores.

ZAMES. ¡Traidores! Los que audacia  
Tienen de hablar así son los traidores.  
¡Imposible! ¿Qué causa?

SARDANÁPALO. Sí, ¿qué causa  
Puede haber, en verdad?... Llenad la copa;  
No quiero de ellos ocuparme; basta:  
No hay ninguno, y si existen, ya se fueron.

ALTADA. ¡Convidados: brindad conmigo! Hincada  
La rodilla apurad una medida  
A la salud del Rey... ¿Dije monarca?  
¡Por el dios Sardanápalo!

(Zames y los convidados se arrodillan y exclaman):  
Más grande

Que su padre Baal, de más pujanza.  
¡Por el dios Sardanápalo!

(Al arrodillarse se oyen truenos, y algunos se levantan  
en confusión).

ZAMES. ¡Oh, amigos!  
¿Por qué os levantáis con esa alarma?  
Ese potente estruendo es que los dioses  
De sus padres se asocian...

MYRRHA. O amenazan.  
Rey, ¿sufrirás esa impiedad demente?

SARDANÁPALO. ¡Impiedad!... Si los hombres que reinaran  
Antes de yo reinar pueden ser dioses,  
Yo no pretendo exonerar su casta.  
Mas levantad, mis crédulos amigos,  
Y vuestra devoción podéis guardarla  
Para el que truena allí; yo sólo busco  
Amor, no adoración.

ALTADA. Pues ambas..., ambas  
Por siempre os deben los vasallos fieles.

SARDANÁPALO. Parece que los truenos se agigantan.  
¡Noche tremenda!

MYRRHA. ¡Oh, sí, tremenda noche  
Para cuantos no tienen las estancias  
De un Palacio soberbio que proteja  
A sus adoradores!

SARDANÁPALO. Verdad hablas,  
Myrrha gentil; y si tornar pudiese  
Mi reino en un refugio á la desgracia,  
Lo cumpliría.

MYRRHA. Luego dios no eres  
Al no poder llenar mira tan alta,



## SARDANÁPALO

- Tan bondadoso y general deseo  
Como ese mismo afán tuyo implicara.
- SARDANÁPALO. ¿Y entonces vuestros dioses que lo pueden  
Y no lo hacen?
- MYRRHA. No hables de eso; calla,  
Y no los provoquemos.
- SARDANÁPALO. Razón tienes,  
Pues la censura no les es más grata  
Que á los mortales. Escuchad, amigos,  
Un cierto pensamiento que me asalta:  
Si no existieran templos, ¿os parece  
Que idólatras del aire se encontrarán,  
Sobre todo si ruge furibundo  
Cual hoy?
- MYRRHA. Le invoca el Persa en su montaña.
- SARDANÁPALO. Sí; cuando brilla el sol.
- MYRRHA. Y yo pregunto:  
Si este Palacio, vuestra regia estancia,  
Fuere asolado, y con fragor cayese  
La pesantez de sus techumbres altas  
¿Cuántos aduladores lamerían  
El polvo en que su Rey se sepultara?
- ALTADA. Muy sarcástica está la hermosa jonia  
Con la nación que á conocer no alcanza.  
Los asirios no tienen otro goce  
Que el de su Rey, y en su homenaje basan  
Su orgullo...
- SARDANÁPALO. Perdonad, huéspedes míos,  
De aquesta griega la vivaz palabra.
- ALTADA. ¡Perdón! Señor, nosotros la honoramos  
Sobre todas las cosas que cercanas  
Están de ti. ¡Callad! ¿Qué ruido es ese?
- ZAMES. Nada; sólo el estruendo de portadas  
Distantes, por el viento sacudidas.
- ALTADA. Resuenan como el choque de... Mas ¡calla!...  
¡Escuchad; otra vez!...
- ZAMES. Es la copiosa  
Lluvia que cae sobre los techos.
- SARDANÁPALO. Basta.  
Myrrha, mi bien, ¿la lira preparaste?  
Cántame una canción de Safo; canta  
De aquélla ¿sabes? que en la patria tuya  
Se arrojó...
- (Entra Pania con la espada y sus vestiduras ensangrentadas y en  
desorden. Los convidados se levantan en confusión).  
PANIA. (A los guardias)

A las puertas sin tardanza  
Acudid y á los muros exteriores  
Id pronto. ¡Vuestras armas! ¡A las armas!  
El Rey está en peligro. ¡Soberano!  
Esta prisa excusad...; es celo.

- SARDANÁPALO, Habla,  
PANIA. Es lo que sospechaba Salemenes.  
Los desleales y atrevidos sátrapas...
- SARDANÁPALO. Herido estás... Al punto, dadle vino;  
Cobra un poco de aliento, mi buen Pania.
- PANIA. No es nada; es un rasguño solamente.  
Estoy más devorado por el ansia  
De avisar á mi noble Soberano,  
Que herido en la defensa de su causa.
- MYRRHA. Bien, señor, ¿los rebeldes?...
- PANIA. Pues tan luego  
Como á su puesto, en la ciudad, llegaran  
Arbaces y Beleses, rehusaron  
Abiertamente proseguir su marcha.  
Al intentar usar de los poderes  
Que en mis manos para ello delegaran,  
Apelaron entonces á sus tropas,  
Que se alzaron con fieras arrogancias.
- MYRRHA. ¿Todos?
- PANIA. Muchos.
- SARDANÁPALO. No ahorres tu lenguaje  
Para ahorrarme la verdad.
- PANIA. Mi guardia,  
Aunque corta, era fiel, y es la que queda.
- MYRRHA. ¿Y esa es toda la fuerza reservada  
Que permanece fiel?
- PANIA. No; los bactrianos,  
A cuyo frente Salemenes marcha  
(Pues sospechoso de los jefes medos  
En su camino preparado estaba),  
Son numerosos, y al rebelde afrontan  
Combatiendo pulgada por pulgada,  
Un formidable círculo formando  
En torno del Palacio, donde tratan  
De concentrar el grueso de sus fuerzas  
Y al Rey salvar. (*Vacila*). Encargo tengo...  
Acaba:
- MYRRHA. De vacilar no es tiempo.
- PANIA. Pues implora  
Salemenes al Rey ciña sus armas,  
Aunque sea un instante, y que se muestre

## SARDANÁPALO

A sus soldados: su presencia alcanza  
En este trance más que en su socorro  
Falanges.

SARDANÁPALO. ¡Hola! Mi armadura traigan.

MYRRHA. ¿Irás?

SARDANÁPALO. ¿Y por qué no? ¡Vamos!... Escudo  
No me deis; pesa mucho; una coraza  
Ligera, con mi espada, es suficiente.  
¿Dónde están los rebeldes?

PANIA. A distancia

De un estadio del externo muro,  
Donde el combate más feroz se traba.

SARDANÁPALO. Podré cargar entonces á caballo.  
Sfero: pronto mi caballo manda.  
En los patios y pórticos externos  
Hay amplitud bastante dilatada  
Para mandar allí la numerosa  
Mitad de los jinetes de la Arabia  
(Sale Sfero por la armadura).

MYRRHA. ¡Cuánto te adoro!

SARDANÁPALO. Nunca lo he dudado.

MYRRHA. Mas ahora te conozco.

SARDANÁPALO. (A su servidor).

Trae mi lanza.

¿Dónde está Salemenes?

PANIA. Donde debe

Un soldado; en la lid más empeñada.

SARDANÁPALO. Vuela entonces con él. ¿Hay paso libre  
Entre el palacio y la falange?

PANIA. Estaba

Cuando vine, y no temo: nuestras tropas  
Firmes están y la falange en guardia.

SARDANÁPALO. Dile que su presencia economice  
Y que la mía yo no he de ahorrarla.  
Y di que al punto voy.

PANIA. Entonces llevo

La victoria, señor, en tu palabra.

(Vase Pania).

SARDANÁPALO. Altada, Zames, id: ¡armaos pronto!  
Todo dispuesto en la armería se halla.  
Ved que pongan en salvo á las mujeres  
En las habitaciones apartadas:  
Una guardia poned delante de ellas  
Con la consigna estricta y la ordenanza  
De dejar sólo el puesto con sus vidas.  
Y de su mando Zames, tú te encargas.

Ármate, Altada, y vuelve aquí; tu puesto  
Junto á nuestra persona te reclama.

(*Vanse Zames, Altada y todos, excepto Myrrha*).

(*Entra Sfero con las armas del Rey, etc.*)

SFERO. Vuestra armadura.

SARDANÁPALO. (*Armándose él mismo*).

¡ Ah! Mi coraza venga.

Bien: ahora el cinturón; ahora mi espada.

¡ Ah! Y el yelmo olvidé... ¿Dónde está el yelmo?

Este es bueno...; no, pesa mucho; aparta;

Te engañaste, no es éste; es el que tiene

En torno una diadema cincelada.

SFERO.

Señor, pensé que aquél es muy visible,

Por las piedras preciosas que se engarzan

En torno de él, para poner debajo

En grave riesgo vuestra sien sagrada;

Y, creedme, señor, si no tan rico,

Este es mejor metal y más resguarda.

SARDANÁPALO. ¿Lo crees? ¿Tú también eres rebelde?

Obedecer te toca; vuelve..., anda...,

Y..., no..., ya es tarde... Iré sin él entonces.

SFERO.

Al menos llevad éste, Rey.

SARDANÁPALO.

¡ Aparta!

¿ Soportar este Cáucaso?... Pues esto

Para mis sienes es una montaña.

SFERO.

Pensad, señor, que el ínfimo soldado

Así no corre expuesto á la batalla.

Os reconocerán todos los hombres,

Pues por fin ha cesado la borrasca,

Y la luna, rasgando las tinieblas,

De nuevo ya su claridad derrama.

SARDANÁPALO. Fuera voy para ser reconocido;

Pronto así lo seré. Venga mi lanza:

Armado estoy.

(*Deteniéndose al ir á marchar, y volviéndose á Sfero*).

¡ Ah! Me olvidaba, Sfero...

Trae el espejo.

SFERO.

¿Espejo, señor?

SARDANÁPALO.

¡ Vaya!

Sí, señor; es aquel pulido bronce

Del botín de la India... Mas, ¿qué tardas?

(*Vase Sfero*).

Myrrha, tú irás á algún lugar seguro.

¿Por qué no vas con las demás muchachas?

MYRRHA.

Porque mi sitio es éste.

SARDANÁPALO.

¿Y cuando marche?

- MYRRHA. Os seguiré.
- SARDANÁPALO. ¡Tú! ¿Dónde?... ¿A la batalla?
- MYRRHA. La primer joven griega, si lo hiciese,  
No sería que allí se encaminara.  
Aquí, señor, aguardaré tu *vuelta*.
- SARDANÁPALO. Sitio muy espacioso es esta estancia,  
Y la más anhelada, si ellos triunfan.  
Si fuese así, si yo no retornara...
- MYRRHA. Nos volveremos á encontrar.
- SARDANÁPALO. ¿En dónde?
- MYRRHA. En el sitio do al fin todos se hallan ;  
¡En Hades!, si es verdad, como yo creo,  
Que detrás del Stigio hay una playa ;  
Y si no, en las cenizas.
- SARDANÁPALO. ¿Y te atreves  
A tanto?
- MYRRHA. A todo ; todo lo arrostrara,  
Menos sobrevivir á quien he amado,  
Y ser botín de algún rebelde ; marcha,  
Y prueba da de tu mayor bravura.  
(*Vuelve Sfero con el espejo*).  
Me va bien, me va bien esta coraza,
- SARDANÁPALO. (*Mirándose*).  
Y el cinturón mejor ; en cuanto al yelmo,  
Ni pizca. Me parece, sin jactancia,  
Que no me sientan mal estos juguetes ;  
Ahora los vamos á probar. ¡Altada,  
Altada! ¿Dónde está?
- SFERO. Fuera, esperando  
Con el escudo.
- SARDANÁPALO. ¡Ah! Sí ; se me olvidaba  
Que es mi escudero por derecho propio  
De sangre, en sucesión hereditaria.  
Myrrha, abrázame... ; más, más todavía...  
Ámame, venga lo que venga. Aguarda.  
Hacerme digno de tu amor, mi gloria  
Mayor será.
- MYRRHA. Vé fuera á conquistarla.  
(*Vanse Sardanápalo y Sfero*).  
Ya sola estoy ; ya todos se marcharon ;  
Y ¡cuán pocos, de todos los que marchan,  
Acaso volverán! Que él solo venza,  
Aunque perezca yo. Si él no triunfara,  
Moriré ; no podré sobrevivirle.  
Mi corazón hirió ; no sé la causa.  
No porque es Rey ; pues que su reino ahora

Tiembla bajo su trono, y á sus plantas  
Se abre la tierra para darle sólo  
De su reino una tumba solitaria.

Y, empero, le amo más. ¡Oh, prepotente  
Jove! ¡Perdona la monstruosa llama  
De este amor hacia un bárbaro que ignora  
Tu Olimpo! Sí; le adoro con el alma;  
Y, ahora, ahora mucho más que... Pero,  
¡Atención! El fragor de la batalla  
Se acerca, me parece. Si así fuera,

(*Saca un pequeño pomo*)

El veneno sutil de esta substancia,  
Que con estudios aprendió mi padre  
Á componer en las Euxinas playas,  
Sabrá seguramente libertarme,  
Y aun hace tiempo ya me libertara,  
A no ser porque he amado hasta el extremo  
De llegar á olvidar que soy esclava...  
Donde esclavos son todos menos uno,  
Y de su misma esclavitud se ufanan,  
Con tal de que, á su vez, les sirvan otros  
Seres más degradados en la escala  
De la vil servidumbre. ¡Ay! Olvidamos  
Que las cadenas, aunque estén llevadas  
Por adorno, no son menos cadenas.  
¡Los gritos otra vez! Y el choque de armas...  
Y ahora... ahora... (*Entra Altada*).

ALTADA.

MYRRHA.

¡Pronto, Sfero; pronto!  
No está aquí. ¿Qué le quieres? ¿Cómo se halla  
El combate?

ALTADA.

MYRRHA.

ALTADA.

Dudoso y formidable.  
¿Y el Rey?  
Cual Rey. Llevarle nueva lanza

Debo y su propio casco. La cabeza  
Desnuda, peleó; mas le amenazan  
Mucho ya. Conocieron los soldados  
Su faz, y el enemigo vió su cara,  
Y á la ancha luz de la brillante luna  
Su flotante cabello y su tiara,  
Un blanco demasiado *real* le hicieron.  
Cada flecha que vuela va apuntada  
Al hermoso cabello, al bello rostro  
Y á la diadema reluciente y ancha  
Que corona á los dos.

MYRRHA.

Vosotros, dioses,  
Que fulmináis en mi materna patria,

ALTADA. ¡Protegedle! ¿Fué el Rey quien os envía?  
Fué Salemenes quien aquí me manda  
Con este encargo, y sin que sepa de ello  
El indolente soberano nada.  
¡El Rey! ¡El Rey combate cual festeja!  
¿Dónde está Sfero? ¿En la armería se halla?  
Allí debe de estar. (*Vase Altada*).

MYRRHA. No, no es deshonra  
Amar á ese hombre. Casi deseara  
Lo que antes no anhelé; que fuese griego.  
Si el mismo Alcides empañó su fama  
Ciñendo el traje de la Lydia Onfale  
Y empuñando la rueca que degrada,  
Este, seguramente, que de pronto  
Como un Hércules fiero se levanta,  
El, nutrido en las artes femeniles  
Hasta la edad viril desde la infancia,  
Que, cual si fuese á lecho de placeres,  
Corre desde el festín á la batalla,  
Merece bien que sin desdoro pueda  
Una doncella griega ser su amada,  
Un bardo griego su cantor, y un griego  
Sepulcro monumento á sus hazañas.  
(*Entra un oficial*).

OFICIAL. ¿Cómo sigue la lid, señor?  
Perdida,  
Perdida; casi ya sin esperanza.  
Zames: ¿dónde está Zames?

MYRRHA. Apostado  
Al frente de la guardia destinada  
Para la habitación de las mujeres  
Debidamente custodiar. (*Vase el oficial*).

MYRRHA. (*Sola*). Se marcha;  
¡Sólo dijo que todo está perdido!  
¿Qué más quiero saber? Esas palabras,  
Esas breves palabras significan  
Que un reino, un Rey, una gloriosa casta  
De trece siglos, miles de existencias  
Y la suerte de todos, arrancada  
Con la vida, se hundieron; y yo misma  
También entre los grandes, cuando caigan,  
Cual pequeña burbuja que se rompe  
Entre las mismas olas que la arrastran,  
Nada seré. Y al menos yo soy dueña  
De mi destino, y no seré contada  
Del vencedor soberbio en los despojos.

*(Entra Pania).*

PANIA. Myrrha, venid conmigo sin tardanza;  
No debemos perder un solo instante...  
Único que nos resta.

MYRRHA. ¿Y el Monarca?

PANIA. Me manda aquí para, detrás del río,  
Desde aquí mismo, conduciros salva  
Por secreto pasaje.

MYRRHA. Luego vive...

PANIA. Y vuestra vida asegurar me encarga;  
Y os ruega que por él guardéis la vida  
Hasta que á vos á reunirse vaya.

MYRRHA. Entonces, ¿cederá?...

PANIA. Sólo al extremo.

Aun hace todo cuanto á hacer alcanza  
La desesperación, y paso á paso  
El Palacio disputa.

MYRRHA. ¿Luego se hallan

Aquí? Sí... ya el estruendo de sus gritos  
Llega al través de las antiguas salas,  
Jamás hasta esta noche maldecida  
Por los rebeldes ecos profanadas.  
¡Adiós, raza de Asiria! ¡Adiós, progenie  
De Nemrod! ¡Aun el nombre ya no es nada!  
¡Conmigo huí!

PANIA.

MYRRHA. No: ¡moriré aquí mismo!

Ve, y al Rey dile que hasta el fin le amaba.

*(Entran Sardanápalo y Salemenes con soldados. Pania deja  
á Myrrha y se coloca entre ellos).*

SARDANÁPALO. Pues tal quiso la suerte, moriremos  
Donde nacimos, en mis propias salas.  
Las filas estrechad, resistid firmes.  
Á un sátrapa envié de confianza  
Por la guardia de Zames, fiel y fresca;  
Pronto vendrá. No acabó todo. Pania,  
Vela por Myrrha.

*(Pania vuelve con Myrrha).*

SALEMENES. Aliento recobremos:

Una vez más, amigos, á la carga.  
Una vez más, ¡siquiera, por la Asiria!

SARDANÁPALO. ¡Casi puedes decir mejor por Bactria!

Mis leales bactrianos: desde ahora  
De vuestra gran nación seré monarca,  
Y regiré este reino cual provincia.

SALEMENES. ¡Atención! Aquí vienen; se adelantan.



(*Entran Beleses y Arbaces con los rebeldes*).

ARBACES. Cogedlos: los tenemos en las redes.  
¡A la carga, soldados, á la carga!  
BELESES. ¡Sus, sus! Combate el cielo por nosotros  
Y con nosotros... ¡Sus!

(*Atacan al Rey y á Salemenes con sus tropas, que se defienden hasta la llegada de Zames con la guardia antes mencionada. Los rebeldes, entonces, son rechazados y perseguidos por Salemenes, etc. Cuando el Rey va á unirse con ellos en la persecución, Beleses se le interpone*).

BELESES. ¡Tirano, aguarda!  
Yo acabaré esta guerra.

SARDANÁPALO. Pues entonces,  
Sacerdote marcial, profeta, alhaja,  
Y vasallo leal y agradecido,  
Ríndete. Reservarte deseara  
Un castigo más propio, que mojarme  
Aquí mis manos en tu sangre santa.

BELESES. Llegó tu última hora.

SARDANÁPALO. No, la tuya..  
Aunque astrólogo joven, hace nada  
Leí los astros, y encontré en el signo  
Escorpión tu destino, que proclama  
Que serás aplastado en este instante.

BELESES. Mas no será por ti.

(*Comoaten. Beleses es herido y desarmado*).

SARDANÁPALO. (*Levantando su espada para concluirle, exclama:*)  
Pues ahora llama  
Á tus planetas. ¿Bajarán del cielo  
Á defender su augur y su importancia?

(*Llega parte de los rebeldes y rescata á Beleses. Asaltan al Rey, quien, á su vez, es rescatado por una parte de sus soldados, que rechazan á los rebeldes*).

Después de todo, el vil era profeta.  
¡Á ellos! ¡Sus! ¡La victoria está ganada!  
(*Sale en su persecución*).

MYRRHA. (*Á Pania*).  
¡Síguelos! Tú, ¿qué hacés aquí, dejando  
Tus compañeros que sin ti combatan?

PANIA. Mandó el Rey que de ti no me alejase.  
MYRRHA. ¿De mí? Ve, no te ocupes para nada  
De mí... Ni el simple brazo de un soldado  
Ahora debe faltar. Ni pido guardia,  
Ni guardia necesito. ¿Cómo, dime,  
Cuando en peligro tal un mundo se halla.

Velar á una mujer? ¡Marcha, te digo,  
 Ó vergüenza y baldón, sobre ti caiga!  
 Ó, si no, yo saldré, yo, mujer débil,  
 En medio de esa lucha encarnizada,  
 Pidiendo que me guardes *allí* mismo  
 Do debes escudar á tu Monarca.

(*Vase Myrrha*).

PANIA. ¡Permaneced, señora! ¡Se ha marchado!  
 Si algún mal le sucede, entonces, Pania,  
 Fuera mucho mejor perder la vida.  
 Es ella á Sardanápalo más cara  
 Aún que su propio reino, aunque por éste  
 Ahora también intrépido combata.  
 ¿Puedo ser menos que él, él, que en su vida  
 Hasta ahora esgrimió la cimitarra?  
 ¡Myrrha! Volved, volved; os obedezco,  
 Aunque desobedezco á mi Monarca.

(*Vase Pania*).

(*Entran Altada y Sfero por la puerta opuesta*).

ALTADA. ¡Myrrha! ¡Cómo! ¿Se fué? Pues aquí estuvo  
 Durante la refriega, y también Pania.  
 ¿Qué les habrá ocurrido?

SFERO. Los vi salvos,  
 Mientras que los rebeldes se alejaban.  
 Quizás se han retirado con intento  
 De volver al harem.

ALTADA. Si el Rey alcanza  
 El triunfo, cual parece debe ahora,  
 Y su jonia, al llegar, ve que le falta,  
 Peor que de rebeldes prisioneros  
 Es la suerte que entonces nos aguarda.

SFERO. Busquémosla; lejana estar no puede;  
 Si la hallamos, ofrenda es más preciada  
 Para nuestro clemente soberano,  
 Que del perdido reino la ganancia.

ALTADA. Para lograr su imperio Baal mismo,  
 Nunca luchó con tan valiente saña,  
 Como su descendiente por salvarle.  
 De enemigos y amigos desbarata  
 Los augurios; é igual á un seco día  
 Bochornoso de estío, que presagia  
 La tempestad crepuscular, prorrumpa  
 En truenos tales, que el espacio arrasa  
 Y el suelo inunda. Es hombre inescrutabile.

SFERO. Cual todos. De las ciegas circunstancias

## SARDANÁPALO

Hijos los hombres son ; pero busquemos  
 La esclava, ó preparémonos, si falta,  
 Á torturados ser por su capricho,  
 Y condenados sin que crimen haya. (*Vanse*).  
 (*Entran Salemenes y soldados, etc.*)

SALEMENES. Lisonjero es el triunfo: rechazados  
 Fueron tras el Palacio ; nuestras armas  
 Acceso libre abrieron á las tropas  
 Tras el Eufrates ancho estacionadas,  
 Tropas fieles quizás, ó que han de serlo  
 Al escuchar nuestra victoria magna.  
 Mas, ¿ dónde está el caudillo victorioso?  
 ¿ Dónde está el Rey?

(*Entra Sardanápalo con los suyos y Myrrha.*)

SARDANÁPALO. Hermano, aquí se halla.

SALEMENES. E ileso, espero.

SARDANÁPALO. No del todo ileso ;  
 Mas esto pronto pasará ; no es nada.  
 Limpiamos el Palacio.

SALEMENES. Y me parece  
 Que también la ciudad. Reconcentradas  
 Nuestras fuerzas están ; mandé que avance  
 Una nube de parthos que se hallaban  
 De reserva, valientes, frescos todos ;  
 Sobre ellos lloverán : su retirada  
 Pronto ha de ser ignominiosa fuga.

SARDANÁPALO. Ya lo es, ó, por lo menos, más volaban  
 De lo que yo podía, al perseguirles  
 Con mis bactrianos, y eso que á la carga  
 No iban despacio. Mas estoy rendido ;  
 Dadme una silla.

SALEMENES. El trono aquí se alza,  
 Señor.

SARDANÁPALO. No ; como sitio de descanso,  
 Ni para el cuerpo lo es ni para el alma.  
 (*Colocan una silla.*)  
 Dadme algún lecho, el mísero banquillo  
 De un labrador, no importa lo que traigan.  
 ¡ Ah ! Más libre respiro.

SALEMENES. Fué esta hora  
 De tu vida la más gloriosa y alta.

SARDANÁPALO. Y la más aburrida ciertamente.

SALEMENES. ¿ Dónde está mi copero ? Tráeme agua.  
 (*Sonriendo*). Es la primera vez que das tal orden  
 Y hasta yo mismo, en esta circunstancia,

- Aunque tu más adusto consejero,  
 Más purpúrea bebida aconsejara.
- SARDANÁPALO. Sangre, sin duda. Se vertió bastante.  
 En cuanto al vino, en esta noche trágica  
 Vi lo que vale el elemento puro:  
 De él bebí por tres veces, y otras tantas  
 Con más grande vigor que el que la uva  
 Siempre me diera, renové la carga  
 Contra el rebelde. ¿Dónde está el soldado  
 Que en su yelmo me vino á ofrecer agua?
- UN GUARDIA. ¡Muerto, señor! Un dardo la cabeza  
 Le atravesó mientras vertiendo estaba  
 Ya las últimas gotas de su yelmo,  
 Y á ceñirle á su sien se preparaba.
- SARDANÁPALO. ¡Muerto indefenso! ¡Muerto solamente  
 Por apagar mi sed! ¡Dura desgracia!  
 ¡Oh, pobre esclavo! Si estuviese vivo,  
 Á manos llenas de oro le colmara,  
 Porque con todo el oro de la tierra  
 El placer de aquel sorbo no se paga,  
 Pues estaba abrasado, como ahora.

(Traen agua y bebe).

- Vivo otra vez... En adelante, nada;  
 Para el amor la copa me reservo,  
 Para la guerra me reservo el agua.
- SALEMENES. Señor, ¿y ese vendaje que tu brazo  
 Rodea?
- SARDANÁPALO. Un arañazo de la espada  
 Del valiente Beleses.
- MYRRHA. ¡Está herido!
- SARDANÁPALO. No mucho; empero, siento que la llaga  
 Va siendo un poco rígida y penosa.  
 Ahora siento más frío.
- MYRRHA. Está vendada
- Con...
- SARDANÁPALO. Con la franja real de mi diadema.  
 Por la primera vez, ¿quién lo pensara?  
 Ese ornamento me sirvió de algo  
 Que no fuese de estorbo.
- MYRRHA. (A los servidores). Sin tardanza  
 Id y llama al médico más hábil:  
 Retiraos os ruego: á desligarla  
 Voy, y á curar yo misma vuestra herida.
- SARDANÁPALO. Hazlo, pues ahora late exacerbada.  
 Mas ¿qué entiendes de heridas? Sin embargo,

- Pregunta es, en verdad, innecesaria.  
 ¿Sabes, hermano, dónde hallé á esta niña?
- SALEMENES. Con las otras mujeres, espantadas  
 Cual rebaño de tímidas gacelas.
- SARDANÁPALO. ¿Cual tímida gacela? No: te engañas;  
 Como la madre del león cachorro,  
 Luchando atroz con femenina rabia  
 (Y femenil quiere decir furiosa,  
 Porque toda pasión exagerada  
 Es femenil) contra el audaz furtivo  
 Cazador que su hijuelo le arrebató;  
 Suelto el cabello, la mirada ardiente,  
 Con su ademán y voces animaba  
 En la persecución á los soldados.
- SALEMENES. ¿De veras?
- SARDANÁPALO. Ya lo ves: esta jornada  
 Á algunos más que á mí tornó guerreros.  
 Mi paso detenía por mirarla,  
 Para ver, inflamada su mejilla,  
 Sus grandes ojos negros, que brillaban  
 Á través de su larga cabellera  
 Por su cuerpo esparcida; las hinchadas  
 Azules venas de su sien radiante;  
 Su correcta nariz, que se dilata;  
 Sus entreabiertos labios, su sonora  
 Voz penetrando en medio á la algazara,  
 Cual laúd que entre címbalos resuena  
 Discordante en su timbre, no apagada  
 Por el fragor; sus brazos ondulantes  
 Que en su propia blancura deslumbraban  
 Más que el acero que empuñaba en mano  
 Y que á un muerto soldado arrebatara;  
 Todo esto la hacía ante las tropas  
 Aparecer cual profetisa sacra  
 De la victoria ó la Victoria misma  
 Que nuestro triunfo á saludar bajara.
- SALEMENES. (*Aparte*). Malo es esto. De nuevo ya le invade  
 El amor, y perdido todo se halla,  
 Al menos que cambiemos sus ideas. (*Alto*).  
 Señor, piensa en tu herida; que te causa  
 Dolor dijiste.
- SARDANÁPALO. Es cierto, sí; mas de ella  
 No me debo ocupar; no vale nada.
- SALEMENES. Todo lo necesario ya dispuse,  
 Y ahora recibiré noticia exacta  
 Del curso de mis órdenes, y luego

- Volveré á oír tus votos.
- SARDANÁPALO. Así se haga.
- SALEMENES. (*Al retirarse*).  
¡ Myrrha!
- MYRRHA. ¡ Príncipe!
- SALEMENES. En esta cruda noche  
Has demostrado un corazón y un alma  
Que, á no ser de mi hermano el Soberano...  
Mas tiempo no tenemos. ¿ Al rey amas?
- MYRRHA. Yo amo á Sardanápalo.
- SALEMENES. Y ¿ quisieras  
Que fuese Rey aún?
- MYRRHA. No deseara  
Que fuese menos de quien ser merece.
- SALEMENES. Bien; pues entonces para ser Monarca,  
Y tuyo, y cuanto ser ó no ser deba,  
Para que viva, impídele que caiga  
De nuevo en la molicie. Más dominio  
Tiene tu corazón sobre su alma,  
Que la sabiduría entre estos muros  
Ó la cruel rebelión que fuera estalla.
- MYRRHA. Mira bien que de nuevo no reincida.  
Para tal prevención no es necesaria  
La voz de Salemenes: nada temas.  
Cuanto dominio la flaqueza alcanza  
De una mujer...
- SALEMENES. Poder omnipotente  
Tiene en un corazón como el que guarda;  
Sabia ejércele. (*Vase Salemenes*).
- SARDANÁPALO. ¡ Myrrha! ¿ Qué murmuras  
Con mi severo hermano así en voz baja?  
Mira que pronto voy á estar celoso.
- MYRRHA. (*Sonriendo*).  
Señor, y para estarlo tenéis causa;  
No respira en la tierra hombre más digno  
De amor de una mujer, de confianza  
Del soldado, respeto del vasallo,  
La estimación augusta de un Monarca,  
Y la alta admiración del mundo entero.
- SARDANÁPALO. Elógiale, mas no tan entusiasta.  
No debo oír en esos dulces labios  
Desbordar la elocuencia cuando ensalzan  
Algo que me sumerge entre la sombra;  
Y, sin embargo, la verdad proclamas.
- MYRRHA. Y, ahora, señor, retírate; tu herida  
Es preciso curar; hazme la gracia

De apoyarte en mi brazo.  
 SARDANÁPALO. ¡ Sí, amor mío!  
 Pero no es el dolor quien me lo manda



## LA EXPIACIÓN POR MEDIO DE SACRIFICIOS

En todos tiempos han buscado los pueblos la expiación por medio de sacrificios cruentos, como poniendo el tormento de la víctima por intermediario de su culpa, tratando así de reconciliar la tierra con el cielo. Hecho es éste que ha merecido siempre y debe llamar hoy también la atención de los hombres pensadores.

Las condiciones y ceremonias del sacrificio han sido próximamente uniformes en todos los pueblos. No sólo había de ser la víctima distinta del oferente ó que se reconocía culpable, sino que también era escogida entre los animales puros, ó inocentes, y de los más próximos al hombre, como son los *domésticos*: no se da ejemplo de un pueblo que ofreciese víctimas salvajes. De entre los primeros vemos siempre elegidos los más nobles por sus instintos, al propio tiempo que bellos por sus formas exteriores; así correspondía en algún modo la víctima á la santidad infinita del ser ofendido. Vemos ya practicada esta ley de los sacrificios en los primeros de que habla la historia; Caín ofrece á Dios frutos de la tierra; Abel los primogénitos *más gordos* de su rebaño, que fueron recibidos de Dios con más benevolencia. (Gén. IV, 3, 4).

Las primitivas tribus arias habían establecido y practicaban ya gran variedad de sacrificios: ninguna otra familia ha tenido tan presente la necesidad de la expiación y la conveniencia consiguiente de mortificarse como la indo-europea: las leyendas sobre mortificaciones y penitencias de los rishis indios horrorizan y asombran. Vemos esto perfectamente demostrado por las frecuentes descripciones que encontramos en autores clásicos indios, de sacrificios ofrecidos en remotísimos tiempos de la fábula por aquellos santos y sabios varones, por genios ó semidioses tutelares y aun por los mismos dioses; siempre con algún fin determinado. Pero con más evidencia se desprende de la casi entera concordancia de sacrificios indios é iránicos y de sus ceremonias y ritos, ya entre sí, bien con otras prescripciones del culto practicado por varios pueblos de la gran familia.

Sin gran esfuerzo podríamos prácticamente demostrar en casi todas las naciones antiguas, salvajes y civilizadas, la existencia de sacrificios cruentos. Los *godos* tenían por hecho cierto que el derramamiento de la sangre de los animales apaciguaba la cólera de los dioses. Análogas creencias eran corrientes entre los pueblos de América, lo que no debe extrañarnos si tenemos en cuenta que admitían la creación y caída original del hombre con el diluvio universal. Otros, como los sacrificadores de la Gran Bretaña, daban un paso más y suponían que «á no ser lavada la mancha de nuestra culpable raza con *sangre humana*, jamás se apaciguaría la cólera de los dioses inmortales».

Las leyes judaicas prohibían expresamente la inmolación de seres humanos (Levit. XVIII, 21); pero quizá podría disculpar algún tanto esta práctica en otras naciones, el que Jehovah ordenase á un patriarca el sacrificio de su hijo, por más que no llegase á consumarse. Parece como si la conciencia de los hombres, no creyendo siempre suficiente la sangre derramada de los animales para borrar la mancha del crimen y apaciguar la cólera del cielo, pidiese la muerte de una víctima más noble, siendo regados con sangre humana los altares de las implacables deidades. Una causa misteriosa debió producir en el hombre esta tendencia.

Por más incomprensibles que los sacrificios aparezcan á nuestra razón, en su institución primitiva, la práctica *universal y constante* de un hecho de esta naturaleza ha de encerrar una verdad profunda. No se trata de un principio aislado; trátase de una institución seguida con precisión admirable por todos los pueblos de la tierra, siendo incomprensible que la humanidad entera haya adoptado con entusiasmo una práctica tan extraña y repulsiva sin haber sido excitada por alguna causa poderosa.

Esta causa la veremos en otro artículo claramente demostrada por las mismas creencias de los pueblos: es la rebeldía del primer hombre contra la divinidad, que pedía ser aplacada *provisionalmente* de este modo: de aquí nace la importancia y virtud poderosa que todos los pueblos han atribuido al sacrificio.

El Antiguo Testamento explica con bastante claridad y en buenas palabras, la causa y efectos de los sacrificios: en el profeta Daniel leemos que «después de sesenta y dos semanas, el Cristo será muerto... y las víctimas y los sacrificios serán abolidos». (Cap. IX.) El sacrificio de Cristo es aquí puesto como



término y compendio de todos los anteriores. Entre los mismos judíos, la oblación de los primogénitos se consideraba como la más aceptable. También Homero da á entender que, entre sus conciudadanos, era muy frecuente ofrecer un cordero primogénito: análogas ideas predominaban en otros pueblos. Pero no hablaremos más sobre una materia que juzgamos bien conocida. Volvamos al sacrificio de los iranos.

Los autores más antiguos de la literatura india emplean ya dos palabras para designar el sacrificio; *yach* significa el sacrificio en general, como acto de adoración y veneración, y tiene su correspondiente en el zend *yaç*, refiriéndose á la misma voz el griego *haguios*. La segunda palabra, *hu*, designa el sacrificio con intervención del fuego sagrado, y supone, por consiguiente, consunción total ó parcial de la víctima ú otro objeto sacrificado; tiene su equivalente en el griego *zuo* (zusía, etc.) y está en relación con el s. *dhúma*, l. *fúmus*, gr. *zúmós*, alem. ant. *daum*, humo, etc. Esta correspondencia y parentesco de palabras da claro testimonio de la antigüedad del sacrificio entre los arios.

Constituyen parte esencial del sacrificio indo-iranio las oraciones, himnos ó *mantras* recitados, declamados ó cantados por el sacerdote á quien este oficio corresponde durante la ceremonia; hasta el punto de perder el primero toda su virtud y fuerza si en el recitado ó canto se ha cometido alguna falta. Desde luego se deja comprender que estos himnos van dirigidos á la divinidad ó genio á quien se ofrece el sacrificio. Entre los parsis no es el recitado de cánticos ó himnos tan regular y constante como lo es entre los indios, ni puede serlo, atendido que éstos poseen la riquísima y variada colección del Rig y Sâm, con himnos en honor de todos sus dioses principales, en tanto que los primeros sólo poseen la de los gâthâs, insignificante si se compara con el Rigveda de los indios. Nada diremos aquí de estos importantísimos cantos ó himnos de alabanza á la divinidad, primitivas concepciones de la humana inteligencia, puesto que de ellos nos habremos de ocupar especialmente en el curso de nuestros estudios, limitándonos en este artículo al soma y lo que con el mismo tiene relación inmediata.

Tenemos aquí uno de los dogmas que en su antigüedad, origen y circunstancias todas ofrece en ambas religiones más analogía y puntos de contacto. La importancia que siempre ha tenido en la historia religiosa de los pueblos y la influencia que

tuvo con la constitución de nuevos dogmas ó creencias respecto á diferentes divinidades ó genios de uno y otro pueblo, como en la formación de todo su sistema litúrgico, le hace uno de los asuntos más dignos de especial estudio en las antigüedades de nuestra gran familia. Sin detenernos en discusiones prolijas sobre los puntos oscuros de esta antigua tradición de las tribus arias, expondremos con brevedad lo más notable que hoy sabemos de la misma.

Los nombres con que designan la planta y el sacrificio, ó más bien, toda la ceremonia en general, son idénticos é idéntica la raíz de donde se derivan. En el Zendavesta como en los Vedas, *Soma* designa solamente una planta muy venerada por todo el pueblo, bien sea por las cualidades que en sí misma encierra ó se le atribuyen, ya también como símbolo de un *ser* poderoso y benéfico; un ángel con atributos semidivinos. El jugo de la misma viene ponderado en los Vedas en alto grado como bebida deliciosísima y de virtudes sobrenaturales.

La planta que produce este jugo ó savia *indu* es hoy conocida entre los botánicos con el nombre de *aselepias ácida* ó *sarcós-tica viminalis*; dicho jugo tiene, efectivamente, una fuerza narcótica que embriaga. El sabor de la bebida sacada del mismo es muy ácido, ó, más bien, amargo y sobremanera desagradable, por más que los Vedas digan lo contrario y ponderen tan altamente su excelencia y gusto exquisito; de modo que la costumbre, el deber y otras circunstancias que concurren en los sacerdotes brahmanes, pueden solamente vencer en ellos la repugnancia que naturalmente produce su bebida.

La planta hoy denominada *soma* es algo diferente de la conocida en los Vedas por ese mismo nombre; crece también en la cima de las montañas y forma una especie de matorral ó arbusto cuyas ramas proceden de la raíz. El tallo es duro como un leño ordinario y sin hojas; la corteza es blanquecina, como la savia, y ésta, según ya queda dicho, tiene un sabor muy astringente y agrio, con poder de embriagar.

Después de arrancada la raíz y limpias sus hojas, se coloca en un vehículo especial con destino á este objeto y es transportada al lugar del sacrificio. Antes se ha cubierto el suelo de éste, especialmente el punto llamado *vedi*, de una hierba tenida en gran veneración entre los indios, que lleva el nombre de hierba *kuça* (*poa cynosuroides*—Bopp); esta especie de alfombrado na-

tural recibe el nombre de *barhis*. Veamos ahora cómo obtienen los indios el jugo de la planta. En éste, como en todo sacrificio de alguna importancia, intervienen las cuatro clases de sacerdotes.

Da principio la ceremonia extendiendo el *Adhvaryu* una piel (*charma*) y colocando sobre la misma las raíces del soma. Toma dos tablas dispuestas para este acto, y pone una de ellas sobre dichas raíces, golpeándola con una de las piedras (*gravano*) destinadas á exprimir el jugo y apartando la primera tabla, toma las raíces, las ata y coloca entre ambas tablas (*adhishavana*). Sobre la superior derrama entonces agua del vaso *vasativari*. Hecho lo cual aparta algunas raíces de entre las tablas y las exprime con la piedra de sacar el jugo, dejando caer éste en el vaso ó copa *chamasa* del *Hotar* por el lado derecho del mismo. El jugo obtenido por esta primera operación se llama *nigrábha*. El mismo sacerdote humedece de nuevo las raíces con agua del vaso *vasativari*, colócalas sobre una piedra larga, previamente dispuesta, y esparciendo sobre ellas un poco de hierba, exprime por segunda vez el jugo. Cada extracción completa del jugo ó *abhis-hava* consta de tres actos ó turnos (*paryayas*): en el primero golpea el *Adhvaryu* las raíces ocho veces; once en el segundo y doce en el último, obteniendo en cada uno el *nigrabha* como queda dicho. El vaso que recoge el jugo es diferente para cada turno.

Después de esta *abhis-hava* preliminar, compuesta de sus tres turnos, sigue la extracción grande ó *mahabhis-hava* que sólo se diferencia de la primera en que el *Adhvaryu* ha de tomar de entre las tablas el número de raíces necesarias para completar la libación (*savanam*). El jugo extraído se echa en un vaso largo á manera de artesa (*adhavariya*,) desde donde se deja caer en otro pasando por una coladera.

Algunas raíces del soma y gotas del jugo se vierten en pequeños vasos (*sthalis*), que contienen mantequilla. Las libaciones se ofrecen de los dos vasos arriba mencionados, que encierran la parte principal del jugo: en cada libación se consumen ú ofrecen varias porciones (*dharas*) de líquido, tomadas de los vasos *grahas* y *chamasas*; siendo diferentes, según la clase de sacrificios ó de libaciones. Cada porción de éstas tiene su destino especial, y se toma también de un vaso correspondiente, como determinan los ritos del sacrificio. Hecha esta libación ú ofrecimiento á la divinidad en cuyo honor se celebraba el incruento

sacrificio, sume el sacerdote hotar una porción del jugo, quedando terminada la parte religiosa del acto.

Vemos, pues, en el conjunto de ceremonias practicadas con motivo de la extracción del jugo de esta planta, una serie de actos significativos y simbólicos: tomar estas acciones tal cual se nos presentan y sin ulterior sentido, sería desconocer el carácter misterioso de una de las más civilizadas familias humanas. Los términos técnicos que designan las operaciones principales del acto, y los versos que figuran en todas ellas, son igualmente alusivos. No habremos, por esto, de buscar el origen de estas instituciones prácticas fuera de los pueblos que las siguen: antes hemos de ver aquí una prueba más de la unidad de la inteligencia humana, que *siempre ha obrado* bajo unas mismas leyes y condiciones.

De la planta soma podemos decir que ha dado nacimiento al sacrificio más notable, como también á las ceremonias más importantes y sagradas del culto nacional de los indios. El Rigveda contiene varios himnos en que se pondera la virtud sobrenatural de esta planta, cuya bebida se recomienda á los genios superiores y hasta á los mismos dioses, si quieren acometer con éxito difíciles empresas. Fué ya en su origen tan sagrado este sacrificio y tan venerada la planta objeto del mismo, que la colección formada de los himnos (sacados en su mayor parte del Rigveda), que se cantaban durante las ceremonias del mismo, constituyó uno de los cuatro libros sagrados de origen divino, y recibió el nombre de Soma ó *Samaveda*.

Supone la tradición india que los dioses beben con frecuencia el jugo de la planta milagrosa. Indra no emprende uno solo de sus asombrosos hechos hasta sentirse ebrio con la bebida celestial; y por su virtud sale siempre vencedor de sus poderosísimos y temibles enemigos. Los dioses todos la desean con ansia, tomándola como único alimento; por ella son invencibles. En los Vedas viene presentada como bebida del cielo, que purifica y sana transportando ó elevando al espíritu en gozoso raptó, infunde valor y fuerza sobrehumanos; como agua de vida que fortifica y da salud al cuerpo é inmortalidad al espíritu, preparándole de este modo el camino para el cielo. (Rigv. I, 14, 4. 2. 2. 51. 52. 54. 8. 9.) Soma es el principio de los seres, de las aguas, de los animales; su luz ha disipado las tinieblas, y su poder extendió el hermoso cielo. (Rigv. I, 91.) Por su mediación obtie-

nen los hombres grandes bienes y tesoros entre los dioses, después de haber alcanzado en el mundo victoria sobre todos los enemigos.

Posteriormente representó Soma el dios ó genio de la luna, y el principio de la vida en la naturaleza, cuya actividad se descubría especialmente en las plantas. Más tarde se hizo poco frecuente este sacrificio en algunos puntos de la India, donde solamente lo celebraban los ricos.



## EL VASO DE AGUA

POR CARLOTA M. YONGE

La novelista inglesa, Carlota M. Yonge, nació en 1823. Su primera famosa novela *El Heredero de Redclyffe*, se publicó en 1853; la igualmente conocida *La guirnalda de margaritas*, en 1856, y *La Terraza de Bynevar*, en 1857, habiendo escrito muchas otras, además de las nombradas. Su *Libro de hechos ilustres*, apareció en 1864.

Ningún detalle de la historia del rey-poeta David, nos produce un sentimiento de simpatía tan agudo y personal hacia su figura, como sus ardientes deseos de beber el agua del pozo de Belén.

Contándose este incidente entre otros que explican el carácter de sus caudillos, podría parecer que ocurrió en los últimos años de su vida; mas no es así, sino que aconteció cuando sólo tenía unos treinta, en tiempo de la persecución de que fué objeto por parte de Saúl.

En la época en que se hizo la última tentativa de reconciliación con el rey; la época en que se despidió tiernamente del generoso y fiel Jonatán y en que Saúl le acosaba por un lado como á una perdiz en las montañas, mientras, por otro, los filisteos ponían su vida en peligro; David, tenido por sedicioso, pero leal en su corazón, envió á sus ancianos padres á buscar asilo á la tierra de Moab, trasladando él mismo su morada á las cuevas de las rocas del desierto, que le eran familiares de cuando era pastor. Siendo conocido como valiente capitán y como destinado por Dios á reinar, su nombre atrajo á su alrededor una multitud abigarrada de gentes miserables, agobiadas de deudas ó descontentas, contándose entre ellas los *caudillos*, cuyas velerosas ha-

Kjølner  
8/6/11

Retd  
19/6/11



Carlota María Yonge.

*De una fotografía de Alejandro Bassano.*



zañas les alcanzaron los primeros puestos en el ejército, con el cual David iba á cumplir las antiguas promesas hechas á su pueblo. De esos eran sus tres sobrinos, Joab el feroz é imperioso, el caballeroso Abisai, y Asael el de ágiles pies; de esos también el belicoso levita Benaias, que degollaba leones y hombres tan fieros como ellos; y otros que, al igual que el propio David, habían guerreado con los gigantes hijos de Anak. Sin embargo, á estos mismos valientes, tan fieros é indómitos, les contenía la voz de su joven capitán y á pesar de ser proscriptos, no destruían poblaciones pacíficas ni levantaban su mano contra el monarca perseguidor, ni se apoderaban, por la violencia, de un solo cordero de las vecinas granjas. Algunos escuchaban los cantos de su guerrero trovador:

—Venid vosotros, hijos míos y oídme;  
 yo os enseñaré el temor de Dios.  
 ¿Cuál es el hombre que desea vivir  
 y ansía contemplar días felices?  
 Aparte su lengua del mal  
 y sus labios no se abran al engaño;  
 huya del mal y practique el bien;  
 busque la paz y siga sus senderos.

Por medio de estrofas como las anteriores, acompañándolas con su arpa, el guerrero infundía adhesión entusiasta en los pechos de sus hombres y reunía partidarios de todos lados, entre ellos once temibles habitantes de Gad, de rostros de león y pies ligeros como los del corzo, que pasaban el Jordán á nado en tiempo de avenida, luchando contra la corriente y poniendo en fuga á sus enemigos de los valles.

Mas el sol de Oriente abrasaba las desnudas rocas. Una profunda hendedura abierta en la ladera de la montaña, llegaba hasta su cumbre, obstruída por trozos de peñasco y derrumbamientos, dejando á duras penas camino á las cabras monteses, y conducía al sitio, donde, sobre una grieta junto al escarpado precipicio, quedaban todavía los cimientos del fuerte ó torre, que se cree fuera el refugio de David, muy cerca del cual está la entrada reducida de una galería que se compone de estrechos corredores y espaciosa salas, cuya atmósfera cálida y rarificada produce un efecto de opresión. Inmensa y salvaje, sin una mata ó un árbol, en medio del ardoroso ambiente de Palestina, era una



región desolada, y al fin el corazón del caminante desfallecía, comparándola con la tierra propia, con sus ricos y seductores campos, verdeantes de trigo, dibujados de vides, cubiertos de grises olivares y sembrados de frescos manantiales de agua viva, de los que era aficionado á cantar :

El me apacentará en el verde prado  
y me guiará hacia las aguas de consuelo

Sus secos y sedientos labios dejaron escapar un suspiro :  
«¡ Oh, quién me diera á beber el agua de la fuente de Belén !»

Tres de sus valientes, á saber Abisái, Benaías y Eleazar, oyéronle formular su deseo. Entre su asilo de la montaña y la codiciada fuente se extendía el ejército de los filisteos ; pero su amor por su jefe no temía enemigos. No era simplemente agua lo que ansiaba, sino el agua de la fuente que amó en su niñez. Descendiendo de sus peñascos, atravesaron por en medio de las huestes contrarias y sacaron el agua del manantial favorito, transportándola otra vez por entre los enemigos á la torre. Se conmovió tan profundamente su adalid con aquel acto de abnegación, que el agua le pareció demasiado sagrada para destinarla á un uso ordinario. «No quiera Dios que haga tal cosa. ¿Beberé la sangre de éstos que han arriesgado sus vidas, porque trajeron el agua con riesgo de ellas?» Y como un don sagrado y precioso derramó ante el Señor el líquido logrado por sus secuaces á precio de tal peligro.

En época posterior nos encontramos con otro héroe, que por sus dotes personales inspiró algo de la misma entusiasta adhesión que David, y á quien ocurrió una aventura semejante que demostró igual magnanimidad en el jefe que en los que le obedecían.

Fué éste Alejandro de Macedonia, cuyo carácter como hombre, á despecho de las sombras que en aquél proyectaron su violencia, cólera y disipación, ofrece una nobleza y afabilidad que gana nuestro corazón, haciendo que su grandeza descansa en base más ancha que la de sus conquistas, por lo demás no igualadas. Ningún otro logró como él hacerse amar de los pueblos que conquistaba, ni tuvo miras tan amplias y precisas para reformar el mundo, ni se elevó sobre los prejuicios de raza, ni se han dado otros diez años que dejasen en la historia del mundo las huellas que marcaron su paso.

No vamos, empero, ahora á hablar de sus victorias, sino de su vuelta de las riberas del Indo (326 a. J. C.), después de curar de la grave herida recibida, bajo la higuera, dentro de la muralla de lodo de la ciudad de Mallí. Esta expedición tuvo tanto de exploración de geógrafo como de jornada de conquistador. En la desembocadura del Indo, envió sus naves á descubrir las costas del Océano Indico y Golfo Pérsico, mientras él seguía el litoral de la provincia, llamada entonces Gedrosia y ahora Mekhran. Su marcha resultó en extremo penosa sobre empinadas cordilleras de desnuda piedra rojiza, sin árboles ni vegetación, cuya raquílica hierba estival se marchitaba mucho antes de septiembre, mes en que la emprendiera; siendo las costas que quedaban abajo igualmente desoladas y cubiertas de arena. Los pocos habitantes que hallaron, fueron denominados por los griegos «comedores de pescado y de tortugas», porque en apariencia no se alimentaban de otra cosa y construían sus cabañas con conchas de tortuga. Los recuerdos unidos á aquel país eran lúgubres. Se contaba de Semiramis y de Ciro que ambos habían perdido un ejército á consecuencia del hambre y de la sed; y esos mismos enemigos, los más fatales para un invasor, empezaron á atacar las huestes griegas. Sólo la disciplina y el poderoso influjo de Alejandro salvaron entonces al ejército. Su único recurso consistía en la rapidez; y bajo el sol que abrasaba, sobre las áridas peñas, estimuló sus pasos con el ejemplo de su ánimo y resistencia inquebrantable, hasta arrastrarle en una de las más rápidas y extraordinarias expediciones de su asombrosa carrera. Voluntariamente participaba de todas sus privaciones, y en una ocasión, en que como los demás desmayaba de calor y de terrible sed y le llevaron una pequeña porción de agua, alcanzada con grandes dificultades y fatiga, la estimó demasiado preciosa para aprovecharla para sí y la derramó como una libación, porque, según dijo, sus guerreros padecerían más sed si le veían beber solo, y, sin duda también, porque comprendía el inmenso valor de lo que se consigue con un cariño sincero.

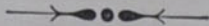
Parecida historia se refiere de Rodolfo de Habsburgo, el fundador de la grandeza de Austria, uno de los hombres de mayor corazón que se conocen. En ocasión en que su ejército sufría mucho por la sed, le llevaron un frasco lleno de agua. «No puedo—» dijo,—beber yo solo ni dividir una cantidad tan pequeña. No «sufro la sed por mí, sino por todos mis soldados.»

Ha habido otros labios sedientos que han renunciado á verse aliviados, en circunstancias todavía más tentadoras. Nuestro Sir Felipe Sidney, cabalgando, herido mortalmente en el muslo, de vuelta de la batalla de Zutphen, y dando su propio refrigerio á un moribundo que lo necesitaba más que él, ha sido entre nosotros la imagen del hombre abnegado que da aquel vaso de agua, que de ningún modo quedará sin recompensa.

En una familia de Slesvig, hoy extinguida, subsiste una tradición semejante. Sucedió el hecho durante las guerras habidas desde 1652 á 1660 entre Federico III de Dinamarca y Carlos Gustavo de Suecia. Después de una batalla en que la victoria se decidió por los daneses, un robusto ciudadano de Flensborg, iba á refrescar su garganta, mientras vendaba sus heridas, con un trago de cerveza de su calabaza, cuando un grito suplicante de un sueco herido que se encontraba tendido en el campo, llamó su atención y pronunciando las mismas palabras de Sidney : «Tu necesidad es mayor que la mía», se arrodilló junto á su postrado enemigo para verter el líquido en su boca. Su recompensa consistió en un pistoletazo en el hombro, que le disparó el traidor sueco. «Tunante—gritó,—¡ yo quería socorrerte y tú en pago me quisiste asesinar! Ahora te castigaré. Te habría dado toda la botella ; pero así no tendrás más que media.» Y bebiéndose la mitad, entregó el resto al sueco. Habiendo llegado la historia á oídos del rey, envió á buscar al ciudadano y le preguntó por qué perdonó la vida á un tunante como aquél.

«Señor—contestó el honrado ciudadano,—no soy capaz de matar á un enemigo herido.»

«Tú mereces ser noble»—repuso el rey, y le creó tal inmediatamente, dándole como escudo una calabaza traspasada por una flecha. La familia se extinguió en fecha muy reciente en la persona de una anciana señora, que murió soltera.



#### A UN AVARO

Tu arca encierra un tesoro,  
 Y encierra tu triste cuerpo  
 El alma que es de un mendigo.  
 Licidor, te compadezco.  
 Pero á vosotros, en cambio,  
 Os felicito, herederos.

## ESCENAS DE «ATALIA»

POR RACINE

(Traducción de D. Eugenio de Llaguno y Amirola.)

RACINE (JEAN).—Nació en 1639 y murió en 1699. Autor dramático francés. Su primera tragedia fué *La Tebaida*, á la que siguieron *Alexandro el Grande* y *Andrómaca*, su primera obra maestra. *Británico*, *Berenice*, *Bayaceto* y *Mitridates* confirmaron su reputación, colocan- do á Racine al lado de Corneille. *Ifigenia*, *Ester* y *Atalia*, completan la lista de sus creaciones dramáticas. Su obra capital es *Atalia*, según el crítico Boileau. Tiene además una comedia, *Los litigantes*, imita- ción libre de *Las avispas* de Aristófanes, y *Odas*, *Cánticos espiritua- les*, etc.

## I

MATÁN. ¡Qué es esto, Reina! ¿tú en aqueste sitio?  
Mas, ¿qué susto te agita? ¿qué temores  
Te hacen desfallecer? Dime, ¿qué buscas  
Entre tus enemigos? ¿A este templo  
Acercarte has osado? ¿De tus iras  
Has depuesto el encono envejecido  
Con que?...

ATALIA. Dadme los dos atento oído.  
No intento hacer memoria  
De lo pasado, ni os daré razones  
De la copiosa sangre que he vertido.  
Cuanto hice, Abner, creí que hacer debía.  
Y no admito por juez de mis acciones  
A un pueblo temerario y atrevido.  
Cuando él murmura la conducta mía,  
El mismo cielo tiene  
Cuidado de mostrar qué justa ha sido.  
Con famosos y prósperos sucesos  
Dígalo mi poder establecido,  
Mi nombre venerado  
Del uno al otro mar. Ya por mí goza  
La gran Jerusalén de paz tranquila;  
Y ya no ve el Jordán al vagabundo  
Arabe, ni al soberbio filisteo  
Asolar sus riberas, como cuando  
En vuestros reyes residía el mando.  
Reina y hermana el siro me titula:

D. Maria Cabral  
14-VII-11

Y el pérfido opresor de mi linaje,  
 Que dilatar pensó su tiranía  
 Tanto que á mí también me comprendiese,  
 El bárbaro Jehú tiembla en Samaria,  
 Viéndose en todas partes acosado  
 De un potente vecino, cuya fuerza  
 Formidable, le supe hacer contraria.  
 Dueña me deja de esta monarquía:  
 Y ya gozaba el fruto en paz serena  
 De la prudencia mía,  
 Cuando desde algún tiempo una importuna  
 Tribulación cruel, una quimera  
 De mis prosperidades rompe el curso.  
 Un sueño, pues, (¿debiera  
 Turbarme un sueño ahora?)  
 En este pecho alimentar consigue  
 Una fiera inquietud que le devora,  
 Que la huyo siempre, y siempre me persigue.  
 De obscura noche en el horror profundo  
 Se apareció delante de mi lecho  
 Mi madre Jezabel, con el pomposo  
 Ornamento del día de su muerte.  
 Humillado no había  
 Su altivez lo espantoso de su suerte;  
 Ni en su rostro faltaba  
 El mentido esplendor con que solía  
 Suplir el enojoso, irreparable  
 Ultraje de la edad. «Tiembla—me dice—  
 Oh, tú de mis entrañas digna hija,  
 Del iracundo Dios de los judíos,  
 Que su venganza contra ti previene.  
 ¡Cuánto te compadezco de que caigas  
 Bajo el poder de sus terribles manos!».  
 No bien estas palabras espantosas  
 Articuló, cuando hacia el lecho mío  
 Reparé que su sombra se acercaba:  
 Abrazarla intenté; mas hallé sólo  
 De rotos huesos, carne magullada,  
 Un confuso montón y mezcla horrible  
 Por ciénagas inmundas arrastrada:  
 Sangrientas trizas de asquerosos miembros,  
 Que los voraces canes á porfía  
 Despedazaban con rabiosos dientes.  
 ¡Gran Dios!  
 En medio, pues, de tal desorden  
 Un infante á mis ojos se presenta

ABNER.  
 ATALÍA.

Gon la cándida ropa ataviado,  
Que vemos los hebreos sacerdotes.  
Su vista recreaba  
Mi ánimo abatido; pero luego  
Que vuelta en mí admiraba  
Su dulce aspecto, su semblante noble,  
Sentí al niño traidor hundir severo  
En mi garganta un homicida acero.  
No extrañaré que, acaso,  
El cúmulo de objetos tan distintos  
Obra os parezca de la fantasía.  
Yo misma, avergonzada de mi miedo,  
De pavor triste efecto los creía:  
Pero de su memoria dominado  
Mi espíritu, dos veces  
La misma idea en sueños ha notado;  
Dos veces ya mis ojos desde el lecho  
Se han figurado al enemigo infante  
Dispuesto siempre á atravesarme el pecho.  
Cansada, en fin, cansada del funesto  
Terror que me persigue, á pedir iba  
A Baal que mi vida defendiese,  
Y á buscar en sus aras de mis males  
El deseado alivio. ¡Cuánto puede  
El pavor de los míseros mortales!  
Un raro impulso me acercó al profano  
Templo de los judíos con intento  
De aplacar á su Dios de mí ofendido.  
Con los copiosos dones de mi mano  
Creí que lograría (; Oh tú! perdona,  
Pontífice de Baal, á mi flaqueza)  
Mitigar de este Dios, sea quien fuere,  
La cólera y hacerle más propicio.  
Entro, pues; huye el pueblo; el sacrificio  
Se suspende; y el sumo sacerdote  
Con airado ademán me sale al paso:  
Y cuando contra mí la voz dirige,  
¡Oh admiración! ¡Oh asombro! al mismo infante  
Vi que así me amenaza, así me aflige,  
Tal como el sueño le pintó á mi idea.  
Yo le vi: en las facciones, en los ojos,  
En el aire gentil, en el semblante,  
En la ropa, y en todo semejante.  
El es, no hay duda: al lado caminaba  
Del sumo sacerdote; pero luego  
De mi asombrada vista le ausentaron.

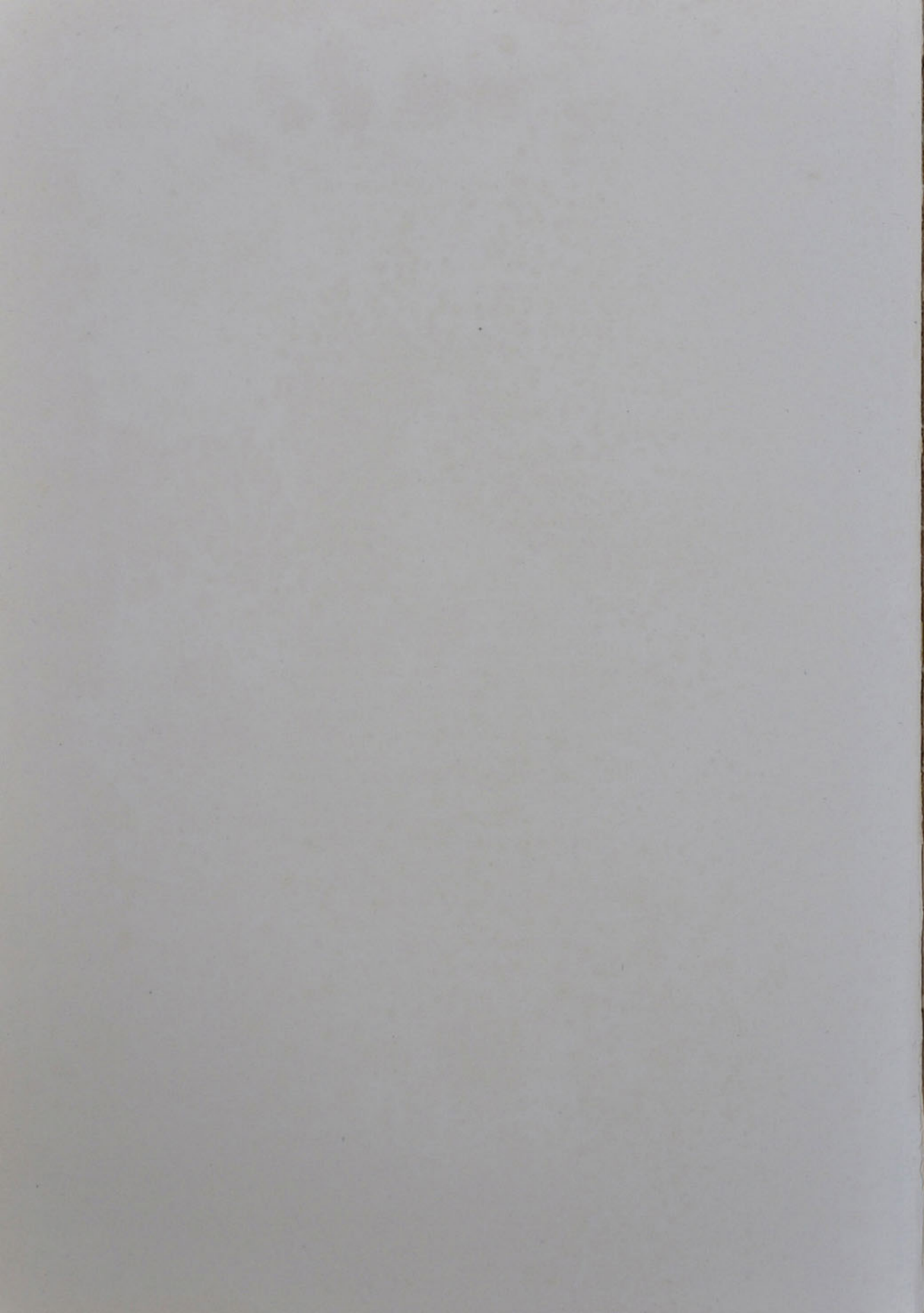
Esta es la turbación que de sosiego  
Me priva, y me detiene en tan odioso  
Sitio. Dime, Matán, ¿qué vaticina  
Tan inaudito caso:

- MATÁN.** Portentosos  
Tu narración y sueño me parecen.
- ATALÍA.** ¿De este niño fatal tienes noticia,  
Abner? ¿quién es? ¿de qué linaje ó tribu?
- ABNER.** En el culto del templo, dos infantes  
Se ejercitan: del sumo sacerdote  
Es hijo el uno; al otro no conozco.
- MATÁN.** ¿Para qué te detienes, gran señora,  
Más tiempo á resolver, cuando es debido  
Que del uno y del otro te asegures?  
Sabes que mis intentos jamás buscan  
Venganza del agravio recibido:  
Mis consejos gobierna solamente  
La equidad; y presumo que Joiada  
No ha de sufrir, aunque su sangre sea,  
Que ni un momento viva un delincuente.
- ABNER.** ¿Qué delito, Matán, en un infante  
Puede caber?
- MATÁN.** El cielo nos le muestra  
Con un agudo acero en la vil mano.  
El cielo es justo: no hace cosa en vano,  
¿Qué intentas saber más?
- ABNER.** ¿En fe de un sueño,  
Quieres manchar la diestra en la inocente  
Púrpura de un infante, que aun ignoras  
Quién es, y de qué padres ha nacido?
- MATÁN.** Todo se sabe ya, pues es temido.  
Si debe el ser á generosa cuna,  
Su esplendor debe apresurar su muerte:  
Y si en el vulgo se le dió la suerte,  
¿Qué importa que al acaso se derrame  
Una sangre abatida?  
¿Pertenece á los reyes la observancia  
De un lento proceder? ¡Oh cuántas veces  
El curso de su vida  
En un pronto suplicio se vincula!  
No, no pretenda el celo impertinente  
Con molestos cuidados oprimirles:  
Quien sospecha les da no es inocente.
- ABNER.** Cesa, cesa, Matán, que ese lenguaje  
Desdice de la voz de un sacerdote.  
Yo, en la guerra criado, entre destrozos



Racine.





Horribles, yo, ministro inexorable  
 De las crudas venganzas de los reyes,  
 Hablo á favor aquí de un desdichado:  
 Y tú que debes corazón de padre  
 Manifestarles: tú, de paz ministro  
 Aun en tiempo de cólera, dorando  
 Con el celo falaz tu delincuente  
 Sentimiento, ¿la púrpura de un triste  
 Juzgas que se derrama lentamente?  
 Señora, tú á mi labio concediste  
 Licencia para que hable sin embozo:  
 Dime: de tu temor, ¿cuál es la causa?  
 ¿Un sueño, un tierno infante  
 Que erradamente, acaso, presumiste  
 Haber reconocido?

ATALÍA. Razón tienes:  
 Pude engañarme, preocuparme pudo  
 Una vana ilusión; pero es forzoso  
 Verle segunda vez, y más despacio  
 Examinar de cerca sus facciones.  
 Que traigan á los dos á mi presencia.

ABNER. Temo...

ATALÍA. ¿Que á obedecerme se resistan?  
 ¿Con qué pretexto han de poder negarle?  
 ¿Querrán que mis sospechas se acrecienten?  
 Que los traigan. repito, sin demora  
 Joiada, ó Josabet. ¿Dudan que puedo,  
 Cuando guste, mandar como señora?  
 Mis bondades, Abner (yo lo confieso),  
 Dan ocasión á vuestros sacerdotes  
 Para que de ellas en mi ofensa abusen.  
 Ya sé hasta dónde extienden la licencia  
 De sus discursos sobre mi conducta,  
 Y contra mi legítima potencia.  
 Ellos viven, no obstante, y vuestro templo  
 Permanece; mas juzgo  
 Que se acerca ya el fin de mis piedades.  
 Dile, dile á Joiada que modere  
 Su irreductible celo y su lenguaje,  
 Y no me irrite con segundo ultraje.  
 Vete al momento.

II

MATÁN. Al fin ya logro hablarte  
 Con libertad, y á mis verdades puedo

## ATALÍA

Darlas su lustre. Contra ti, señora,  
 Se alimenta algún monstruo en este templo;  
 No á que reviente su furor aguardes.  
 En el cuarto del sumo sacerdote  
 Ha pasado hoy Abner lo más del día.  
 No ignoras el exceso con que adora  
 La sangre de sus reyes: y ¿quién sabe  
 Si el traidor de Joiada intenta ahora  
 Substituir en su diadema un niño  
 Con que el airado cielo te amenaza?  
 Sea su hijo, ó sea de...

ATALÍA.

Sí, amigo

Matán: un denso velo de mis ojos  
 Has quitado. Ya veo los celestes  
 Avisos con luz clara; pero deja  
 Que de todas mis dudas me liberte.  
 No es posible que un niño disimule:  
 Muchas veces se advierte  
 Por una sola voz un gran designio.  
 Verle y examinarle quiero. En tanto  
 Dispón que mis soldados,  
 Sin que causen recelo, estén armados.

## III

JOSABET. (*A los dos levitas*).

¡Oh, ministros de Dios! ni un breve instante  
 La vista separéis de aquestos niños  
 Tan preciosos.

ABNER. (*A Josabet*).

Princesa, no receles;  
 Fía de mí su guarda.

ATALÍA.

¡Oh santo cielo!  
 Cuanto más cuidadosa le examino,  
 Más me aseguro de que es él. Un nuevo  
 Pasma de mis sentidos se apodera.  
 Esposa de Joiada, dime, ¿es éste  
 Tu hijo?

JOSAB.

¿Cuál?

ATALÍA.

(*Señalando á Joás*).

Aquél.

JOSAB. (*Señalando á Zacarias*).

No, gran señora;

Este es mi hijo.

ATALÍA. (*A Joás*).

- Dí, ¿quién es tu padre,  
Niño hermoso? Respóndeme.
- JOSAB. Hasta ahora  
Sólo el cielo.
- ATALÍA. ¿Por qué tú te adelantas  
A responder por él? No impidas que hable.
- JOSAB. En una edad tan tierna, ¿qué noticia  
Has de hallar?
- ATALÍA. Esa edad es inocente:  
Su sencillez no altera todavía  
A la simple verdad. Deja que explique  
Según alcance aquello que le toca.
- JOSAB. (*Bajo*).  
¡Oh, Señor! de tu gran sabiduría  
Pon un rayo en su boca.
- ATALÍA. ¿Cómo te llamas?
- JOÁS. Eliacín me llamo.
- ATALÍA. Tus padres, ¿quiénes son?
- JOÁS. No los conozco,  
Ni los conocí nunca; pero dicen  
Que un huerfanito soy, desde la cuna  
Del Señor en los brazos arrojado.
- ATALÍA. ¿No tienes padres?
- JOÁS. Me han abandonado.
- ATALÍA. ¡Cómo! ¿Desde qué tiempo?
- JOÁS. Desde cuando  
Nací.
- ATALÍA. ¿Pues á lo menos no se sabe  
Qué país es el tuyo?
- JOÁS. Aqueste templo  
Es sólo mi país.
- ATALÍA. ¿Adónde dicen  
Que fuiste hallado?
- JOÁS. Entre sangrientas fieras  
Que iban á devorarme.
- ATALÍA. ¿Quién te trajo  
Al templo?
- JOÁS. Una mujer no conocida,  
Que no dijo su nombre, ni la han visto  
Después.
- ATALÍA. ¿Y quién cuidó de tu primera  
Edad?
- JOÁS. ¿Pues Dios permite, por ventura,  
Que perezcan sus hijos? A los partos  
De la simple avecilla da alimento,  
Y su bondad se extiende

## ATALÍA

Sobre toda criatura.  
Cada día le invoco, y con cariño  
Paterno me alimenta con los dones  
Que ofrecen en su altar.

ATALÍA. Nuevo prodigio  
Me turba y me sorprende. La dulzura  
De su voz, su niñez, y su hermosura  
Logra insensiblemente que sucedan  
A mi rencor antiguo... ¿Mas mi ceño  
Escucha á la piedad?

ABNER. ¡Mira, señora,  
Qué temible enemigo! ¿De tu sueño  
Engañoso no adviertes la impostura?  
¿De qué temes ahora,  
Si ya no es la clemencia (á quien parece  
Que te rindes) la causa de ese nuevo  
Temblor?

(*Quieren irse Joás y Josabet.*)

ATALÍA. ¿Os vais?

JOSAB. Ya sabes su fortuna,  
Y por eso creí que su presencia  
Te sería importuna.

ATALÍA. Volved, que no lo es. Dime, ¿en qué empleo  
Te ejercitas?

JOÁS. Adoro al soberano  
Dios; me explican su ley; á leer me enseñan  
En su libro divino, y de mi mano  
Propia empiezo á copiarle.

ATALÍA. ¿Qué te dice  
La Ley?

JOÁS. Que el Señor quiere ser amado;  
Que del blasfemo al fin toma venganza;  
Que es defensor del huérfano afligido;  
Que al soberbio resiste, y que castiga  
Al matador.

ATALÍA. Muy bien: Mas tanta gente  
¿Qué hace aquí retirada? ¿En qué se emplea?

JOÁS. En alabar á Dios y bendecirle.

ATALÍA. ¿Pues quiere vuestro Dios que á todas horas  
Le alaben y contemplen?

JOÁS. De su casa  
Todo oficio profano se destierra.

ATALÍA. ¿Cuál es tu diversión?

JOÁS. Algunas veces,  
Cerca del ara, al sumo sacerdote  
Suministro la sal é incienso: escucho

Cuando cantan de Dios las infinitas  
Grandezas ; y reparo en el pomposo  
Orden de tan solemnes ceremonias.

ATALÍA. ¿ No gozas más gustosos pasatiempos ?  
Lástima tengo de la triste suerte  
De un niño tan precioso. Ven conmigo  
A mi palacio ; en él verás la excelsa  
Magnificencia mía.

JOÁS. ¿ Y he de perder, ingrato, la memoria  
De los favores que al Señor merezco ?

ATALÍA. No te he de precisar á que le olvides.

JOÁS. Tú no le adoras.

ATALÍA. Puedes tú adorarle.

JOÁS. ¿ Podré sufrir que en mi presencia adoren  
Otro dios ?

ATALÍA. Yo dios tengo  
A quien servir ; tú servirás al tuyo :  
Uno y otro son dioses poderosos.

JOÁS. Temer al mío es necesario, Reina.  
El solamente es Dios ; el tuyo es nada.

ATALÍA. En mi corte de gozos y delicias  
Cercado te verás.

JOÁS. Como el torrente,  
Todas las dichas de los malos pasan.

ATALÍA. ¿ Y aquellos malos quiénes son ?

JOSAB. Señora,  
Evita que un infante inadvertido...

ATALÍA. Princesa, me complazco  
En ver cómo le instruyes. Tú has sabido,  
Eliacín, agradarme ; y no es posible  
Que un niño vulgar seas. Ya no ignoras  
Que soy reina, y no tengo quien me herede.  
Deja ese traje y ese vil empleo.  
Partícipe dichoso quiero hacerte  
De mis grandes riquezas : desde ahora  
Experimentarás de mis palabras  
El efecto : en mi mesa y á mi lado  
Estarás siempre junto á mí sentado :  
Como hijo he de tratarte.

JOÁS. ¡ Como hijo !

ATALÍA. Sí. ¿ Pero no respondes ?

JOÁS. ¡ Oh, qué padre

Perdería yo !... Mas...

ATALÍA. Dí.

JOÁS. ¡ Por qué madre !

ATALÍA. (A Josabet).

Su memoria es feliz ; en cuanto dice  
 Tu educación se ve, y la de Joiada.  
 Así infectáis la juventud sencilla,  
 Valiéndoos de la calma en que yo os dejo ;  
 Sus odios cultiváis, y en vuestro labio  
 Jamás se escucha sin horror mi nombre.

JOSAB. ¿Cómo puede ocultársele la historia  
 De nuestras desventuras? Todo el mundo  
 La sabe, y tú con ella te glorías.

ATALÍA. Sí, me glorío, pues mi justa saña  
 Vengo á mis padres en mis propios nietos.  
 ¿Hubiera visto con tranquilo aspecto  
 Destrozar á mi padre y á mi hermano?  
 ¿Precipitar á mi querida madre  
 Desde su alcázar, y en su mismo día,  
 (¡Espectáculo horrible!) degollados  
 Setenta hijos de un rey hubiera visto?  
 ¿Y por qué? Por vengar unos profetas,  
 Cuyo furor había castigado.  
 Y yo, reina cobarde, ingrata hija,  
 De frívola piedad indigna esclava,  
 ¿No había de pagarle sus furores,  
 Muerte con muerte, ultraje con ultraje,  
 Y de vuestro David tratar los nietos  
 Como de Acab trataron al linaje?  
 ¿Dónde estaría yo, si temerosa  
 De mi sexo, no hubiera superado  
 Los cariños de madre? ¿si no hubiera  
 Mi propia sangre á arroyos derramado,  
 Y de un golpe atrevido  
 Todos vuestros intentos reprimido?  
 La implacable venganza  
 De vuestro Dios, entre las dos familias,  
 Rompió toda alianza.  
 Odioso me es David : sus descendientes,  
 Aunque mi sangre sean,  
 Extranjeros me son é indiferentes.

JOSAB. ¿Todo te salió bien? El sempiterno  
 Dios que lo ve lo juzgue.

ATALÍA. Las promesas  
 De aquese Dios, que fueron  
 Vuestro único refugio tantos siglos,  
 ¿Qué servirán ahora? Que os envíe  
 Ese rey ofrecido á las naciones  
 Ese hijo de David, vuestra esperanza.  
 Pero ya nos veremos. Voy gozosa :

Deseaba ver y ya ver he logrado.  
**ABNER.** (*A Josabet*).  
 A tu poder, princesa,  
 Las prendas que me habían confiado  
 Restituyo, cumpliendo mi promesa.

## IV

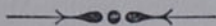
**JOSAB.** (*A Joiada*).  
 ¿Escuchaste, señor, de la soberbia  
 Reina el lenguaje?

**JOIADA.** Sí, todo lo oía,  
 De tu grave dolor compadecido.  
 Prontos á tu defensa  
 A mí y á estos levitas has tenido,  
 A ponerse resueltos á tu lado.  
 ¡Ah, generoso niño! que así has dado  
 De Dios un noble testimonio; vele  
 Sobre ti su piedad.

(*Abrazando á Jods*).

Abner amado:

Siempre me encontrarás agradecido  
 A tu importante obsequio. Que te acuerdes  
 Te ruego, de la hora señalada.  
 Y nosotros, á quienes esa fiera  
 Sacrilega mujer, reina homicida,  
 Perturbó la oración, y mancillada  
 Dejó la vista con mirarla sólo,  
 Entremos donde con la sangre pura,  
 Por mis manos vertida,  
 Lave aún el mármol que pisó atrevida.



## LA FLAUTA DEL DIOS PAN

Honda gruta de robles sombreada,  
 ¡Silencio; Oh limpio manantial lanzado  
 De la roca, ¡silencio! Corderillos  
 Que vais con vuestras madres en rebaños,  
 ¡Silencio! Oh, limpio manantial lanzado  
 El mismo Pan ahora acompañado.  
 A sus húmedos labios ya se acerca  
 El dulce caramillo, y circundándolo,  
 En coro danzan ya con pie ligero  
 Las ninfas de las aguas y los prados.



## CONFUCIO

POR ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS

Aun recordando la fama y reputación de los sabios de la antigüedad, cuyas obras y doctrinas han influido tanto en las ideas y conocimientos de la sociedad moderna, todavía es difícil averiguar si alguno de ellos goza ni ha gozado nunca mayor prestigio en tanto número de personas como el ilustre filósofo y legislador de la China á quien dedicamos este artículo, ni lo ha conservado tan intacto al través de tantos siglos.

Confucio, ó más bien Confucius, cuyo verdadero nombre es Koung-Tséé, pues el otro no es más que la pronunciación chinesca latinizada, nació en el reino de Lu, en el día provincia de Cantón, el año 551 antes de Jesucristo. Su familia, que era la misma que la de Hoang-ti, fundador de la legislación china y subsiste aún en el día, ha dado al Estado ministros, príncipes y emperadores, y cuenta setenta y cuatro generaciones en el espacio de cuarenta siglos. La depravación y el fausto reinaban en todos los principados que dividían el Imperio, y las guerras eran continuas entre ellos; tales desórdenes habían influido en el pueblo extraordinariamente, y el olvido de las antiguas máximas y leyes era completo.

Confucio apenas había llegado á la edad de la adolescencia cuando abandonó las riquezas y honores á que su clase y talentos le daban incontestables derechos, y consagró modestamente su vida á la instrucción de sus conciudadanos, emprendiendo la difícil tarea de hacer revivir en ellos la afición y el respeto á los antiguos usos. No contento con explicar á sus compatriotas, sin distinción de clases, los invariables preceptos de la moral, fundó escuelas y formó discípulos para extender sus doctrinas por todos los puntos de aquel vasto Imperio, y para que después de su muerte, siguiese la enseñanza. También compuso una serie de tratados en que explicó sus máximas, ó más bien las de la virtuosa antigüedad que intentaba reproducir.

Tal fué la noble misión de Confucio, á tales trabajos se entregó con ardor, y por tal empresa sufrió mil disgustos y amarguras; porque si se vió acogido y respetado en varias cortes, en

otras muchas fué casi despreciado y escarnecido. Al concluir su larga carrera, y agotadas sus fuerzas por una prolija y larga enseñanza, sentía aún que su doctrina no hubiese recibido más que estériles aplausos, y estaba muy lejos de prever el inmenso ascendiente y eterna influencia que lograría algún día en toda la nación. En efecto, ningún filósofo, ningún sabio de la antigüedad ha alcanzado el brillante destino de Confucio, ni ha obtenido tantos honores póstumos; nunca la doctrina de ninguno de ellos ha tenido como la de él, la gloria de asociarse á la legislación de un gran pueblo. La moral de Sócrates no logró trocar las costumbres de una sola aldea del Atica, y la del ilustre chino continúa, desde hace dos mil años, rigiendo el Imperio más vasto y más poblado del Universo.

Confucio no ha sido directamente, como creen muchos, legislador de la China, porque jamás estuvo revestido de la autoridad necesaria para publicar leyes, ni le ocurrió nunca innovar nada en la religión. Si sus doctrinas influyeron en la legislación, fué la causa una influencia poderosa, pero indirecta, que llegaron á ejercer sobre la mayor parte de los individuos de la nación. Confucio cultivó y profesó la moral; había nacido virtuoso y, conducido por su razón al estudio de la virtud, siendo filósofo sin ostentación, amó á sus compatriotas, y se creyó llamado á ilustrarlos acerca de los caminos que conducen á la verdadera felicidad. Lejos de querer pasar por inventor de su doctrina, recordaba sin cesar que las máximas que enseñaba eran las de los sabios que le habían precedido. Mas si Confucio tomó de sus predecesores los principios fundamentales de su filosofía, supo desarrollarlos de un modo tan original, y hacer de ellos tantas y tan sabias explicaciones, que se puede asegurar que en ningún tiempo se ha mostrado la razón humana tan llena de fuerza y de brillantez, Por más sublime que sea su moral, siempre aparece sencilla y conforme á la naturaleza del hombre, pudiendo reducirse el código de filosofía chinesca á un corto número de principios que son: la exacta observancia de los deberes que imponen las relaciones del príncipe con los súbditos, del padre con sus hijos, y del marido con la mujer. Añade á esto cinco virtudes principales, cuya práctica recomienda sin cesar: 1.ª la humanidad: 2.ª la justicia: 3.ª la fidelidad en conformarse á los usos y costumbres establecidos: 4.ª la rectitud del talento y de corazón que impele á buscar siempre la verdad: 5.ª la sinceridad.

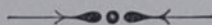
Imposible sería seguir á Confucio en el pormenor de los trabajos que emprendió para llevar á cabo la misión filosófica que se había impuesto. Empleó una gran parte de su vida en viajes á los diferentes reinos en que se dividía el Imperio, y que fueron las más veces infructuosos para las radicales reformas que solicitaba, pero que contribuyeron á extender su doctrina, y le atraieron infinitos discípulos. El rey de Tsi, movido del renombre de Confucio, fué el primero que le solicitó y deseó tenerlo en su corte, donde recibió el filósofo una honrosa acogida. El príncipe le oía con sumo gusto, y aplaudía sus máximas, pero continuaba viviendo en el ocio y en la molice. Confucio, después de haber pasado un año en este reino, vió con dolor que sus discursos y lecciones no producían ningún cambio en la conducta del monarca y en la de sus cortesanos, por lo que tomó el partido de retirarse con algunos de sus discípulos á la capital donde residía el emperador. No tardó, sin embargo, en volver al reino de Lu, su patria, en donde vivió diez años, siendo su casa un liceo siempre abierto á aquéllos de sus ciudadanos que deseaban instruirse. Confucio llegó á contar tres mil discípulos, sin que se crea por esto que todos ellos eran jóvenes ni formaban una masa de oyentes reunidos alrededor del maestro; sino que entre este número se contaban muchos que en diferentes tiempos habían recibido las lecciones de filosofía, y eran de edad madura, ocupados en sus empleos y carreras, ya de literatos, mandarines, gobernadores de ciudades ó de militares; pero todos profesaban á Confucio el mayor afecto y veneración, y le visitaban cuando los respectivos viajes les proporcionaban ocasión.

Gozaba Confucio del reposo y dulzuras de la vida privada cuando murió el soberano de Lu. Su sucesor, que profesaba al filósofo cuya doctrina obtenía ya una gran celebridad en todo el Imperio, una gran veneración, le hizo ir á su corte, le entregó su confianza y le nombró supremo magistrado de la justicia con el título y autoridad de ministro. Confucio manifestó tal vigor y desinterés en el desempeño de tan importante destino, que se captó el amor del pueblo y el respeto de los grandes; pero una revolución lo derribó y tuvo que alejarse de su patria y buscar abrigo en un reino vecino. Después de un largo destierro regresó á ella, siendo ya de sesenta y ocho años de edad, para no volver á salir.

Es digno de atención el observar que, conforme al itinerario

exactamente conocido de los viajes de este filósofo, resulta que nunca salió de las fronteras de la China, que jamás visitó las naciones extranjeras, y, por consiguiente, que no pudo tomar de éstas ninguna opinión moral ó religiosa, sino que su doctrina es la sencilla y pura de los antiguos chinos. Es, pues, evidente que se ha asegurado sin fundamento, que se había aprovechado de la filosofía de los griegos, tomando ideas de Pitágoras y un párrafo de Ezequiel; siendo mucho más racional creer que Confucio no conoció ni á Pitágoras ni á Ezequiel; que vivieron casi en su misma época, y que se dedicó á otras cosas muy diferentes que á aprender griego y hebreo.

En los últimos años de su vida se ocupó Confucio en poner en orden los seis *king* ó libros sagrados en que se encuentran reunidos los monumentos más antiguos de la China, y á poco se vió acometido de una larga y penosa enfermedad. Aunque logró curar de ella fué la convalecencia muy difícil, y desde entonces se consumió diariamente, hasta que cayó en un profundo letargo que le duró siete días, al cabo de los cuales murió el año 479 antes de Jesucristo. Sus funerales fueron hechos, con la mayor pompa, por sus discípulos; uno de ellos plantó sobre su sepulcro un árbol, cuyo tronco, árido y seco, se conserva aún después de veintidós siglos. Este árbol ha llegado á ser un monumento sagrado para los chinos, que le han hecho dibujar con el mayor cuidado, y grabar en mármol, sacando copias que adornan casi todas las habitaciones. Fueron tantos los discípulos que acudieron después de la muerte de Confucio á visitar su sepulcro, que alrededor de él se formó una ciudad de segundo orden, que aun existe en la provincia de Cantón, y que prueba la veneración de los chinos á la memoria de este grande hombre.



### A SU ALMA

POR ADRIANO EL EMPERADOR

Alma mía, pequeña alma querida,  
 ¿Dónde, hija, te vas? ¡Quién sabe dónde!  
 ¡Ay! ¿Te vas solitaria, conmovida  
 Y trémula?... Responde:  
 ¿Qué será de tus dichas y contentos?  
 ¿Qué será de tus dulces pensamientos?

## LEYENDAS CHINAS

POR EDUARDO TODA Y GÜELL

EDUARDO TODA Y GÜELL.—Literato contemporáneo; académico de la Real de la Historia. Autor de una *Bibliografía española de Cerdeña*, premiada por la Biblioteca Nacional. Como individuo de la carrera consular, ha residido largos años en el Oriente; á esto debemos sus libros, *La vida en el Celeste Imperio*, *Estudios egiptológicos*, *Historia de la China*, etc.

Las leyendas populares, son en China sencillas, dulces y poéticas. Lo natural se mezcla en ellas con lo maravilloso, aceptado con profunda convicción por la buena fe de aquellas gentes pacíficas y tranquilas, cuyo admirable instinto no les ha llevado jamás á los entusiasmos por la gloria de los conquistadores y guerreros. En el Celeste Imperio sólo el trabajo y el estudio enaltecen al hombre y honran los caracteres: allá los héroes militares no han sido nunca ensalzados, ni existe gloria alguna en esos combates sangrientos que tanto exaltaron la imaginación de los pueblos occidentales. El natural instinto hace allí lo que el estudio y la reflexión intentan en vano en los demás pueblos del mundo.

Pruébalo, si no, la leyenda de TAO TSUNGI, distinguido literato y poeta en tiempo de la dinastía mongólica. Sus vastos conocimientos, al par que su habilidad y dotes de gobierno, lo elevaron rápidamente á los más altos puestos del Estado, pero cuanto más grandes fueron los horizontes abiertos á su vista, mayor fué el desencanto que sufrió contemplando las miserias del país. Animado por el deseo de ser útil á sus semejantes, abdicó todos sus cargos, renunció sus honores, y retirándose á su país natal consagróse al desarrollo de la agricultura, base del bienestar del pueblo. Este no ha sido ingrato para aquel bienhechor, puesto que conserva la memoria del mismo con religioso culto y la honra citando á TSUNGI como modelo de virtud y abnegación que deben copiar los hombres.

La leyenda de la morera es una de las más curiosas que existen en China, y al mismo tiempo más divulgada por la importancia que tiene la producción de la seda. Cuéntase que en la época lejana de la dinastía SHANG, quince siglos antes de la Era cristia-

na, vivía en las tierras más tarde conocidas por provincia de Setchuén, una joven hermosa, rica y querida de todos, tanto por sus prendas físicas como por el cariño filial que la adornaba mejor que la más rica joya de sus tesoros de piedra *jada*.

Un día el padre de la joven desapareció del hogar sin que nadie pudiera atinar la causa. Por la mañana había montado á caballo, y al anochecer el animal volvió á casa sin llevar sobre sus lomos al dueño que lo guiaba. Las sombras del dolor obscurecieron aquel templo, hasta entonces radiante de felicidad y ventura. La madre creyó que la pena la mataría. La hija resistióse á tomar alimento, y no quiso vestir otro traje que el blanco de luto, ni ver cara de persona amiga, hasta tener noticias ciertas y seguras del paradero de su amado padre.

Así se pasó un año. Los ladrones de las inmediaciones que frecuentan los más recónditos lugares dijeron que nunca habían visto á aquel hombre. Los venerables de los templos aseguraron que los Genios no lo habían llevado al cielo. No fué muerto en las guerras, ni había sucumbido á los estragos de la peste. Desolada la madre, tanto por la pérdida de su marido como por el dolor que consumía á su hija, hizo un día voto solemne de dar á ésta en matrimonio á quien devolviese el marido al hogar doméstico.

Toda la gente del vecindario dirigióse á los campos, preguntó en los pueblos, registró las selvas y montañas en busca del desaparecido. El premio señalado al que lo encontrara no podía ser más apetecible, pues el amor y la posesión de la desesperada joven, suponía, para el afortunado en sus pesquisas, el goce del cielo en la terrena vida.

Así las cosas, notóse que el caballo en que había cabalgado el viejo apareció inquieto en la cuadra y se esforzaba en romper la cuerda á que estaba sujeto. Lo consiguió tras duro esfuerzo, y hendiendo ligero la llanura, perdióse de vista en los inmensos arrozales. Más afortunado que las personas, el noble animal, pasados pocos días, volvió al pueblo llevando al viejo con tanto afán buscado.

Vuelto el caballo al pesebre, pronto fué de todos olvidado, pero desde aquel momento enfermó. No comía ni bebía: triste unas veces y furioso otras, continuamente volvía la cabeza hacia las habitaciones de la hija de la casa. Tuvo el padre curiosidad por saber la causa de esa extraña inquietud, y entonces su esposa recordó el voto hecho en ocasión de su extravío.

—Tales votos— dijo el anciano, —se hacen y se cumplen cuando se refieren á los hombres, pero no á las bestias. Que desde hoy en adelante se dé al caballo doble ración de arroz y paja. ¿A quién se le ocurrió nunca que un ser humano pueda casarse con un animal?

Pero el caballo siguió rehusando el pienso, y como había oído la conversación de los dos esposos, se alborotó todavía más lanzando llamas por los ojos cuantas veces veía pasar cerca de él á la hermosa joven. Temió el padre que la actitud del caballo ocasionara desgracias en la familia, y para evitarlas resolvió matarlo, tirándole con el arco de guerra una flecha que le partió el corazón.

Muerto el animal, los criados le quitaron la piel y la pusieron á secar al sol colgándola á un árbol en medio del patio de la casa. Sucedió que al pasar la niña por allí cerca, de pronto animáronse aquellos despojos y envolviéndola se la llevaron por los aires, con gran admiración de los presentes. Diez días después, hallóse la piel extendida sobre la copa de otro árbol, hasta entonces nunca visto en el país, de cuyas hojas nutríase un gusano que vomitaba capullos de seda. Allí fueron á llorar sus desdichas los padres de la joven, y desde entonces el pueblo dió á aquel árbol el nombre de *Shang*, palabra que en lengua china significa lo mismo *morera* que *funeral*.

Nadie dudaba que la niña había sido convertida en gusano, por la falta que cometió no cumpliendo la solemne promesa hecha por su madre; pero pasado algún tiempo, aparecióse á los padres una Diosa, radiante de hermosura, rodeada de un coro de Genios magníficamente vestidos, sostenida por nubes de perfumes y montada en el mismo caballo muerto en la casa. Era la hija, que dirigiéndose á sus padres, les dijo:

—«¡ Oh, padres! Por mi piedad filial, por mi buen corazón y fidelidad perfecta, Dios me ha escogido para servidora suya en el palacio del cielo donde moran los bienaventurados, dándome el don de la inmortalidad. No lloréis por mí, pues soy feliz.»

El pueblo proclamó en seguida á la joven Diosa de las morenas y de los capullos de seda, y todavía hoy, en tres distritos de la provincia de Setchuén, se le consagran anualmente fiestas religiosas durante las cuales abundan las ofrendas en los templos y entre nubes de incienso suben las oraciones al cielo, impetrando

de su favor buenas cosechas de hoja de morera y fecundidad en los gusanos.

El albaricoque es, en China, el emblema de la longevidad, así como entre nosotros el laurel es el símbolo de la gloria. Esta tradición se funda en la circunstancia de florecer el árbol en los días de Año Nuevo, que corresponden siempre á los meses de febrero ó marzo, por empezar cuando entra la tierra en el solsticio de primavera.

Otra significación tiene el albaricoque en el Celeste Imperio. Desde tiempo inmemorial, es el símbolo del matrimonio, de las virtudes conyugales, y muy especialmente de los deberes de la mujer en la familia. Tal parece desprenderse de una oda poética contenida en el *She King*, uno de los antiguos clásicos, tenidos por sagrados entre los sabios chinos. En esta poesía hay la siguiente estrofa :

Florido y frondoso se ve tu albaricoque, ¡oh afortunado marido!  
Sus flores son radiantes y hermosas. Parecen la casta virgen que vino  
á ordenar tu casa y á bendecir tu hogar.

Los taoistas chinos, especie de secta religiosa muy importante y extendida en el país, que empezó por proclamar el racionalismo y el libre examen como base de sus doctrinas, y acabó por sepultarse en las más oscuras especulaciones de la nigromancia y de la alquimia, atribuyen al albaricoque grandes y extraordinarias virtudes. Hanlo casi deificado ; al menos han hecho de él un principio de gran influencia en la vida universal, una manifestación del poder divino en la tierra.

Hace diez ó doce siglos, cuando regían el Imperio aquellos monarcas abyectos y degenerados de las casas de HAN, TANG y SUNG, se hicieron del albaricoque grandes aplicaciones. Emperadores entregados de día al miedo de una revolución, y soñando de noche con los terrores de un asesinato, almas cobardes sumidas en la lujuria y en vicios peores, no querían dejar la vida que tan poco nonraban, y apelaron á la ciencia de los sacerdotes de Tao á fin de que, con sus mágicos conjuros y con su supuesta comunión en el mundo de los espíritus, les procurasen el elixir que debía librarlos de la muerte.

Los nigrománticos se dedicaron afanosos á buscar el filtro que los monarcas les pedían, y á este objeto diéronse á registrar los antiguos libros de tradiciones sobre la inmortalidad. Allá en las



regiones de Occidente, tierra de las soñadas delicias, levantábase enhiesta la montaña Kuen Lun, habitada por una diosa, servida por hadas que en bullicioso coro aspiraban los perfumes de la inmortalidad en los bosques de albaricoques. Estos árboles de la vida eran de forma tan extraordinaria como los efectos que producían. Nacieron, tardaron seis mil años en desarrollarse, y sólo una vez cada tres mil pendía de sus ramas el deseado fruto. La Emperatriz del Oeste, que en aquellas regiones tenía su corte, dió á menudo el fruto á bienhechores de la tierra, hombres de alma pura que de este modo obtuvieron el don de la vida eterna.

De esta leyenda nació el vehemente deseo de encontrar en el albaricoque de los campos el filtro de la vida, y se hicieron en China más ensayos y estudios para realizar tan absurdo propósito, que en Europa buscando la famosa piedra filosofal. Creyóse un tiempo que todo el árbol tenía tal virtud, y se redujeron á cenizas los troncos, convitiéndolas luego en los elixires misteriosos que se tomaban después en medio de místicas invocaciones. Atribuyéronse luego virtudes especiales á la goma del árbol, á las hojas, flores y frutos del mismo: se le combinó con la morera y otros productos vegetales: compusieronse de este modo polvos é ingredientes calificados de infalibles para destruir en el cuerpo humano los gérmenes de la muerte.

Expliquemos ahora la historia de VANGGHÍ. Vivía este personaje en tiempo de la dinastía TSIN, en las vertientes de la montaña Kuchao, entregado á la agricultura. Sorprendido un día por la lluvia al ir á cortar leña al bosque, refugióse bajo las rocas de una caverna, donde encontró á varios ancianos jugando al ajedrez. Durante la partida, uno de estos viejos dió á VANGGHÍ una fruta parecida al hueso del dátil, diciéndole que la comiera. Hízolo así, y quedó profundamente dormido.

Pasado algún tiempo, los ancianos despertaron á VANGGHÍ, diciéndole que había ya dormido bastante y que volviera á su casa. Este fué á tomar el hacha que llevaba consigo, pero el mango cayó hecho polvo. Al entrar en su pueblo, vió que no quedaban vestigios de su casa ni de su familia, enterándose con asombro de que habían transcurrido muchos siglos desde la fecha en que se ausentó. Suspenso y maravillado, marchó á las montañas para hacer vida de anacoreta y entregarse á las prácticas del taoismo que le valieron la inmortalidad.

Abundan en China las montañas sagradas, pero la primera

en importancia es la de Kuen Lun. Tiene diez mil leguas de circunferencia y once mil de altura. Rodéanla cuatro ríos, cuyas aguas son respectivamente azules, blancas, rojas y negras. Frondosos árboles de *jada* ostentan en sus ramas el fruto de la vida eterna, y en su recinto da tres vueltas el torrente amarillo de Tanshuci, que salva de la muerte á cuantos beben sus aguas.

En esta montaña, Kuen Lun, vive la reina Si Vang Mu, Emperatriz madre del Oeste, con ninfas que la acompañan y ángeles de alas azules que le sirven de mensajeros cerca de los hombres á quienes su dueña favorece. Está edificado su palacio con piedras de tres colores, brillantes como las flores de sus jardines, y encierra lagos de perlas donde nadan animales extraordinarios por su forma y su plumaje. La leyenda de Kuen Lun viene á ser una transformación terrenal del paraíso budhista, con todos sus splendores, sus bellezas y sus placeres.

Cuéntase también en China que hacia los mares de Levante existen las islas de los Genios. Una de ellas se llama Ying Chao, tiene cuatro mil leguas cuadradas de extensión y dista setenta mil leguas del continente. En medio de la isla se levanta una roca de piedra *jada*, de mil palmos de altura, de cuyas hendiduras mana una fuente de agua dulce como vino. Quedan embriagados cuantos la beben, pero adquieren también la inmortalidad y se convierten en genios, destinados á poblar aquellas islas.

Todos los seres superiores, los inmortales que tanto abundan en las leyendas chinas, sólo pueden alimentarse con *che*, planta sobrenatural que crece en las islas de los genios y se produce también en la China cuando el país tiene buenos monarcas.

En los ríos existen seres misteriosos que viven en sus aguas, regulan su curso, y en épocas determinadas se aparecen á los hombres para guiarlos por el camino del bien ó revelarles secretos útiles al pueblo. Así, del río Lo salió la tortuga cuya concha tenía marcada la clave de la escritura china.

La serie de pájaros legendarios es también muy importante, descollando entre todos el *fong* ó fénix. Sólo se manifiesta en la tierra cuando buenos mandarines la gobiernan, y por esto se hizo de su imagen el símbolo de una administración honrada y justa. Tiene este pájaro cabeza de faisán, pico de golondrina, cuello de tortuga, cuerpo de dragón y cola de pescado. Su plumaje es de cinco colores, representando las cinco virtudes cardinales. El

*kilán* es otro pájaro al que se concede virtudes extraordinarias y se le atribuyen estupendos milagros.

Las plantas representan importante papel en las leyendas del Celeste Imperio. La *hungyeh*, de hoja encarnada, simboliza la feliz unión de los esposos en la familia, á causa del siguiente hecho: Un joven llamado Luyeó, paseando un día cerca del palacio imperial, cogió del suelo una hoja de *hungyeh* que había caído de la planta, y escribió en ella unos versos saludando afectuosamente á la primera persona que los leyera. Tiró la hoja al agua del canal que conducía al parque del Emperador, en donde fué hallada por una de las damas de servicio. Esta quedó enamorada del autor de los versos, le conoció más tarde y se casó con él.

Los chinos cuentan historias fabulosas ó exageradas de jardines célebres en la antigüedad. En las épocas decadentes del Imperio, cuando la corrupción de los reyes corría al par con la abyección del pueblo, los jardines eran sitios indicados por los señores para satisfacer sus originales caprichos. Dícese del tirano Shao, último príncipe de la dinastía Shang, que dominado por las lascivas extravagancias de su concubina Takí, hizo construir un jardín en Luthai, en donde había un lago de vino. Suspendiéronse manjares á los árboles, cual si fueran frutas, y cuando los convidados á las orgías imperiales entraban en los parques, se les obligaba á aparecer desnudos haciéndoles dejar en la puerta los vestidos.

Otra tradición habla de los jardines regios de Si Yuan, por los cuales el monarca Yang Ti mostró tal predilección, que al ver en invierno cómo caían las hojas de los árboles, las hizo reemplazar por hojas artificiales de seda verde. Fueron célebres también en estos jardines las cabalgatas que, á la luz de la luna, hacía el Emperador, acompañado de los millares de concubinas que poblaban su harén.



### 'A UN JARDÍN A ORILLAS DEL MAR

Las náyades, nereidas y hamadriadas,  
De este jardín la propiedad disputan.  
Se dió á una Gracia el decidir entonces  
Quién lleva la razón, pero tal duda  
No decide, así en todas igualmente  
Reconociendo lo embellecen juntas.

## LOS FILÓSOFOS CHINOS

POR ENRIQUE GASPAS

El día 14 del noveno mes del año 604 (antes de J. C.), en la aldea de Li, estado feudal de Tsou, hoy provincia de Hounan, nacía con los cabellos blancos, después de ochenta y un años de gestación (al decir de sus sectarios), el gran metafísico de la China, apellidado por esta circunstancia Lao-tseu ó sea el viejo niño.

Hasta su aparición, la filosofía más remota del Celeste Imperio estaba reducida al *Y-King*, enciclopedia puesta en orden por *Fo-hi*, en quien los historiadores creen reconocer á Noé después que salió del Arca é hizo su viaje á la provincia de *Xen-si*, cerca del monte Ararat, en la parte opuesta de la Bactriana. Su fundamento es enseñar el origen de las cosas y las transformaciones sufridas en el curso de las edades. Dios es considerado en ella como la piedra angular sobre que todo descansa. Es á un tiempo mismo *Ly y Tao* (razón y ley), y como tal se revela á la inteligencia humana.

Lao-tseu, guiado por una sabiduría apacible, enseñó á despreciar las pasiones, á elevarse sobre todos los intereses, grandezas y glorias terrenales, recomendando hacer abnegación de sí propio en beneficio de los demás, y humillarse para ser enaltecido; lenguaje que recuerda la humildad y la caridad de la doctrina del Salvador.

Todo el tesoro de su inteligencia lo encerró en su obra titulada *Tao-té-King*. *King* significa que el libro es clásico; *Tao y Té* son las palabras porque empiezan las dos partes de que consta su tratado, y que, como sucede con el Pentateuco, le han servido para darle el nombre. Ambos títulos reunidos quieren decir *libro de la razón suprema y de la virtud*.

He aquí un fragmento que confirma que, ante el espectáculo de las desgracias de su patria, en vez de aspirar á una reforma, como Confucio lo hizo más tarde, Lao-tseu se aisló, exhortando al hombre á buscar el bien supremo en la soledad ascética, y haciéndolo consistir en la calma absoluta:

«El hombre — dice, — debe esforzarse en obtener el último grado de *incorporeidad*, á fin de conservarse tan inalterable

»cuanto le sea posible. Los seres aparecen en la vida y cumplen sus destinos; nosotros contemplamos su renovación sucesiva, por la cual cada uno de ellos vuelve á su origen. Volver á su origen significa ponerse en reposo; ponerse en reposo es restituir su mandato; restituir su mandato es hacerse eterno. El que sabe hacerse eterno, es iluminado; el que no, se convierte en víctima del error y de todas las calamidades.»

Esta moral, que podemos llamar pasiva, fué exagerada por sus prosélitos, que se apellidaron *Tao-ssé* ó sean doctores celestes. Y en efecto, mientras Lao-tseu no asentaba el bien público y el privado, sino en el ejercicio de la virtud y en la identificación con la razón suprema para dominar los sentidos y alcanzar la impassibilidad, sus sectarios abusaron de esta inacción para abandonarse á un rígido ascetismo; y, proclamando que la sabiduría engendra los desórdenes, recomendaron al pueblo la ignorancia más absoluta, reservándose, no obstante, las artes cabalísticas y adivinatorias, á fin de embaucar con ellas á las masas cuando, á la aparición del Budhismo en China, los *Tao-ssé* se confundieron con los Bonzos.

Las dos sectas de los *Yang* y los *Mé* no son sino ramas del mismo tronco; sus diferencias son tan insignificantes, que no merecen ser reseñadas sino comprendidas en el principio fundamental de la religión de los *Tao-ssé*, cuya consecuencia fué elevar á dogma la ociosidad entre las clases ignorantes.

El año 551 antes de la era vulgar, hacia el solsticio de invierno del año vigésimo segundo del reinado de *Ling-uan*, nació en la aldea de *Tseu*, reino feudal de *Lu* (hoy provincia de *Chang lung*), el gran *Kun-fu-tseu* ó Confucio, como le llamamos en Europa.

Tan distante este filósofo de la ciega credulidad como de las mágicas ficciones de los *Tao-ssé*, jamás se ocupó ni de la naturaleza humana, ni del principio divino, ni de la metafísica en fin. Su carácter no es el de un innovador; limitase tan sólo á restablecer las bases de la moral práctica de las sociedades primitivas.

«Lo que yo os enseño — decía él, — lo podéis aprender por vosotros mismos, haciendo un legítimo uso de las facultades de vuestro espíritu. Nada tan natural ni tan sencillo como la moral, cuyas prácticas saludables trato de inculcaros. Todo lo que yo os predico, los sabios de la antigüedad lo han ejecuta-

do ya. Su práctica se reduce á tres leyes fundamentales : de relación entre vasallos y señores, entre padre é hijo y entre marido y mujer ; y el ejercicio de estas cinco virtudes capitales : la humanidad, es decir, el amor de todos sin distinción ninguna ; la justicia, que da á cada uno lo que le pertenece ; la observancia de las ceremonias y usos establecidos, á fin de que todos los que viven juntos sigan una misma regla y participen de las mismas ventajas y de los mismos inconvenientes ; la rectitud de juicio y de sentimiento para buscar y desear lo verdadero en todo, sin alucinaciones egoístas para sí, ni apasionadas para los otros ; la sinceridad, ó sea un corazón abierto que excluya la ficción y el disimulo, así en las palabras como en las obras. Estas son las virtudes que han valido el dictado de venerables á los primeros institutores del género humano, en vida, y los han conducido después á la inmortalidad. Tomémoslos por modelo, y esforcémonos en imitarlos.»

Tal es, en resumen, la moral de Confucio, cuyo carácter distintivo es hacer derivar todos los deberes de los de la familia, y reducir las virtudes á una sola : la piedad filial. Su dogma es la obediencia del inferior al superior.

En cuanto á metafísica, he aquí lo que al padre Pedranzini decía un mandarín sectario de Confucio :

«Nosotros nos guardamos mucho de decidir sobre cosas que no son evidentes y que los sabios antiguos tenían por inciertas. El axioma de los hombres santos consiste en la partícula *si*, puesto que dicen : Si hay un paraíso, los virtuosos gozarán en él mil delicias ; si hay un infierno, los malvados serán precipitados en él ; pero ¿quién puede afirmar que existan ó no? Abstenerse del mal y hacer bien, he aquí el punto importante. El *Tai-hio* recomienda que lo principal es la virtud y lo accesorio las riquezas y el bienestar. El *Liun-in* encarga que no hagas á otro lo que no quieras para ti. Todo estriba en esto. Procédase así, y basta ; las felicidades del paraíso, si hay uno, vendrán como consecuencia.»

Esta moral fué la que dominó en las clases ilustradas, cuyos sectarios, hostiles á los preceptos obscurantistas de los Tao-sé, tomaron el nombre de *letrados*, y su comunión el de *academia*. Entre los discípulos de Confucio, el más rotable es Meng-tseu ó Mencio, muerto en 314 (a. de J. C.). Afligido de ver

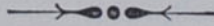
triumfantes las dos sectas de Tao-ssé, ó sean la de *Yang*, que predicaba el egoísmo como el principal regulador de las acciones humanas, y la de *Mé*, que sostenía que el afecto debía extenderse á todos por igual, sin distinción de parentesco, propagó una filantropía generosa basada en la moral de Confucio, cuyo resumen es éste: «*Sirve bien al Cielo, quien sigue la recta razón.*» Su libro, reunido á los tres de apotegmas de Confucio, es aún hoy de texto entre los que aspiran á los cargos públicos. Vemos, pues, dos grandes grupos disputándose el dominio de las conciencias: la metafísica de Lao-tsé, relajada por los mágicos procedimientos de los Tao-ssé, sus sectarios, dueña de las masas ignorantes y perezosas; la moral de Confucio, observada por los letrados, alumbrando las inteligencias privilegiadas y siendo, por decirlo así, la religión del Estado, patrocinada y seguida por los emperadores, indiferentes más que tolerantes de todas las demás prácticas y creencias. Hubo, sin embargo, una época en que los cabalísticos amenazaron invadirlo todo. Fué en el siglo II (antes de J. C.), cuando los Tao-ssé, separándose de la pura doctrina de Lao-tsé, empezaron á darse á extrañas especulaciones y pretendieron haber descubierto el secreto de la inmortalidad, contenido en un misterioso brebaje. En vano fué que los sectarios de Confucio quisieran desenmascararlos; protegidos por el emperador Wu-ti, hubieran, sin duda alguna, triunfado de los letrados, si uno de éstos, tomando la copa que sus rivales destinaban al monarca, no la hubiese apurado de un sorbo, desafiando el enojo del augusto personaje, que, en su ceguedad, le condenó á morir en su presencia.

—Si la eficacia de este licor es verdadera — le dijo el confucista,—la orden que acabáis de dar es inútil; si, por el contrario, es falsa, con mi muerte destruiréis vuestro error.

El engaño descubierto, Wu-ti volvió su crédito á los letrados, y los Tao-ssé continuaron ejerciendo su influencia tan sólo entre los ignorantes y amigos de la ociosidad. Estos siguiendo la religión de los espíritus, como ya se ha visto; aquéllos predicando el escepticismo y la indiferencia, y consignando que la muerte no tiene más objeto que hacer pasar el alma á otro cuerpo ó descomponerla en aire, sin que quede nada del hombre, á no ser la sangre en sus hijos y el nombre en su patria.

Ello no obstante, como en sus libros consignase Confucio

que él no trataba sino de restablecer la doctrina primitiva, y que no era más que el *precursor de un ilustre personaje que vendría de Occidente*, el rey Ming-ti envió en el siglo primero de nuestra era una flota hacia aquella parte, en busca del gran reformador. Las naves fueron bastante lejos; pero no atreviéndose ir más allá, abordaron una isla, en que encontraron una estatua de Budha que, trasladada á China en el año 65 de Jesucristo, fué desde entonces adorada bajo el nombre de *Fó*, y sigue compartiendo el culto con los prosélitos de Lao-tsé y los letrados.



## MÁXIMAS Y AFORISMOS

## DE CONFUCIO

1.ª De la moral provienen dos cosas esenciales: la cultura de la naturaleza inteligente y la duración de los pueblos.

2.ª Es preciso que el entendimiento vaya adornado de la ciencia de las cosas, á fin de separar el bien del mal.

3.ª Filósofo es aquel que conoce á fondo los libros y las cosas; el que todo lo pesa y todo lo somete al imperio de la razón.

4.ª Aparte del cielo, que pertenece al hombre, está la naturaleza inteligente: la conformidad con esta naturaleza, constituye la regla: el cuidado de hacerla efectiva y sujetarse á ella, el ejercicio del sabio.

5.ª El buen procedimiento consiste en ser en todo sinceros, y conformar el alma con la voluntad universal: esto es, hacer con los demás, lo que yo deseo hagan ellos conmigo.

6.ª En el medio consiste la virtud; quien lo traspone, no consigue más que lo que logran los infelices, privados de alcanzarlo.

7.ª Recompensar la injuria con la indiferencia y el beneficio con la gratitud: he aquí lo justo.

8.ª No hables bien de ti á los demás, pues no habrás de convencerlos; no hables mal, pues te juzgarán mucho peor de lo que tú pudieras decirles.

9.ª El hombre, aun el más débil, puede hacer alguna cosa buena: si no es capaz de ciencia, tal vez lo sea de virtud.



## PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS

DE DIFERENTES AUTORES CHINOS

Tratad á los extranjeros con humanidad ; llevad la ilustración á vuestros vecinos ; imitad al talento ; depositad vuestra confianza en los hombres honrados y romped toda relación con los hombres corrompidos.

No dejéis nunca sin recompensa una buena acción, aunque os parezca dudosa.

Amad al pueblo en vez de despreciarle, porque es el verdadero fundamento del Estado. Si este fundamento es sólido, no podrá el Estado ser destruido.

Cuando surge el fuego del cráter del volcán, calcina indistintamente el vil guijarro y la preciosa piedra. Un ministro sin virtudes es todavía más destructor que el fuego de los volcanes.

Pensad antes de obrar, y no comencéis nada sin haber consultado las circunstancias bien á fondo.

Enturbia sus virtudes quien cree tenerlas sobradas, y pierde el fruto de su buena acción el que la elogia por su propio labio.

Todo hombre se ilustra, instruyendo á los demás : aquel que se consagra á dar preceptos á sus semejantes, hace progresos de los cuales no se percibe en un principio.

El desprecio desanima á los hombres y amengua su virtud.

¡ Oh, legisladores ! Vosotros, en quienes la sabiduría debe brillar más que en el resto de las gentes, curaos mucho de las penas que asignéis á los delincuentes. Una vez promulgadas vuestras leyes, deben ser cumplidas : peligroso sería dejar de practicarlas ; pero atroz y terrible ordenar su ejecución si resultasen inhumanas.

Gratísima curiosidad la de ver á un sabio : se le admira y no se aprovechan sus lecciones.

Del calor de la sangre nace un valor maquinal y desordenado : el valor verdadero se halla dirigido por la razón.

El amor de sus semejantes es el asilo del hombre ; y la equidad el camino recto de su dicha. Dejar un asilo seguro, abandonar el mejor camino, ¿ no es una locura digna de compasión ?

Es el vicio de muchos querer convertirse en maestros de los demás, cuando ellos deberían contentarse con ser discípulos por largo tiempo todavía.

No se distingue el hombre de los otros animales, sino por la inteligencia; algunos la cultivan, descuidala el mayor número: éstos parece que quieren renunciar á lo que del bruto les separa.

Nadie logra dominar una materia sin estudiar algo; cualquiera puede, no obstante, formarse en la virtud sin el menor esfuerzo.

Yo amo tanto al hombre que no lee ningún libro, como al que cree todo lo que en los libros se encuentra.

No digáis nunca: esta falta es ligera, yo puedo cometerla sin hacer daño. No afirméis jamás: este acto de virtud es insignificante, séame permitido renunciar á él.

Cuando el Gobierno es benévolo, el pueblo teme á la muerte, porque entonces es agradable la vida. Cuando el rigor del Poder resulta excesivo, cesa el miedo á la muerte, porque la vida es insoportable.

Constrúyense palacios para alojar á un solo hombre; ¿no sería mejor levantar modestos edificios para albergar á tantos desgraciados que no tienen donde reclinar la cabeza?

El que es ligero en prometer, se ve obligado con frecuencia á faltar á su palabra y se hace indigno de toda confianza; sobre todo, no os fiéis nunca del hombre que formula el *pro* y el *contra* en un mismo negocio.

Si es vergonzoso engañar á aquellos con quienes se vive, mucho más criminal resulta mentir á la posteridad.

Penetraron ladrones en una aldea y no dejaron vivos más que á dos hombres; ciego era el uno, paralítico el otro: el ciego cargó con el paralítico y éste indicó el camino al ciego, ganando de tal suerte un asilo los dos. Las contrariedades de la vida se hacen más ligeras cuando los hombres se ayudan mutuamente.

Cuando oigo hablar mal de alguno—dijo un poeta,—experimento dolor idéntico al que me causarían en el corazón agudas espinas; pero cuando escucho hacer elogios de alguien, siento placer igual al que excitaría en mí el olor más suave de las flores.

¿Deseáis emprender con seguridades de éxito un negocio?

Pues es preciso que os resolváis á ceder alguna cosa de vuestra parte.

Envejecer, enfermar, morir: he aquí los mayores males de la humanidad. Las riquezas no suministran medicinas para todo esto; pero con ellas se envejece á menudo más pronto, se cae enfermo con más frecuencia, y se alcanza la muerte con más premura.

Esperad á que yo tenga lo superfluo y socorreré á los pobres. ¡ Ah, desgraciado! Tú no los socorrerás nunca.

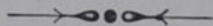
¿ Ves esa res que llevan al matadero? Su fin se aproxima. ¡ Mortal, tu suerte es idéntica! Cada instante de tu vida es un paso que das hacia la muerte.

Sólo posees un asno miserable; él te conduce. Delante de ti marcha un hombre, caballero sobre brioso corcel. ¿ Lloras? ¿ Te afliges? Pues vuelve la cabeza, contempla esa multitud que á pie te sigue encorvada bajo el peso de la mercancía, y consuélate.

Si no has ejercido cargos públicos, ignoras cuán difícil es gobernar los pueblos: si no has tenido hijos, desconoces los cuidados y la solicitud de un padre. No hables nunca ligeramente de aquellas obligaciones que no has tenido ocasión de llenar.

No exijáis de los ancianos cosas que puedan fatigarles, ni de hombres sin fortuna servicios que les sean dispendiosos.

Un ligero socorro proporcionado á tiempo y en una necesidad extrema, vale más que cien beneficios mal distribuidos.



### INSCRIPCION PUESTA DEBAJO DE UNA ESTATUA DE ANACREONTE

POR TEÓCRITO

Tú que á ver esta obra te detienes,  
¡ Oh curioso extranjero! tus miradas  
Recorre sobre todas sus bellezas.  
Cuando regreses luego á tu morada,  
Conversando, á tu vez dirás sin duda:  
«Del gran Anacreonte vi la estatua.  
He visto al alto, al singular poeta  
Que es de Teos honor». Pero si nada  
Quieres que falte á tu discurso, añade:  
«Cuanto noble vió y digno, amó su alma».

*debt. con pint.*

## LA LEYENDA DEL AMOR

POR TEN-HIAN

Un día, cuando el Dios de los dioses se sintió satisfecho de su obra y quiso descansar sobre su trono, asentado en la bóveda celeste, antes de hacerlo dirigió una mirada á la tierra donde en un oasis magnífico y sobre espléndido lecho de flores, dormía una mujer hermosa sobre toda ponderación, y con gracias tales y tantas, que á haberla podido contemplar un mortal, hubiérase sentido deslumbrado, absorto el espíritu y en suspenso los sentidos.

El Dios de los dioses, al mirar á tan divina criatura, sonrió satisfecho : era su obra y se recreaba en ella.

—Nada le falta—se dijo, y de nuevo se puso á contemplarla con delicia.

De improviso, y á medida que más resplandecía de maravillosa hermosura el rostro de la mujer, se obscureció el del Gran Ser, como si el Dios de los dioses agitase una idea gigantesca.

—Su cuerpo es perfecto con todas las perfecciones—añadió luego ;—su alma es más bella que su cuerpo ; sus sentidos completan su belleza física y espiritual, y, sin embargo, á esa criatura le falta algo... esa criatura tal como es y existe, vivirá siempre poco menos que en eterno sueño, porque vivirá sin goces y sin sufrimiento ; no conocerá lo que es dolor, pero tampoco conocerá el placer ; su existencia, esa vida que yo la he infundido con mi poderoso aliento, de poco le servirá, resultará casi estéril, y mi obra predilecta, la obra en que yo más me recreo, habrá quedado incompleta... ¡ Oh ! sí, le falta algo.

Otra vez el Dios de los dioses quedóse pensativo, buscando forma á su idea grandiosa.

Pero fué por breve tiempo : una sonrisa que iluminaba como todos los soles juntos, brilló en su augusta faz :—¡ Ah, sí, le faltaba algo ! ¡ Le faltaba el amor ! Desde ahora, el amor será la vida de la vida.

Y con su poder infinito, haciendo uso de su omnipotencia,

en un solo instante, mucho más breve que los instantes del tiempo, creó otro ser hermoso, le dió forma, le dotó de alma, le dotó de belleza é infundió en sus sentidos una sensibilidad exquisita.

Luego le mostró el oasis, y poniéndole en posesión de él, le hizo ver y admirar á la hermosa mujer que sería su compañera y con él dueña de aquel edén incomparable.

El nuevo ser se contempló á sí mismo y se encontró lleno de perfecciones extraordinarias ; se movió agitando sus miembros y los encontró vigorosos y flexibles ; un calor intenso, pero dulce, se extendía por sus venas ; su pecho se dilataba á impulsos de un afán irresistible ; su corazón latía fuertemente, mientras que, impulsado por una atracción poderosa, dirigía su vista á su compañera, que, no lejos de él, dormía envuelta en luz y resplandores y exhalando aromas que embriagaban.

Dirigió sus pasos hacia la radiante criatura, se acercó á ella, se inclinó y se puso á contemplarla con delicia, con ansiedad, tembloroso, extendiendo las manos que, por fin, tocaron aquel cuerpo que resplandecía doblemente á medida que sentía su contacto.

Se aproximó aún más, se arrodilló... recorrió, palpando con fuerza y deleite aquellas soberbias formas, se estremeció violentamente y comenzó á gemir.

La mujer se despertó, abrió dulce y lentamente los ojos y cuando junto á ella, en aquella actitud de adoración, sintiéndola, vió á aquel ser desconocido que tanto se le asemejaba, no se sorprendió ; antes bien, como si le esperara ó su presencia respondiese á la realidad de un sueño, momentos antes saboreado, se puso á su vez á contemplar á su compañero con celestial sonrisa, con éxtasis, con amor, incorporándose suavemente, tendiéndole los brazos que buscaban otros brazos, y ofreciéndole la fresca boca, que buscaba otra boca donde beber el licor de la dicha.

También la hermosa mujer gimió, y también empezó á tocar anhelante y con sin igual placer las turgentes formas de su compañero.

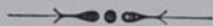
Este, acercando sus labios gruesos y húmedos á su oreja que parecía de nácar y rosa, murmuró una palabra ; ella, posando su boca en la de su compañero, le imprimió un beso de fuego.

Los dos gimieron de nuevo ; luego desfallecieron ; por fin,

se unieron, refundiendo en una aquellas dos existencias que, desde entonces, caminarían juntas.

Entretanto, el oasis se inundaba de luz más brillante, se oían armonías embelesadoras y el Dios de los dioses, completada ya su obra, descansaba sobre su altísimo y divino trono, enviando á la tierra una sonrisa de satisfacción

TEN-HIAN.



## ODA DEL SABIO TOUNG-FANG-CHOUO

PROTEGIDO DEL EMPERADOR HAN-OU-TI

### I

Adiós por siempre, libros adorados,  
 Mi ciencia te es inútil, patria mía;  
 Para hallar el espíritu reposo,  
 El auxilio del brazo necesita.  
 No puedo ver con calma que mi paure  
 Anciano ya y rendido de fatiga,  
 Me presta con su amor y su ternura  
 El anhelado pan de cada día.  
 ¿Cómo podré del noble pensamiento,  
 Mitigar esa sed, honda, infinita,  
 Discurriendo en problemas y abstracciones  
 Con los que á resolverlos se dedican;  
 Si acude á mi memoria el padre amado  
 Cuyo cuerpo, inclemente el tiempo inclina  
 Sobre el arado, que la tierra surca  
 Y cambia en oro de luciente espiga?  
 ¡Pobre anciano! No temas de tu hijo  
 Ingratitud tan negra é inaudita;  
 Pues si el trabajo arrostras por criarle,  
 Va bien presto á pagarte con justicia.  
 ¿Qué fruto mi saber me produjera  
 Si ahogando la voz del alma mía,  
 Alguien por hijo ingrato me tuviese  
 Para colmo de pena y de desdichas?  
 ¡Ay! Mañana quizás; cuando á mis hijos  
 Recordase el amor que me debían.  
 —No—respondieran, no te pertence;  
 Tu ejemplo derramó mala semilla.

Por esto he de buscarte, padre mío;  
 Que ellos, cual norma, mi conducta sigan,  
 Y si huyen del hogar, cúlpese á ellos  
 Mas nunca al hombre que les dió la vida.

## II

Al ver de mi esperanza el horizonte  
 Tan claro y esplendente se divisa,  
 Que tal vez dentro un año la fortuna  
 Con plenos atractivos me sonría.  
 ¿Qué me importa, si lejos de mi padre  
 No podré hallar la calma apetecida;  
 O acaso enfermo, ni llevarle logre  
 La eficaz y acertada medicina?  
 Volemos á su lado: el árbol viejo  
 Que de huracanes resistió las iras,  
 Basta para matarlo en ocasiones  
 El leve soplo de la suave brisa.  
 ¡Oh! Ilusión juvenil; soñada gloria;  
 ¿Cómo tu brillo competir podría  
 Con mi piedad filial, que no cambiara  
 Por todo el oro que en el mundo exista?  
 Falta punible, delincuencia enorme,  
 Repugnante ambición, esto sería,  
 Si trocara de un padre los afectos,  
 Por gozar de un empleo las delicias.  
 Que nunca tales cosas acontezcan,  
 Que nunca el pueblo criticando diga,  
 Que por ser mandarín el que es honrado,  
 Su deber de hombre por su mal descuida.

## III

Testigo el tiempo fué de que soñaba  
 Con escalar del porvenir la cima,  
 Y de que en prodigiosos adelantos  
 Cifrada tuve mi ilusión más viva.  
 Sin embargo, al mirar que en el imperio  
 Hay miles de letrados que le asistan,  
 Detúveme pensando en que mi padre,  
 Tiene un hijo no más que es su alegría.  
 Partamos, pues, á verle y ayudarle;  
 Mutuo el esfuerzo, la molestia alivia,  
 Adiós ¡oh libros! que el arado espera;  
 Adiós ¡oh, sabios! que el afecto obliga.

## IV

Repasando á menudo los anales  
 De la guerra, el saber y la política,  
 Vi conspicuos ministros y guerreros  
 Ir á la aldea á terminar sus días.  
 Allí, en la soledad, logró el presente  
 Hacia el pasado encaminar su vista,  
 Y su presencia se elevó por grados  
 Y su virtud tornóse perfectísima.  
 Corramos á imitar á esos varones,  
 Copiemos su conducta de seguida:  
 Sin las virtudes, el trabajo es humo,  
 Placer sin base y excursión sin guía.  
 Quien la ciencia en los códices repasa,  
 Ve á Natura en palabras convertida;  
 Yo anhelo en ella cautivar mis ojos  
 Y verla generosa y siempre rica.  
 El ignorado surco que sorprenda,  
 El terrón indomable hecho cenizas,  
 Me mostrarán millares de secretos  
 Que no pudo alcanzar mi ciencia exigua,  
 Y así como la hierba se levanta  
 Saliendo del poder de quien la pisa,  
 Mi pensamiento elevaráse al cabo  
 Al alto mundo en que los astros brillan.

## V

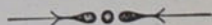
Del gabinete el sepulcral silencio  
 Educando el espíritu ilumina;  
 Mas la materia abate, enfría el alma  
 Y al fin se disminuye la energía.  
 Yao y Chum, los sublimes soberanos  
 Del imperio admirable de la China  
 En los campos formáronse, y en ellos  
 Consiguieron ventajas infinitas.  
 El trabajo tornólos más sensibles  
 Ante las penas que el país sufría,  
 E hizolos más activos, dando medios  
 De apagar la desgracia ó corregirla.  
 Si alguna vez llegase en el Estado  
 A lograr esos puestos que se envidian,  
 Sabré por experiencia lo que debe  
 Todo Poder á la tarea agrícola.  
 Para mandar con tino, es necesario



## LOS TRABAJOS DE HERCULES

Aprender la obediencia entre las filas ;  
 Para regir un pueblo, el campesino  
 Conoce el sacrificio y las fatigas.  
 La perenne quietud de las aldeas,  
 Ha hecho, aunque alguien lo dude, mil conquistas ;  
 Y madurando innúmeros talentos  
 De figuras sin par en la política,  
 En cualquier rango viviré como hombre  
 Que á la muerte desprecia y desafia,  
 Temiendo sólo, en cuantas obras haga,  
 Causar agravio á la Bondad Divina.

Quien los libros arroja de su lado,  
 Y de un anciano padre, el duelo alivia  
 Arrancando la reja con que lucha,  
 De su trémula mano envejecida,  
 Es un sabio en verdad ; lo aprendió todo,  
 Buen hijo y ciudadano se apellida,  
 Dictados necesarios en la tierra  
 Para que viva un hombre y sobreviva.



## LOS TRABAJOS DE HERCULES

Engañado por el perverso consejo de Atos, el perturbador de los dioses, Júpiter dijo á su reina Juno.—En este día nacerá un niño de la raza de Perseo, que será el más poderoso de la tierra.—Se refería á su hijo Hércules ; pero Juno había concebido un astuto plan, á fin de que pesara una maldición sobre aquel hijo, á quien ella por su tal naturaleza odiaba. Preguntó á Júpiter si era cierto lo que acababa de decir, y él hizo un gesto expresando que su palabra no podía retroceder ; fuése ella entonces á los Hados y les indujo á que Euristeo naciera primero, de tal modo que fuera el único mortal más poderoso que Hércules, aunque fuera un hombre débil, celoso y maligno.

Así pues, quiso la suerte que Hércules durante toda su vida trabajara á voluntad de un dueño envidioso y vil. En fuerza, valor y hermosura no tenía rival, pero estaba destinado á no obtener provecho de ello ni ventaja hasta dejar la tierra de los mortales. Pero Júpiter se enfureció al ver sus planes deshechos por el complot de Juno ; arrojó á Atos del Olimpo y le prohibió volver á morar entre los dioses, ordenando que en cuanto acabara Hércu-

Kjölnar  
 12-VII-11  
 18-VII-11



Hércules y las Manzanas de Oro.



les sus días de prueba en la tierra, habitara con los dioses en el Olimpo.

Así, pues, Hércules creció en la morada de Anfitrión (marido de Alcmena, madre del niño semidiós), lleno de hermosura y de extraordinario poder. Un día, mientras dormía, dos enormes serpientes entraron en su cuarto, enroscáronse alrededor de la cuna, y le miraban con sus ojos fríos como el hielo, hasta que el ruido de sus silbidos le despertaron; pero en lugar de asustarse, alargó sus bracitos, cogió á las serpientes por el cuello y las estranguló. Todo el mundo comprendió por esta prueba que estaba destinado á grandes luchas con las perversidades del mundo, pero que saldría victorioso.

A medida que crecía, nadie podía competir con él, en fuerza de brazos y ligereza de pies, en la doma de caballos, ó en la lucha. Sus maestros eran los mejores hombres de Argos; y tenía por amigo al sabio centauro Quirón, quien le enseñó á ayudar siempre al débil y ponerse de su parte, contra quien le oprimiere. A pesar de su gran fuerza, nadie más amable que Hércules; nadie más piadoso que él para aquéllos doblegados por el dolor y el trabajo.

Pero era amargo para él tener que pasar su vida esclavo de Euristeo, mientras otros gozaban de júbilo y placeres, fiestas y juegos. Un día, pensando en estas cosas, se sentó junto á dos caminos que se encontraban en un valle solitario y lejano á toda humana morada. Levantó de pronto los ojos, viendo á dos mujeres que se dirigían á él, una por cada camino. Las dos eran de aspecto agradable: pero una de ellas tenía una faz suave y tranquila, é iba vestida completamente de blanco. La otra miraba intensamente á Hércules; su faz era más ruda y brillaban sus ojos con una mirada ardiente é inquieta; su bordado y tenue ropaje, cayendo en grandes pliegues desde sus espaldas, se ceñía alrededor de su voluptuosa figura, revelándola más que ocultándola. Con paso ligero y presuroso se adelantó hacia él para ser la primera en hablar, y dijo:—«Sé, hombre de penas y trabajos, que tu corazón está triste, y que no sabes qué camino tomar. Ven conmigo, y te conduciré por un sendero suave y agradable, donde no encontrarás tormentas que te irriten, ni penas que te aflijan. No oirás nunca hablar de guerras ni de luchas; la enfermedad y el dolor no se acercarán á ti; y estarás todo el día en suntuosos banquetes escuchando los cantos de los trovadores. No te falta-

»rá delicioso vino, suaves ropas y blandos almohadones, ni las delicias del amor, puesto que los brillantes ojos de las doncellas te mirarán tiernamente, y su canto arrullará tu sueño.»

Dijo Hércules :—«Me prometéis agradables cosas, señora, pero yo estoy oprimido por un duro dueño. ¿Cómo os llamáis?»

—«Mis amigos—contestó,—me llaman Placer ; los que me miran con malos ojos me han dado más de un mal nombre, y pésima reputación, pero mienten.»

Entonces dijo la otra :—«Hércules : yo también sé quién eres y la sentencia que pesa sobre ti, y lo que has tenido que trabajar y sobrellevar desde tu infancia ; ésta es la razón por la cual estoy segura de que me darás tu amor. Si así lo hicieres, se hablará de tus buenas acciones en los tiempos futuros, y mi nombre todavía será más alabado. Pero no tengo yo halagadoras palabras con que engañarte. Nunca se consigue nada bueno, nunca se gana nada grande, sin trabajo. Si buscas el fruto de la tierra, debes velarlo y cuidarlo ; si deseas obtener el favor de los dioses, debes presentarte á ellos con rogativas y ofrendas ; si pretendes el amor de los hombres, debes hacerles bien.»

La otra entonces interrumpió diciendo :—«Ya ves, Hércules : Virtud quiere conducirte por un camino largo y pesado ; y el mío, ancho y cómodo, conduce pronto á la felicidad.»

Virtud, con un relámpago de cólera en sus puros ojos, contestó :—«¡ Desgraciada ! ¿ qué cosa que sea buena puede dar, y qué placer puede sentir, quien no sabe lo que es trabajar ? Tus concupiscencias están hartas, tu gusto está estragado. Bebes el vino antes de estar sedienta, y te llenas de delicados manjares antes de estar hambrienta. Aunque eres del número de los inmortales, los dioses te arrojaron del cielo, y los hombres de bien se burlan de ti. Tú nunca has oído el más dulce de todos los sonidos : la alabanza del propio corazón ; ni nunca has visto la más hermosa de todas las visiones : la contemplación de las propias buenas obras. Los que te siguen, son débiles en su juventud, desgraciados y despreciables en su vejez. Pero yo habito con los dioses en el cielo, y con los hombres de bien en la tierra ; y sin mí nada bueno puede hacerse ni pensarse. Me honran los dioses más que á todas las otras, y los hombres que me aman me protegen. Tanto en la paz como en la guerra, en salud como en la enfermedad, soy la ayuda de quien me busca ; y ésta nunca falla. Mis hijos conocen el más puro de todos los placeres,

«cuando llega la hora del descanso después del trabajo diario. En su juventud son fuertes, y sus miembros son expeditos; en su vejez contemplan felices su pasada vida; y cuando se duermen en el sueño del justo, su nombre es venerado entre los hombres por sus obras útiles y buenas. Ámame, por lo tanto, Hércules, y obedéceme, y al final de tus trabajos vivirás conmigo en la morada de los dioses inmortales.»

Hércules asintió y juró seguir los consejos de Virtud, y siguió esperanzado en su trabajo y sufrimiento. Vivió y trabajó en muchos países obedeciendo las órdenes de Euristeo. Hizo buenas obras á los hombres, no obteniendo cosa alguna de ellos excepto el amor de Iole. Lejos, en Ecalia, en donde el sol sale por el mar del Este, vió á la doncella en los pórticos de Euritos, y buscó ganar su amor. Pero el juramento de Júpiter á Juno no le dejaba reposar. Euristeo le envió á otras tierras, y no vió más á la doncella.

Hércules tenía un buen corazón, y la gloria de sus grandes hechos se esparció por toda la tierra. Los trovadores cantaban cómo mataba los monstruos y las fieras salvajes que molestaban á los hijos del hombre; cómo mató la Hidra en el país de Lerna, y el jabalí que frecuentaba los bosques de Erimanto y las Harpías que se ocultaban en las lagunas de Estinfalia. Cantaban sus viajes á las lejanas tierras del sol poniente, donde Euristeo le prohibió coger las doradas manzanas del jardín de las Hespérides; cómo, á través de colinas y valles, mares y ríos, arboledas y bosques, llegó al mar del Oeste, y pasó á la tierra africana donde Atlas levanta su blanca cabeza hacia el alto cielo; cómo mató el dragón que guardaba las puertas de bronce, y llevó las manzanas al rey Euristeo. Cantaban también su pesado viaje cuando iba errante á través de la tierra de los etíopes, llegando á las salvajes y desoladas alturas del Cáucaso; cómo vió una forma gigantesca en la desnuda roca, y el buitre que roía con el pico el corazón del Titán; cómo mató al ave, rompiendo las duras cadenas, y libertando á Prometeo. Cantaban cómo Euristeo le ordenó un trabajo infructuoso, enviándole á la sombría tierra del rey del infierno para que le trajese el monstruo Cerbero; cómo sobre la playa del triste Aqueronte encontró el poderoso perro que guardaba la casa de Plutón y Proserpina, le cogió y le llevó á Euristeo. Cantaban los días que trabajó en el país de la reina Onfalia bajo el sol de Libia; cómo destruyó los muros

de Ilión, cuando era rey Laomedonte ; cómo se le mandó limpiar los establos donde el rey Augias había guardado mil caballos durante treinta años, sin haber sacado ni una paletada de basura, y acabar la obra haciendo pasar un río por ellos ; y cómo fué á Calidonia cortejando y conquistando á Dejanira, la hija del jefe Eneo.

Vivió largo tiempo en Calidonia y el pueblo le quería por sus buenas obras. Pero, un día, casualmente mató con su lanza al niño Eunomo. Su padre no odió á Hércules, sabiendo que no había tenido intención de matarle ; pero Hércules se entristeció tanto por esta muerte, que abandonó el país, y prosiguió sus viajes. En las orillas de Egeo hirió con una flecha envenenada al centauro Neso, por haber atentado asaltar á Dejanira. Mientras el veneno se extendía por las venas del centauro, desesperado por el deseo de vengarse de Hércules, y aparentando perdonar á Dejanira, le aconsejó que llenara una concha con su sangre, y si alguna vez perdiera el amor de Hércules, la derramara en una ropa de su uso, y su amor renacería.

Neso murió ; y Hércules fué al país de Tracia, quedándose allá Dejanira mientras él viajaba hacia el lejano Este. Pasaron años y no volvía. Al fin, llegó noticia de las grandes hazañas que llevaba á cabo en lejanas tierras ; entre ellas la de haber muerto á Eurito, rey de Ecalia, y hecho cautiva á su hija Iole, la doncella más hermosa del país.

Entonces Dejanira se acordó de las palabras de Neso : pensó haber perdido el amor de Hércules, y para volverlo á recuperar, salpicó con la sangre del centauro una ropa ricamente bordada, y se la envió para que la usara junto con un mensaje lleno de verdadero amor. El mensajero le encontró ofreciendo un sacrificio á su padre Júpiter, y le dió la ropa en prueba del amor á Dejanira. Hércules se envolvió en ella, y estaba al pie del altar mientras el negro humo subía al cielo. En estos momentos se cumplió la venganza de Neso : el veneno comenzó á quemarle horriblemente las venas. Luchó en vano para arrancarse la ropa : se había convertido en parte de su propia piel y sólo pudo arrancar trozos de su propia carne ; mientras se retorcia agonizante, corría á torrentes la sangre de su cuerpo.

La doncella Iole fué á su lado, y procuró mitigar su agonía con sus suaves manos, y alegrarle con palabras de consuelo. Entonces se animó la cara de Hércules con una profunda alegría, y

en sus ojos brillaba una pura mirada, como en tiempos de su vigor juvenil; y exclamó:—«¡ Ah, Iole, mi primer amor! Tu voz es mi consuelo, al hundirme en las sombras de la muerte. Te he amado en mi edad temprana; pero el Hado no ha querido dárte me por compañera en mis largos viajes. Pero no quiero perder nada de mi breve y postrera felicidad, entregándome ahora al dolor; serás para mí la última cosa que vea, oiga ó piense en mi vida.» Entonces hizo que le llevasen á la más alta cima del monte Eta y ordenó que reuniesen leña. Cuando todo estuvo dispuesto, se tendió á descansar sobre la elevada pira, y la encendieron. Las sombras iban invadiendo el firmamento, mas Hércules intentaba todavía atravesarlas con sus ojos para mirar el rostro de Iole y mitigar su pena.—«No llores—dijo:—Mis trabajos han acabado, y ahora se acerca el tiempo de descansar. Te veré de nuevo en la tierra donde nunca llega la noche.»

La obscuridad iba en aumento; y únicamente la llama de la pira funeraria, en la cumbre de la montaña, atravesaba las tinieblas. Entonces una nube tempestuosa bajó de los cielos y un rayo cruzó los aires. Así Júpiter llevó consigo á su hijo, y el Olimpo se abrió para recibir al héroe que descansaba de sus trabajos sin par.

---

## LA CABEZA DE MEDUSA

POR NATANIEL HAWTHORNE

NATANIEL HAWTHORNE.—Novelista americano; nació en Salem, Massachusetts, el 4 de julio de 1804; murió en Plymout, N. H., el 19 de mayo de 1864. Sus cargos oficiales en la aduana de Salem y como cónsul de los Estados Unidos en Liverpool, fueron para él continua ocasión de estudio de la naturaleza humana. Su popularidad literaria se formó lentamente; pero se fundó en verdades que son eternas. Sus novelas más célebres son: *La Letra escarlata*, 1850; *La Casa de los siete aleros*, 1851; *La Novela de Blithedale*, 1852; *El Fauno de mármol*, 1860; *Septimio Felton*, obra póstuma. Escribió un sinnúmero de cuentos cortos, inimitables por su estilo y por su fecundísima imaginación. La primera serie de los *Cuentos narrados dos veces*, apareció en 1837; *La Imagen de nieve y Nuevos Cuentos narrados dos veces*, en 1852; los *Cuentos de Tanglewood* fueron editados en 1853.

Perseo fué hijo de Dánae, la cual era hija de un rey; cuando Perseo era muy niño aún, algunos malvados le pusieron junta-

Proveña

8/6/11

Ret 15/6/11



mente con su madre en un cofre y los abandonaron á merced de las olas del mar. El viento, soplando reciamente, apartó el cofre de la playa, y turbulentas olas le agitaban de un lado para otro, mientras que Dánae estrechaba fuertemente contra el pecho á su hijo, temiendo que alguna gigantesca ola los sepultase entre su espuma. A pesar de esto el cofre bogó felizmente, sin sumergirse ni zozobrar, y al anochecer llegó á flotar tan cerca de una isla que quedó enganchado en las redes de un pescador, quien lo sacó y colocó sobre la playa. La isla se llamaba Sérifo y reinaba en ella Polidectes, hermano del pescador que recogió el cofre.

El pescador—tengo sumo gusto en decirlo—era muy humano y honrado, por lo cual, protegió á Dánae y á su pequeño hijo, amparándolos continuamente, hasta que Perseo llegó á ser un hermosísimo mancebo, fortísimo, activo y diestro en el manejo de las armas; pero mucho antes de esto el rey Polidectes había visto á los dos extranjeros, madre é hijo, que en el arca flotante habían arribado á sus dominios; y como no era bueno y bondadoso á semejanza de su hermano, sino extremadamente perverso, se resolvió á enviar á Perseo á una peligrosa empresa en la cual muriese, y después, inferir él mismo una grande afrenta á Dánae. Estuvo considerando un largo rato cuál fuese la más temeraria empresa que se podía encomendar á un joven, y por fin habiendo escogido la que le pareció daría el fatal resultado apetecido, mandó llamar al joven Perseo.

Llegado el joven á palacio, encontró al rey sentado en el trono.

—Perseo — dijo el rey Polidectes, sonriéndole falsamente,— ya eres un hermoso joven. Tú y tu madre habéis recibido de mí y de mi hermano muchos favores y no dudo de que querriás gustoso pagarnos algunos de ellos.

—Hable Vuestra Majestad — respondió Perseo; — no perdonaría mi misma vida para lograrlo.

—Perfectamente—respondió el rey, todavía sonriendo con ficción.—Tengo que proponerte una pequeña aventura, y pues eres valiente y emprendedor, sin duda alguna considerarás una fortuna el tener tan notoria ocasión de distinguirte. Debes saber, mi buen Perseo, que pienso casarme con la bella princesa Hipodamía, y que en tales ocasiones es costumbre hacer á la novia un regalo de alguna notable y elegante curiosidad traída de lejanos países. He estado un tanto perplejo, con ingenuidad

lo confieso, al pensar si se podría hallar algo agradable para una princesa de su exquisito gusto, pero, por fin, esta mañana he dado precisamente con ello, y me congratulo de haber tenido un feliz acierto.

—¿Y puedo yo servir á Vuestra Majestad, para procurárselo? —preguntó Perseo con vehemencia.

—Cierto que puedes, si eres tan valiente como lo que yo de ti creo—respondió el rey Polidectes de la manera más amable.— El regalo de boda que mi corazón ha elegido para la princesa Hipodamía es la cabeza de la Gorgona Medusa con sus gudejas culebrinas, y yo estoy, mi querido Perseo, pendiente de ti, como quien dice, hasta que me la traigas. De manera que, como ansío arreglar mis negocios con la princesa, cuanto más pronto busques á la Gorgona, mejor serás de mí estimado.

—Mañana por la mañana partiré — respondió Perseo.

—Hazlo así, mi valiente joven—repuso el rey :—Y, al cortar la cabeza de la Gorgona, ten cuidado de dar bien el golpe de modo que no deformes su rostro. Me la traerás de la mejor manera posible para que recree el exquisito gusto de la princesa Hipodamía.

Perseo abandonó el palacio, y aun no estaba lo suficiente lejos para no oirlo, cuando el malvado rey prorrumpió en una carcajada, divertido sobre manera al ver lo pronto que el joven había caído en el lazo. Rápidamente cundió la noticia de que Perseo se había encargado de cortar la cabeza de Medusa con sus gudejas culebrinas. Todos se alegraban de esto, porque casi todos los habitantes de aquella isla eran tan malvados como su rey y no hubiesen preferido nada mejor que alguna grande desventura para Dánae y su hijo. El único hombre honrado de esta desventurada isla parece haber sido el pescador. Por lo tanto, la gente, cuando veía pasar á Perseo que salía para su expedición, le hacía muecas y se guiñaban unos á otros mofándose de él, en voz tan alta como se atrevían á hacerlo.

—¡ Oh, oh !—gritaban ;—¡ qué bien le picarán las culebras de Medusa !

Ahora bien, vivían en aquel tiempo tres Gorgonas y eran los más extraños y terribles monstruos que jamás se vieron desde la creación del mundo, ni se han visto en los tiempos posteriores, ni se verán, probablemente, en los futuros. No sé apenas si llamarlas criaturas ó trasgos : eran tres hermanas y parece que tu-

vieron alguna semblanza de mujer, pero en realidad eran terribles y horribles dragones. A la verdad, que es muy dificultoso entender qué clase de odiosos seres eran estas hermanas, pues en vez de guedejas y bucles de cabellos, tenía cada una—si es que dais fe á lo que cuento — un centenar de enormes serpientes que nacían en su cabeza, todas vivas, enroscándose, retorciéndose, rizándose y sacando sus lenguas venenosas con hendidos agujerones en los extremos. Los dientes de las Gorgonas eran unos colmillos espantosamente largos; sus manos, de bronce; sus cuerpos, todos cubiertos de escamas, que si no eran de hierro, eran de algo tan duro é impenetrable como él: tenían también alas, y por cierto magníficas, pues cada pluma de ellas era de oro puro brillante y reluciente, y resplandecían muchísimo cuando las Gorgonas volaban iluminadas por la luz del sol.

Mas cuando los hombres las vislumbraban relumbrando en las alturas, no se detenían á mirarlas, sino que huían y se ocultaban tan velozmente como les era posible. Quizá se crea que temían ser mordidos por las serpientes que llevaban las Gorgonas en vez de cabello, ó despedazados por sus horribles colmillos, ó destrozados por sus garras de bronce. Claro es, que era esto algún peligro, pero de ningún modo el que más habían de evitar; porque lo peor de estas abominables Gorgonas era que si un pobre mortal, aunque no fuese más que una vez y ligerísimamente, fijaba por completo su mirada en sus rostros, ya podía estar cierto de que en aquel mismo instante quedaba convertido, de carne viva y cálida sangre, en frío é inánime mármol.

Por esto, como fácilmente se comprende, la aventura que el perverso rey Polidectes había ideado para este inocente joven era peligrosísima. El mismo Perseo, después de haber reflexionado sobre el asunto, no pudo dejar de ver cuán pocas probabilidades tenía de salir airoso, y que por el contrario más probable era quedar convertido en marmórea estatua, que no volver con la cabeza de Medusa con sus guedejas culebrinas, pues para no hablar de otras dificultades, había una que el vencerla y solventarla habría dado que hacer á un hombre de más edad que Perseo. No sólo tenía que pelear él y matar á estos monstruos de doradas alas, escamas férreas, largos colmillos, bronceadas garras y serpentino cabello, sino que tenía que hacerlo con los ojos cerrados ó, por lo menos, sin fijar la vista en el enemigo con quien peleaba; de otra suerte, cuando estuviese con el arma levantada para herir, queda-

ría hecho piedra y por siglos enteros permanecería con el arma en alto hasta que el tiempo, los vientos y las inclemencias del cielo lo derrumbasen. Esto sería tristísimo para un joven que pretendía llevar á cabo muchos y esforzados hechos y gozar de inmensa felicidad, en este mundo resplandeciente y bello.

Tanto desconsolaron á Perseo estos pensamientos, que no se atrevió á decir á su madre la empresa que había tomado sobre sí : cogió, pues, el escudo, ciñóse la espada y cruzó desde la isla á la tierra firme, donde habiéndose sentado en un solitario y apartado lugar, apenas pudo contener las lágrimas.

Mientras estaba así tan dolorido, oyó muy cerca de él una voz que dijo :

—Perseo : ¿ por qué estás triste ?

El levantó la cabeza de entre las manos en las que la tenía oculta, y ¡ oh sorpresa ! á pesar de que había creído se hallaría allí solo, vió á un desconocido en aquel lugar. Era aquél un joven animado, inteligente y notablemente sagaz en su aspecto, con una capa sobre los hombros y raro capacete en la cabeza, un extraño y retorcido bastón en la mano, y una corta y corva espada pendiente de la cintura. Su figura era sumamente ligera y viva como la de persona muy acostumbrada á los ejercicios gimnásticos y aptísima para el salto y la carrera. Pero sobre todo, tenía el desconocido tan alegre, inteligente y protector aspecto (aunque también algo travieso y malicioso), que Perseo no pudo dejar de sentir que se aliviaba el peso de su pena al mirarle. Además, siendo como era un joven valiente en realidad, se sintió muy avergonzado de que otro le viese llorar como un tímido parvulillo, cuando, después de todo, no había aún por qué desesperar : por eso, Perseo secóse los ojos y respondió vivamente al desconocido mirándole tan serenamente como pudo.

—No estoy muy triste ; sólo estoy pensativo por una aventura que voy á emprender.

—¡ Oh !—respondió aquél—perfectamente ; dime todo lo que intentas ; quizá te pueda ser yo útil ; he ayudado á muchos buenos jóvenes en muy dificultosas aventuras y que de antemano parecían imposibles. Quizá habrás oído hablar de mí ; tengo más de un nombre y más de dos, pero el que me cuadra más es Mercurio. Cuéntame tu pena, hablaremos sobre el asunto y veremos lo que se puede hacer.

Las palabras y ademanes del desconocido cambiaron la ante-

rior resolución de Perseo, y se decidió á contar á Mercurio el aprieto en que se hallaba, ya que no le sucedería encontrarse en otro peor, y porque tal vez su nuevo amigo le podría dar algunas instrucciones y medios con que saliese vencedor de su empresa. Narróle, pues, en pocas palabras, cómo el rey Polidectes quería la cabeza de Medusa con las guedejas culebrinas para el regalo de sus bodas con la hermosa princesa Hipodamía, y cómo él se había encargado de procurársela; pero que temía quedar convertido en piedra.

—Y sería una gran lástima—dijo Mercurio con su traviesa sonrisa. — Tú harías una maravillosa estatua de mármol, y pasarían muchos siglos antes de que te derrumbases; pero con todo y con eso, es preferible ser joven por unos cuantos años, y no por muchos una estatua berroqueña.

—¡ Oh, muy preferible! —exclamó Perseo, con las lágrimas de nuevo en los ojos.—Y, además, ¿qué haría mi madre si su amado hijo se convirtiese en piedra?

—Bien, bien; esperemos que no tendrá el negocio tan mal resultado—replicó Mercurio en un tono de confianza.—Yo soy el más á propósito para ayudarte, si hay alguien que lo pueda hacer. Mi hermana y yo haremos todo lo posible por sacarte con bien de esta aventura, aunque parece tan endiablada.

—¿Tu hermana?—repitió Perseo.

—Sí, mi hermana—dijo Mercurio.—Te aseguro que es muy sabia; y en cuanto á mí, tengo siempre conmigo mis cinco sentidos, tales como ellos son. Si eres atrevido y cauto y sigues mis consejos, no has de temer; no te convertirás en piedra ni por un momento. Pero lo primero de todo has de pulir tu escudo hasta que te veas en él tan claramente como en un espejo.

Esto le pareció á Perseo muy rara manera de comenzar la aventura, para lo cual juzgaba más necesaria la fortaleza del escudo contra las garras de bronce de las Gorgonas, que la espejada pulidez para que reflejase su rostro. Sin embargo, conociendo que Mercurio sabía lo que convenía mejor que él, púsose inmediatamente á trabajar frotando su escudo con tanta diligencia y buena voluntad que bien pronto relucía lo mismo que la luna en el tiempo de la siega. Mercurio lo miró sonriente y manifestó su aprobación con una inclinación de cabeza. Después, quitándose su corta y corva espada, se la ciñó á Perseo en lugar de la que éste llevaba.

—Ninguna otra espada, fuera de la mía, servirá para tu intento—dijo ;—la hoja tiene un temple excelente y cortará el hierro y el bronce como si fuesen tiernas ramas de árbol. Y ahora partiremos : lo que nos toca luego es buscar á las tres mujeres de cabellos grises, las cuales nos dirán dónde encontraremos á las ninfas.

—¡ Las tres mujeres de cabellos grises ! — gritó Perseo, á quien esto parecía una nueva dificultad en su aventura, — por favor, ¿ quiénes son las tres mujeres de cabellos grises ? Jamás las había oído nombrar antes.

—Son tres viejas muy raras—dijo Mercurio riéndose.—No tienen entre las tres nada más que un ojo y un diente ; más aún : como nunca salen cuando luce el sol ó la luna, las has de buscar á la caída de la tarde, ó al fulgor de las estrellas.

—Pero—replicó Perseo,—¿ Para qué he de gastar mi tiempo con esas tres mujeres ? ¿ No sería mejor salir en seguida en busca de las terribles Gorgonas ?

—No, no—respondió su amigo ;—has de hacer otras cosas antes de hallarlas ; busquemos primero á estas viejas, y cuando las hayamos encontrado, ten por seguro que las Gorgonas no estarán lejos. Ven, vamos aprisa.

A esta sazón tenía ya Perseo tal confianza en la sagacidad de su compañero, que no hizo ya observación alguna en contra. Salieron, por lo tanto, á un paso más que regular, tan ligero, que á Perseo le era sumamente difícil sostenerlo. Para decir la verdad, se imaginaba que su veloz compañero llevaba unos zapatos alados, y al mirarlo de soslayo con el rabillo del ojo, creyó ver también alas en su cabeza, aunque cuando lo miraba de lleno no veía en él sino un capacete de forma muy extraña. De todas maneras, aquel retorcido bastón daba á Mercurio una gran ventaja sobre Perseo, el cual, aunque era un joven muy ágil, comenzó, como vulgarmente se dice, á echar los bofes.

—Cógete de aquí—gritó Mercurio, que bien sabía el pícaro cuán difícil era que Perseo pudiese seguirle, — del bastón ; tómallo, que más lo necesitas tú que yo. ¿ No hay mejores andarines que tú en la isla de Sérifo ?

—Yo caminaría perfectamente—dijo Perseo, mirando á hurtadillas los pies de su compañero,—si tuviese un par de zapatos alados.

—Veremos de procurarte un par—respondió Mercurio.

Pero sólo el bastón ayudó tanto á Perseo, que éste no sintió más el cansancio ; en realidad parecía que aquel bastón vivía y comunicaba su vida y actividad á Perseo. Este y Mercurio caminaban ahora juntos fácilmente, y Mercurio contaba tan agradables historias de sus anteriores aventuras, que Perseo comenzó á tenerlo por un hombre maravilloso. Evidentemente, su amigo conocía el mundo y no hay nada tan encantador y atractivo para un joven, como un amigo adornado de tal conocimiento. Perseo le escuchaba atentísimamente, para enriquecer su experiencia con lo que oía.

Acordóse de que Mercurio le había hablado de una hermana, la cual les ayudaría en aquella aventura que tenían entre manos.

—¿Dónde está ella?—preguntó ;—¿la encontraremos pronto?

Su compañero respondió al instante :

—Debes saber que esta hermana mía tiene otro carácter muy diferente del mío. Es muy grave y prudente, apenas se sonríe, nunca ríe, y tiene por regla no pronunciar ni una sola palabra, á no ser que tenga algo importante y profundo que decir ; y tampoco prestará oídos sino á una conversación prudente y sabia.

—¡ Válgame Dios !—exclamó Perseo ;—miedo tendré aún de pronunciar una sílaba.

—Ella—continuó Mercurio,—es una persona muy cumplida, te lo aseguro, y conoce al dedillo todas las ciencias y artes ; en una palabra, es tan sabia, que muchos la llaman la sabiduría en persona. Pero, si he de decir lo que siento, apenas tiene vivacidad para mi gusto y tú mismo echarías de ver que no es tan agradable compañero de viaje como yo. Sin embargo, tiene sus buenas cualidades y bien te servirán en el encuentro con las Gorgonas.

Había ya obscurecido, cuando llegaron á un pasaje silvestre y desierto, cubierto de espesos arbustos, tan silencioso y solitario que parecía no haber sido habitado por persona ó cruzado por caminante alguno. Todo estaba yermo y desolado á la dudosa luz del crepúsculo, cada vez más obscuro. Perseo miró desconsoladamente en derredor suyo y preguntó á Mercurio si tenían aún que ir más lejos.

—¡ Chitón ! ¡ chitón !—murmuró su compañero ;—no hagas ruido ; cabalmente ésta es la hora y éste es el sitio donde encontraremos á las tres mujeres de los cabellos grises. Ten cuidado de no ser visto por ellas antes de que tú las veas, porque aunque no

tienen entre las tres más que un ojo, éste es tan penetrante como media docena de los nuestros.

—Pero, ¿qué he de hacer—preguntó Perseo, cuando las encontremos?

Mercurio explicó á Perseo cómo las tres mujeres se las componían con un ojo solo : parece ser que tenían la costumbre de pasárselo de una á otra como si fuese unos lentes, ó lo que mejor les hubiese cuadrado, un monóculo. Cuando una de las tres había tenido el ojo un cierto tiempo, se lo sacaba de la cuenca y se lo pasaba á la hermana correspondiente, la cual lo encajaba al instante en su frente y gozaba un rato del mundo visible. Así, fácilmente se entiende que una de las tres mujeres de los cabellos grises podía ver, mientras que las otras dos estaban en tinieblas, y lo que es más, mientras el ojo pasaba de una á otra, las tres pobres ancianas mujeres no veían ni las pestañas.

Durante mi vida he oído contar cosas bien raras y he presenciado no pocas yo mismo, pero, á lo que juzgo, ninguna tan curiosa y rara como el que las tres mujeres mirasen todas por un solo ojo.

Así también lo pensó Perseo, y quedóse tan admirado que casi imaginó se burlaba de él su compañero, y que tales mujeres no existían.

—Pronto verás si digo verdad ó no—dijo Mercurio.—¡ Escucha ! ¡ chitón ! ¡ silencio ! Ahí vienen.

Perseo miró intensamente entre las tinieblas y descubrió á las tres mujeres, á no muy larga distancia. Como la luz era casi nula, no pudo distinguir qué clase de criaturas eran, y sólo vió distintamente su larga y encanecida cabellera ; pero, al acercarse ellas más, ya vió claramente que dos de ellas no tenían sino una gran cuenca de ojo, vacía en medio de la frente. Pero en el centro de la frente de la tercera hermana había un ojo grande, brillante y penetrante, el cual relucía como un diamante en una sortija ; tan penetrante parecía, que Perseo creyó, sin duda alguna, estar dotado el tal ojo con la facultad de ver á media noche lo mismo que si fuese claro mediodía. La vista de tres personas estaba fundida y reunida en aquel ojo.

Las tres, empero, caminaban con tanta seguridad como si tuviesen vista todas ; pues la que tenía á la sazón el ojo, las guiaba de las manos, mirando constante y agudamente á su alrededor, y tanto, que Perseo temía no les viese á través de los espe-



sos arbustos tras los cuales estaban escondidos ; y en verdad que era terrible estar al alcance de un ojo tan agudo y penetrante.

Una de ellas, antes de llegar á los arbustos, gritó :

—¡ Hermana ! ¡ hermana Esperpento ! ya has tenido bastante el ojo ; ahora me toca á mí.

—Déjame un poco más, hermana Pesadilla—respondió Esperpento.—Creo que he visto algo detrás de aquellos espesos matorrales.

—Bien, y ¿qué tenemos con eso?—contestó de mal humor Pesadilla —¿acaso no puedo yo ver como tú, ó quizá mejor, lo que haya detrás de unos matorrales? Déjame mirar en seguida.

Pero entonces la tercera hermana, que se llamaba Tiemblanudillos, comenzó á quejarse y decir que á ella le tocaba ahora mirar, y que Esperpento y Pesadilla siempre lo querían para ellas solas. Para acabar la disputa, Esperpento sacóse el ojo de la cuenca y lo puso en su palma extendida, gritando :

—Tomadlo una de vosotras y acabad esa necia disputa ; por mi parte, me alegraré de estar un rato en tinieblas ; no obstante, tomadlo pronto ó me lo encajo de nuevo.

Por lo tanto, Pesadilla y Tiemblanudillos extendieron sus manos buscando á tientas la mano de Esperpento y el ojo. Pero, como las dos estaban á ciegas, no podían encontrar la mano, y la misma Esperpento, tan ciega ahora como sus hermanas, no encontraba tampoco las suyas para dárselo ; así es que estas tres buenas ancianas (como fácilmente lo entenderán mis sabios y sesudos lectores), estaban muy perplejas ; porque aunque el ojo relucía como una estrella en la mano de Esperpento, todavía las tres mujeres de los cabellos grises no percibían ni un vislumbre de su luz y, por el deseo impaciente de ver, estaban las tres sumidas en las tinieblas.

Mercurio divertíase tanto viendo á Tiemblanudillos y Pesadilla buscar á tientas el ojo, y reprendiendo las dos á Esperpento, y la una á la otra, que no pudo contener una sonora carcajada.

—Ahora es la ocasión—dijo á Perseo ;—¡ vivo, vivo ! antes de que se lo encajen en la frente, sal y toma el ojo de las manos de Esperpento.

En un instante, mientras que las tres mujeres estaban aún regañando una con otra, salió Perseo del matorral y se apoderó del ojo : al tomarlo, brilló espléndidamente y pareció mirar de un modo inteligente á Perseo, como si hubiese querido encerrar-

se en una de sus cuencas, si las hubiese tenido vacías y hubiesen sido del conveniente tamaño. Pero las tres mujeres no se dieron cuenta de lo que había acontecido, y suponiendo cada una que el ojo estaba en posesión de la otra, empezaron su contienda hasta que Perseo, pensando no ser conveniente molestar de tal manera á tan respetables damas, creyó necesario explicarles lo sucedido.

—Señoras—dijo,—tengan la bondad de no regañar y enfadarse unas con otras. Si alguien es culpable, yo lo soy, que tengo el honor de poseer en mi mano vuestro muy excelente y brillante ojo.

—¿Tú, tú tienes nuestro ojo? ¿quién eres tú?—gritaron las tres, aterrorizadas al oír una voz desconocida y oír que su ojo estaba en poder de quien no podían ni conjeturar cosa alguna.— ¡Oh! ¿qué haremos? hermanas, ¿qué haremos? ¡Las tres ciegas! Danos nuestro ojo; danos nuestro precioso y único ojo: tú tienes los dos tuyos, ¡danos nuestro ojo!

—Diles—apuntó Mercurio á Perseo,—que tendrán el ojo tan pronto como te dirijan adonde puedas encontrar á las ninfas que tienen los chapines voladores, la bolsa mágica y el yelmo de la invisibilidad.

—Mis buenas y admirables ancianas—dijo Perseo, dirigiéndose á las tres mujeres, — no hay para qué os asustéis tanto; no soy un joven malo; tendréis vuestro ojo sano y brillante como siempre, tan pronto como me digáis dónde encontraré á las ninfas.

—¡Las ninfas! ¡Por Dios, hermanas! ¿qué ninfas quiere decir?—exclamó Esperpento.—Dicen que hay muchas ninfas: unas que cazan en el bosque, otras que habitan en el interior de los árboles, otras que tienen cómodos palacios en los manantiales de las aguas.

—Nosotras no sabemos nada de ellas; somos tres infortunadas viejas que vagamos siempre en la obscuridad y no tuvimos jamás sino un ojo para las tres, y tú nos lo has robado. ¡Oh! devuélvenoslo, ¡buen extranjero! quienquiera que seas, ¡devuélvenoslo!

Durante este tiempo las tres mujeres de los cabellos grises estuvieron tentando con los brazos extendidos para coger á Perseo, pero él tuvo buen cuidado de que no le echasen mano.

—Respetables damas—dijo él (pues su madre le había ense-

ñado á ser muy cortés),—yo tengo vuestro ojo muy seguro en mi mano, y lo retendré hasta que me digáis dónde encontraré á las ninfas que poseen la bolsa encantada, los chapines voladores, y... (¿qué es lo otro?) el yelmo de la invisibilidad.

—¡Ay de nosotras, hermanas! ¿De qué está hablando este hombre?—exclamaron las tres, interpeándose unas á otras con grandes muestras de admiración:—¡un par de chapines voladores, dice! pronto volarían sus talones más altos que su cabeza si hiciese la necedad de ponérselos. Y ¡un yelmo de la invisibilidad! ¿Cómo le podrá hacer invisible un yelmo, si no es que sea tan grande que le cubra todo? ¡Y la bolsa encantada! ¿qué chisme será ése? No, no; buen extranjero, no podemos decirte nada de esas cosas: tú tienes dos ojos tuyos, y nosotras uno entre las tres; puedes, por consiguiente, dar con tales maravillas mejor que tres ciegas ancianas como nosotras.

Oyéndolas Perseo hablar de esta manera, comenzó á pensar que las tres mujeres de los cabellos grises no sabían, en realidad, cosa alguna del asunto y, como le apenaba hacerlas padecer, es tuvo á punto de devolverles el ojo y pedirles perdón por la grosería de habérselo quitado. Pero Mercurio le detuvo la mano.

—No te dejes engañar—le dijo.—Estas tres mujeres de los cabellos grises son las únicas en todo el mundo que te pueden decir dónde encontrar á las ninfas; y á menos que no lo sepas, no podrás cortar la cabeza y guedejas culebrinas de Medusa. No des el ojo por ahora y todo nos saldrá bien.

Y así fué; Mercurio tenía razón. Pocas cosas hay que las personas estimen tanto como la vista, y las tres mujeres apreciaban su ojo como si fuese media docena de ellos (justo número de los que debían poseer), y como veían que no había otro medio de recobrarlo, por fin dijeron á Perseo lo que éste quería saber. Apenas lo hicieron, cuando él, dándoles las gracias y despidiéndose, introdujo el ojo en una de las cuencas de sus frentes, pero, por casualidad, la agraciada fué Esperpento, que ya lo tenía cuando les ocurrió la aventura con Perseo, y por esto antes de que él se hubiese alejado mucho comenzaron á disputar nuevamente.

Motivos hay para creer que las tres mujeres de los cabellos grises tenían la costumbre de pelearse á menudo, lo cual era tanto más de lamentar cuanto que no se podían pasar una sin otra, y estaban destinadas evidentemente á ser inseparables compa-

fierras. Por regla general, yo aconsejaría á todos, hermanos ó hermanas, viejos ó jóvenes, que tengan la desgracia de no poseer sino un ojo para todos, que sepan reportarse y no quieran ver todos á un tiempo por él.

Entretanto, Mercurio y Perseo volaban en busca de las ninfas: las tres ancianas les habían dado tales señas, que no tardaron en dar con ellas. Eran éstas bien diferentes de Esperpento, Pesadilla y Tiemblanudillos; pues, en vez de viejas, eran jóvenes y hermosas, y en lugar de no tener sino un ojo entre todas, cada una tenía sus dos propios, hermosísimos por cierto, con los cuales miraron bondadosamente á Perseo. Parecían conocer á Mercurio de muy atrás, y cuando éste les dijo la empresa de que se había encargado Perseo, no tuvieron dificultad en darle los valiosos objetos que custodiaban. En primer lugar sacaron una bolsa pequeña, hecha de piel de ciervo y primorosamente bordada, y se la entregaron mandándole la guardase con mucho cuidado: era la bolsa mágica. Trajeron después un par de chapines ó sandalias con un par de pequeñas alas en los talones.

—Póntelas, Perseo—dijo Mercurio.—Verás qué ligero vas á andar el resto del camino.

Perseo se puso una dejando la otra en el suelo cerca de él, pero, de repente, ella levantó su vuelo y se hubiese escapado probablemente si Mercurio no hubiese dado un salto y la hubiese cazado en el aire.

—Ten más cuidado—dijo al devolvérsela á Perseo,—que espantaría á las aves si vieses volando entre ellas una sandalia.

Habiéndose puesto las dos sandalias, parecía que le iba á faltar tiempo para andar con ellas, pero al dar un paso ó dos, subió por el aire por cima de las cabezas de las ninfas y Perseo, y vió que le era muy dificultoso descender de nuevo. Los chapines voladores y demás aparatos para volar, con dificultad se manejan bien, hasta que uno se va acostumbrando un poco á ellos. Rióse Mercurio de la involuntaria prisa de su amigo y le dijo que no se apresurase tanto y esperase el yelmo de la invisibilidad.

Ya tenían las ninfas preparado el yelmo con negro penacho de ondulantes plumas para colocarlo en la cabeza de Perseo, y al hacerlo aconteció una cosa rara por demás, y más maravillosa que todo cuanto llevo dicho. En el instante inmediato anterior de que le pusiesen el yelmo, allí estaba Perseo, hermoso joven de dorados cabellos y rosadas mejillas, la corva espada ceñida á

la cintura, y embrazado el relumbrante escudo; una figura que parecía toda ella hecha de valor, viveza y fulgurante luz; pero cuando hubo descendido el yelmo sobre su blanca frente, ya no se vió allí nada de Perseo. ¡Nada; sólo aire! ¡Aun el mismo yelmo que le había hecho invisible había desaparecido!

—¿Dónde estás, Perseo?—preguntó Mercurio.

—¡Pues, aquí!—respondió Perseo muy tranquilamente, aunque su voz parecía salir de entre la transparente atmósfera.—donde estaba ahora mismo. ¿No me ves?

—No, por cierto—respondió su amigo.—Estás oculto bajo el yelmo; y, si yo no te veo, tampoco te verán las Gorgonas. Por lo tanto, sígueme y veremos si eres diestro en usar los chapines voladores.

Después de estas palabras, extendiéronse las alas del capacete de Mercurio como si la cabeza de éste estuviese á punto de volar separada de sus hombros, pero se levantó todo él, y Perseo le siguió. Ascendidos ya unos cuantos centenares de pies, comenzó á notar el joven qué delicioso era dejar la tierra oscura y volar en las alturas como un ave.

Ya era completamente media noche: Perseo levantó su mirada y vió la redonda, reluciente y argentada luna y pensó que no había para él cosa mejor que remontar á ella su vuelo y vivir allí toda su vida. Bajó después la vista y vió la tierra con sus mares y sus lagos, y el plateado curso de sus ríos, y las nevadas cumbres de sus montes, y la extensión de sus campos, y las oscuras manchas de sus bosques, y las ciudades de blanco mármol; y, con la luz de la luna durmiendo sobre toda la escena, era la tierra tan preciosa como la misma luna ó cualquiera estrella. Entre otras cosas vió la isla de Sérifo, donde estaba su madre. A veces él y Mercurio se aproximaban á una nube que desde lejos parecía argentada lana, y al atravesarla sentían intenso frío y se mojaban con grande humedad, pero como su vuelo era tan rápido las cruzaban en un instante. Una vez un águila tropezó, volando, contra el invisible Perseo. Los meteoros proporcionaban el más sublime espectáculo incendiándose de repente como si se hubiese encendido una hoguera en el cielo, y hacían palidecer la luz en muchas millas á la redonda.

Mientras volaban así, creyó Perseo oír á su lado como el crujido de un vestido, precisamente en el lado opuesto al en que iba Mercurio, y con todo no se veía persona alguna.

—¿De quién es este vestido—preguntó Perseo,—que va aquí, á mi lado, crujiendo al soplar de la brisa?

—¡Oh! es de mi hermana—respondió Mercurio.—Ella nos acompaña como ya te dije. No podríamos hacer nada sin su ayuda: no puedes formarte una idea de lo sabia que es; y, además, ¡tiene una vista! En este momento te ve lo mismo que si no fueses invisible, y me aventuro á decir que será la primera en descubrir á las Gorgonas.

Habían á esta sazón dado vista á un ancho océano y ya volaban sobre él. Por bajo de ellos agitábanse tumultuosamente las olas en medio del mar, ó rodaban con blanca resaca las extensas playas, ó hervían con espuma contra los peñascos con mugido estruendoso, que antes de llegar á Perseo ya era débil como la voz de un chiquillo medio dormido. En aquel momento oyó Perseo palabras de mujer; y eran melodiosas aunque no se las podía llamar exactamente suaves, sino graves y mansas.

—Perseo—dijo la voz:—ahí están las Gorgonas.

—¿Dónde?—exclamó Perseo;—yo no las veo.

—En la playa de esa isla que tienes debajo; una piedra que tirases ahora, caería en medio de ellas.

—Ya te decía yo que ella sería la primera en descubrirlas—dijo Mercurio á Perseo.—¡Y ahí están!

Directamente bajo él, á dos ó tres mil pies, descubrió Perseo una isla, rodeada por la blanca espuma de las olas que se estrellaban sobre sus costas, excepto en un lado que tenía una playa de nivea arena. Descendió hacia ella, y fijándose en uno como montón ó mancha brillante junto al pie de un precipicio de negras rocas, distinguió á las terribles Gorgonas. Dormían profundamente arrulladas por el fragor del mar, pues, para dormir, á tales monstruos era menester un ruido tal, que bastaría para ensordecernos. La luz de la luna relucía sobre sus aceradas escamas y doradas alas, las cuales caían sobre la arena. Sus bronceadas garras salientes agarraban las rocas, mientras que las Gorgonas dormían soñando hacer trizas á algún desdichado mortal. Las culebras que de cabello les servían parecían dormir también, aunque de vez en cuando alguna se contorcía y levantando la cabeza y sacando la hendida lengua, lanzaba un soñoliento silbido, entrelazándose luego con las otras serpientes.

Más que á otra cosa, parecíanse las Gorgonas á una temerosa y gigantesca especie de insectos, inmensos escarabajos de dora-

das alas ó libélulas ó cosa semejante, á un tiempo horribles y bellos, con la única diferencia de ser un millón de veces más grandes. A pesar de esto había en ellas también algo humano. Afortunadamente para Perseo, sus rostros estaban ocultos á su vista debido á la postura en que yacían, porque si los hubiese mirado un momento no más, hubiese caído por el aire pesadamente como una insensible imagen de piedra.

—Ahora es la tuya—dijo Mercurio que volaba junto á Perseo. — Vivo ; porque si una de las Gorgonas despierta llegarás tarde.

—¿A cuál acometo?—preguntó Perseo desenvainando la espada y descendiendo un poco más.—Todas tres parecen lo mismo ; las tres tienen gudejas culebrinas : ¿cuál de las tres es Medusa?

Ha de tenerse presente que de estos tres monstruos sólo la cabeza de Medusa podría ser cortada ; las otras dos, aunque hubiesen recibido por una hora seguida repetidos golpes de la mejor forjada espada, no hubiesen sufrido lesión alguna.

—Ten cuidado—le dijo la tranquila y grave voz que antes le había hablado ;—una de las Gorgonas está inquieta en su sueño, y se despertará en breve. Esa es Medusa ; no la mires, que te volverías piedra : fijate en el reflejo de su rostro y figura sobre el brillante espejo de tu escudo.

Perseo entendió ahora por qué Mercurio le había mandado pulir su escudo : en su superficie podría ver sin peligro la faz de la Gorgona ; y ya la veía, reflejada en la pulimentada superficie, á la luz de la luna, manifestando toda su terribilidad. Las serpientes, cuya venenosa naturaleza no les permitía dormir por completo, estaban retorciéndose sobre su frente. Era la faz más fiera y horrible que jamás se vió ó imaginó, pero con cierta belleza extraña, terrible y salvaje. Tenía aún los ojos cerrados y aun dormía, pero cierta expresión de inquietud se dibujaba en aquel rostro, como si el monstruo tuviese una horrible pesadilla : sus blancos colmillos rechinaban, y sus bronceadas garras estaban sepultadas en la arena.

—Ahora, ahora—murmuró Mercurio, que se iba impacientando ya ;—acomete al monstruo.

—Pero con calma—dijo la grave y melodiosa voz al lado del joven.—Mira á tu escudo según descienes y cuida de no errar el primer golpe.

Perseo voló hacia abajo con mucha cautela mirando la faz de Medusa reflejada en el escudo. Cuanto más se acercaba, tanto más terrible le parecía aquel rostro de serpientes y cuerpo metálico del monstruo. Por fin, cuando Perseo se vió en el aire sobre la Gorgona, teniéndola al alcance de su brazo, levantó la espada, al mismo tiempo que las culebras erguíanse amenazadoras, y Medusa abría los ojos. Pero despertaba demasiado tarde; la espada era muy tajante; el mandoble cayó como un rayo y la cabeza de la malvada Medusa rodó separada de su cuerpo.

—¡Magnífico!—exclamó Mercurio.—Date prisa y pon la cabeza dentro de tu encantada bolsa.

Con admiración de Perseo, aquella bolsita bordada que hasta entonces colgara de su cuello, había crecido en un momento lo bastante para contener la cabeza de Medusa: vivo como el pensamiento la tomó con las enroscadas víboras, y la introdujo en ella.

—Ya está acabada tu tarea—dijo la voz grave.—Ahora huye, porque las otras Gorgonas harán cuanto puedan para vengar la muerte de Medusa.

Y en verdad que era necesario huir; porque no había Perseo llevado á término su hazaña, sin que el tajo de la espada, el silbar de las culebras y el rodar de la cabeza de Medusa sobre la playa, despertase á los otros dos monstruos. Allí estuvieron sentados un momento, restregándose soñolientos los ojos con sus dedos de bronce, mientras que todas las serpientes de sus cabezas se volvían sorprendidas y furiosas contra un enemigo que no veían. Pero cuando las Gorgonas vieron descabezado el escamoso tronco de Medusa, y sus doradas alas medio extendidas en la arena y arrugadas y descompuestas, fué temeroso escuchar los gritos y alaridos que dieron. ¡Y las serpientes!... todas á una produjeron un horrendo y centuplicado silbido, al que igualmente contestaron las serpientes de Medusa desde la bolsa encantada.

Tan pronto como las Gorgonas estuvieron despiertas del todo alzáronse de la tierra, blandiendo sus garras de bronce, rechinando sus colmillos y batiendo tan fuertemente sus monstruosas alas, que varias de las doradas plumas se desprendieron y cayeron sobre la playa, donde quizá yacen todavía. Alzáronse las Gorgonas, como he dicho, mirando por todas partes con los ojos extremadamente abiertos, con esperanzas de convertir á alguien en piedra. Si Perseo las hubiese mirado ó hubiese caído en sus



garras, su pobre madre no hubiese besado más á su hijo ; pero tuvo buen cuidado de volver la vista á otro sitio, y como llevaba el yelmo de la invisibilidad, no supieron las Gorgonas en qué dirección seguirle ; tampoco dejó de usar sus chapines voladores remontándose gracias á ellos á una altura de una milla ó cosa así. En aquella altura, cuando los gritos de aquellas abominables criaturas se oían muy débilmente á lo lejos, tomó rectamente la dirección de la isla de Sérifo para entregar la cabeza de Medusa al rey Polidectes.

No tengo tiempo para relatar aquí la multitud de aventuras maravillosas que acontecieron á Perseo en su viaje de retorno, tales como la muerte que dió á un fiero monstruo marino que estaba para devorar á una hermosa doncella, y cómo convirtió á un gigante en enorme montaña de piedra, con sólo mostrarle la cabeza de la Gorgona. Quien dude de esta historia, dése un paseito hasta Africa, cualquier día, y verá aún esa montaña denominada todavía con el antiguo nombre del gigante.

Llegó por fin nuestro bravo Perseo á la isla donde esperaba ver á su madre ; pero durante su ausencia había el perverso rey tratado tan mal á Dánae que ésta hubo de escapar y refugiarse en un templo donde algunos ancianos sacerdotes la protegieron con gran bondad. Estos sacerdotes y el bondadoso pescador que había acogido al pequeño Perseo y á su madre cuando por vez primera arribaron á la isla, parecen haber sido las únicas personas honradas que había en ella. Todos los demás, y el rey Polidectes á la cabeza, se portaban muy mal, y no merecían sino lo que ahora les iba á acontecer.

No encontrando Perseo á su madre en casa, dirigióse al palacio y fué al punto introducido á la real presencia. No se alegró Polidectes al verle, pues ya daba por hecho que las Gorgonas le habían devorado ; mas no obstante, viéndole sano y salvo y de vuelta, puso la mejor cara que pudo y preguntóle cómo le había ido.

—¿Has cumplido tu promesa? ¿Me has traído la cabeza de Medusa con las guedejas culebrinas? Si no es así, te costará caro, porque yo he de tener un regalo de boda para la hermosa princesa Hipodamía, y no habría otra cosa de que ella tanto se contentase.

—Pues, sí, Real Majestad—contestó Perseo con mucha naturalidad, como si esto no fuese nada para tal joven como él :—he

traído la cabeza de Medusa con las guedejas culebrinas y todo.

—¡ De veras !... Déjame verla ; debe ser un espectáculo muy curioso, si lo que de ella cuentan los viajeros es verdad.

— Vuestra Majestad—respondió Perseo,—tiene razón. Es realmente un objeto digno de atraer la atención de los que le miren. Si Vuestra Majestad lo estima conveniente, yo aconsejaría se hiciese una fiesta y se reuniesen todos vuestros súbditos para contemplar esta maravilla. Creo que muy pocos de ellos habrán visto una cabeza de Gorgona, y quizás no la verán otra vez.

Bien sabía el rey que sus súbditos eran un hatajo de gandules amigos de ver novedades, como lo son todos los holgazanes. Por esto tomó el consejo del joven y envió heraldos y mensajeros en todas direcciones para que á son de trompetas, por calles, plazas, mercados y caminos, congregasen á todos á la Corte. Allá fué, consiguientemente, una inmensa muchedumbre de inútiles vagabundos, todos los cuales, aunque no por el puro amor de la maldad, hubiesen disfrutado mucho si Perseo se hubiera tropezado con alguna mala aventura en su encuentro con las Gorgonas. Si había algunas otras personas buenas en la isla (como yo lo espero, aunque la historia no dice nada de ellas), se estuvieron en casa atendiendo á sus negocios y cuidando de sus hijos. Con todo, la mayor parte de los habitantes fueron tan de prisa como pudieron al palacio, y se empujaban y apretaban y daban codazos con el ansia de llegar cerca del balcón desde donde se mostraba Perseo teniendo una bolsa bordada en la mano.

En una plataforma frente por frente del balcón, sentábase el rey Polidectes, en medio de sus consejeros y aduladores cortesanos, que en semicírculo estaban junto á él. El monarca, los consejeros, los cortesanos, los súbditos todos miraban ansiosamente á Perseo.

—¡ Muéstranos la cabeza ! ¡ Muéstranos la cabeza !—gritaba la gente ; y había tal fiereza en sus gritos, que parecía habían de descuartizar á Perseo si no les enseñaba lo que tenía en la bolsa.

—¡ Muéstranos la cabeza de Medusa con sus cabellos de culebras !

El rostro de Perseo se cubrió con un velo de dolor y lástima.

—¡ Oh, rey Polidectes !—gritó,—y vosotros : ¡ oh, innumerables gentes !—No me atrevo á enseñaros la cabeza de la Gorgona.

—¡ Oh, villano y cobarde !—rugió el pueblo más fieramente que antes.—¡ Está jugando con nosotros : no tiene la cabeza de la

Gorgona. Enséñanos la cabeza, si la tienes, y si no, te cortaremos la tuya para una partida de foot-ball!

Los malvados consejeros murmuraban á los oídos del rey dándole ímprobos consejos; los cortesanos decían que Perseo había faltado al respeto de su rey y señor; y el mismo rey con potente voz de mando y agitando la mano, le mandó mostrase la cabeza so pena de la vida.

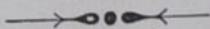
—Enséñame la cabeza de la Gorgona, ó mandaré cortar la tuya.

Perseo suspiró.

—Ahora mismo—gritó Polidectes,—ó si no, mueres.

—Miradla, pues—gritó Perseo con voz tonante.

Levantóla de repente, y en menos que un ojo pestaña, ya el malvado rey Polidectes, sus depravados consejeros, y todos sus fieros súbditos, no eran más que estatuas de un monarca y su pueblo. A la primera vista de la terrible cabeza de Medusa, quedaron convertidos en blanco mármol; y Perseo, puesta de nuevo la cabeza en la encantada bolsa, fué á decir á su madre que no tenía ya que temer cosa alguna del malvado rey Polidectes.



## EL ESPLENDOR DE LA LENGUA GRIEGA

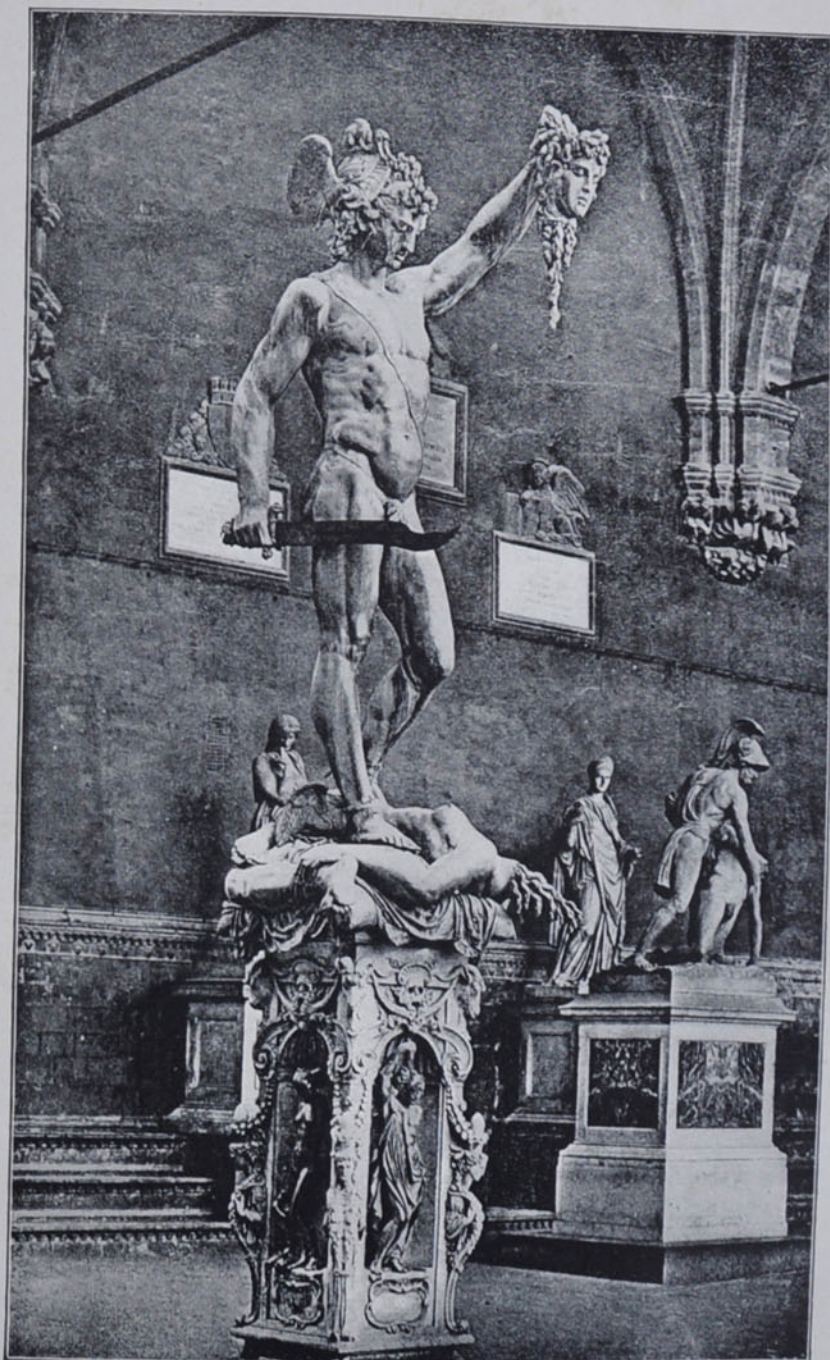
POR F. W. H. MYERS

Federico W. H. Myers.—Crítico y poeta inglés; nació en 6 de febrero de 1843. Educado en el Colegio de la Trinidad, en Cambridge, del que fué después individuo. Publicó su encantador poema *San Pablo* en 1867; *La Renovación de la Juventud* y otros poemas en 1882. Sus *Ensayos Modernos y Clásicos* vieron la luz en 1885; su obra *La Ciencia y la vida futura*, en 1893. Se ha dedicado preferentemente al estudio de las teorías sobre el espiritualismo, y es digno secretario de la Sociedad de Investigación Psíquica. Ejerce el cargo de inspector de Escuelas y reside en Cambridge.

Nunca la palabra será de nuevo combinada de manera que reproduzca en nosotros el efecto de algunos de los grandes pasajes de Homero. Diríase que en ellos se ha creado y reunido de un golpe todo cuanto hace apreciable la vida; el lenguaje mismo, las primeras emociones, la inenarrable seducción del canto. Al oír una sola frase de la respuesta de Anticleia, cuando empieza:

*Out' emeg' en megaroisin euskopos iochaira*

Pessoa  
15-7-11



Perseo con la Cabeza de Medusa.

*Estatua de Benvenuto Cellini.*



¿Cómo decir la sensación de espontánea y absoluta sublimidad, que causa la impresión de una fresca matutina y de una potencia elemental, placer que es á todos los demás placeres intelectuales, lo que la juventud es á todos los restantes goces que despierta? Y ¡qué lenguaje! ¿Qué fuerza vino á escribir, por sí misma, substituyendo al propio poeta? ¡Esas dos últimas palabras, nos las ofrece como fruto de su íntima estructura, como capullo de su primera edad! A su lado, el estilo de Virgilio aparece artificioso, áspero el del Dante y bárbaro el de Shakespeare.

Jamás existió ni existirá lenguaje como el antiguo griego. Poseía los méritos de todas las demás lenguas sin los defectos que las obscurecen. Tenía la monumental precisión y brevedad del latín, sin la rígida dificultad de manejo; la riqueza y flexibilidad del alemán, sin su pesada vulgaridad y la superfluidad gutural que lo afea; la transparencia del francés, sin su pobreza; la fuerza y realismo del inglés, sin su estructura quebrada; pero era un instrumento de uso imposible para todos los que no fueran sus creadores. Cuando hubieron pasado los tiempos gloriosos de Grecia, fué el idioma, no los hombres, quien continuó hablando y escribiendo libros. Su brillantez francesa enseñó á Isócrates á pulir la pesadez del epigrama: su profundidad alemana capacitó á Licofronte para hacer pasar disparates por oráculos; su verbosidad italiana animó á Apolonio Rodio á encubrir con rebuscada dulzura la pobreza de su espíritu inventivo. Sólo el lenguaje era grande. Como brocado de oro en el sepulcro de una reina, su imperecedero esplendor se extendía sobre el esqueleto de una vida y un pensamiento yertos.

La historia del latín es del todo diferente. No lo hallamos en su pleno crecimiento en la aurora de la historia; lo vemos avanzar lentamente, adquirir forma y fuerza ante nuestros ojos. Podemos observar los progresos de sus rayos; desde el día en que Eunio, Nœvio y Pacuvio blanden sus «tres dardos de rugiente tempestad», hasta que Lucrecio añade «el ruido y el terror» y Cátulo «el viento oriental y el fuego». Aumenta con el pueblo romano; conquista voces con la punta de la espada; y los pueblos vencidos, de largos ropajes, pagan el tributo de su pensamiento y de su palabra lo mismo que el de su sangre y el de su oro. Esta mezcla de vigorosos esfuerzos y ansias de asimilación, se nota principalmente en el campo de la poesía. Las bárbaras líneas Saturnales, único producto poético de los indígenas lati-

nos, vacilantes entre la acentuación y el sistema cuantitativo, indicaban rudimentariamente la natural tendencia de la lengua latina hacia un ritmo trocaico. El contacto con Grecia introdujo el metro griego, estableciendo por grados un sistema cuantitativo definido. La cantidad y el acento congeniaban de igual modo con la lengua latina, y así los metros trocaico y yámbico de Grecia sufrieron el transplante sin gran alteración. La adaptación de estos ritmos por los primitivos autores romanos, aunque grosera, es del todo fácil y natural; y tan pronto como pasó el prestigio de la era de Augusto, vemos á paganos y cristianos, sin distinción, expresar en yambos acentuados, y más especialmente en troqueos acentuados las ideas y sentimientos de la nueva edad. Adam de San Víctor está métricamente más cerca de Livio Andrónico que de Virgilio ú Ovidio, y la herencia de la Letanía de los sacerdotes Arvales, no está en la *Oda Secular* de Horacio, sino en el *Dies Irae* ó en el *Veni Creator*.

Porque la poesía latina sufrió una violenta solución de continuidad, al introducir, imitando á Grecia, el exámetro y el dístico elegíaco. El exámetro de cantidad es en latín una dificultad técnica, un metro violento. Su estructura prosódica impide el empleo de un gran número de palabras latinas, reduce á estrechos límites la construcción gramatical, excluye las formas enfáticas, los recortes de palabras y los diferentes modos de narración. Grandes por otra parte, son sus ventajas, empleado con éxito; pues toda la fuerza y significación de la expresión latina se destacan en el magnífico marco de este metro, acaso el más compacto y majestuoso que jamás se haya inventado. Sus palabras se disponen como órganos de un cuerpo vivo, de una manera ajustada y rigurosa, pero delicada y sosteniéndose las unas á las otras. La misma sensación de la dificultad vencida añade nuevo encanto á la sonora belleza del movimiento dactílico, de sus pausas peculiares, de su progreso y dominadora fluidez.

Para el griego, resultaban tan sencillos como fáciles los efectos poéticos más trabajados. En su poesía, como en el arte glíptico, se emplearon todos los materiales; debían tan sólo escoger entre el mármol y el ónix, entre el marfil y el oro. Los romanos sacaban sus concepciones de rocas de granito; y, á menudo, sus ásperas formas eran solamente esbozadas, amontonadas con rudeza, aunque dignas y fuertes; pero, más tarde, el incesante trabajo de sus manos las afinaba, entregando á la contemplación de

los siglos una obra tan espléndida como imperecedera, que destaca con los reflejos del basalto y brilla con los destellos del pórvido. No debe, empero, suponerse que aun cuando la Eneida de Virgilio venciera del todo las dificultades que caracterizaban siempre á la poesía latina de la edad clásica, se hallase completamente libre de la frialdad de una imitación; de la falta de soltura de un *tour de force*. En primer lugar, Virgilio no se libró de la acusación dirigida contra los poetas que han seguido el ejemplo de Homero, en la extensión y asuntos de sus obras. Concedido un mérito artificial á los poemas en doce ó veinticuatro libros, los autores se han visto incitados á referir, sin necesidad, largas historias para alcanzar el alto rango de poetas épicos. Y porque Homero está lleno de narraciones, de combates personales (asunto interesante y de la mayor importancia en su tiempo), los poetas posteriores han creído preciso introducir elementos de descripción de idéntica clase, que, al perder el apoyo de la realidad, degeneran no ya en fríos, sino en fastidiosos. Ocurre algo como si la primera novela la hubiese escrito un escolar de ingenio, y por ello los novelistas posteriores se dedicasen á hilvanar la trama de sus libros con lances de partidos de pelota. Los últimos libros de la *Eneida* son los más perjudicados por este error. En los primeros, se nota, también sin duda, alguna adaptación desgraciada de episodios homéricos, alguna artificiosa reproducción de fórmulas de la Iliada; pero la mayor parte de los hechos son realmente nobles y patéticos, de tal modo que interesan de una manera constante al hombre culto. Los tres últimos libros que han llegado hasta nosotros en forma grosera y poco limada, contienen, en cambio, largos trozos, imitación inmediata de Homero, y casi desprovistos de valor independiente.

Además de estos defectos, en cuanto al fondo, la última parte del poema confirma los peligros métricos, á los que sucumbió el exámetro latino á la muerte de Virgilio. Se iban acabando los pocos modos de que podían componerse los exámetros, por lo que muchos de los versos de los últimos libros están modelados sobre los de los primeros. Hay pasajes abundantes que muestran la peculiar forma de trivial artificio, en que frecuentemente degenera el difícil metro; así, algunos de los ripios ofrecen un grotesco parecido con el estilo de un muchacho que estudia humanidades, y otros pasajes más pretenciosos dan la penosa impresión de fallar, de no alcanzar el efecto que pretendieron producir.



## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

POR HOMERO

(De la Iliada.)

HOMERO.—Vivió hacia el siglo x (a. de C.) Nació en Esmirna, y recibió la enseñanza de la literatura y de la música en la Escuela de Femio. Viajó por el Egipto y otras tierras á orillas del Mediterráneo, y murió en Ios. Compuso dos grandes poemas, *La Iliada* y *La Odisea*, que cantan, respectivamente, la guerra de Troya y los viajes de Ulises. Se le han atribuido también los *Himnos homéricos*, la *Batracomiomaquia* ó lucha de las ranas y los ratones, y alguna otra obra.

## LIBRO PRIMERO

De Aquiles de Peleo canta, diosa,  
 La venganza fatal que á los aquivos  
 Origen fué de numerosos duelos,  
 Y á la obscura región las fuertes almas  
 Lanzó de muchos héroes y la presa  
 sus cadáveres hizo de los perros  
 Y de todas las aves de rapiña,  
 Y se cumplió la voluntad de Jove,  
 Desde que, habiendo en voces iracundas  
 Altercado los dos, se desunieron  
 El Atrida, adalid de las escuadras  
 Todas de Grecia, y el valiente Aquiles.  
 ¿Cuál de los dioses, dime, á la discordia  
 Sus almas entregó para que airados  
 Injuriosas palabras se dijesen?  
 De Latona y de Júpiter el hijo  
 Que, ofendido del rey, á los aqueos  
 Enviara la peste asoladora,  
 Y á su estrago la gente perecía,  
 Por no haber el Atrida respetado  
 Al sacerdote Crises que venido  
 Había de los griegos á las naves  
 Una hija suya á redimir. De mucho  
 Valor era el rescate que traía:  
 Y el áureo cetro en la siniestra mano  
 Y en la derecha la ínfula de Apolo  
 Así á todos los Dánaos suplicaba,

Subst. - sub. Egipto de  
 Helena.  
 in Mt.



Tetis Llevando la Armadura de Aquiles.

*De un cuadro de Francisco Gérard.*



Y señaladamente á los atridas,  
Caudillos ambos de la hueste aquea:

—«¡Atridas y demás esclarecidos  
»Campeones de Grecia! Las deidades  
»Que en las moradas del Olimpo habitan,  
»A vosotros de Príamo concedan  
»La ciudad destruir, y á vuestros lares  
»Felizmente llegar. De una hija mía  
»Que me otorguéis la libertad os ruego,  
»Y el rescate admitid, reverenciando  
»De Jove al hijo, el flechador Apolo.»

Al escucharle los demás aquivos,  
en fausta aclamación todos dijeron  
Que al sacrificador se respetara  
Y el precioso rescate se admitiese;  
Pero al atrida Agamenón el voto  
General no agradó, y al sacerdote  
Con imperiosa voz y adusto ceño  
Mandó que de las naos se alejase,  
Y al precepto añadió las amenazas.

—«¡Viejo!—le dijo—Nunca en este campo,  
»Ahora si retardas la salida,  
»O en adelante si á venir te atreves,  
»A verte vuelva yo: pues de mi saña  
»No serán á librate poderosos,  
»Ni la ínfula del dios, ni el regio cetro.  
»Yo la esclava no doy, antes en Argos,  
»Lejos de su país, dentro mi alcázar,  
»La rugosa vejez tejiendo telas  
»La encontrará, y mi lecho aderezando.  
»Vete ya; no mi cólera provoques,  
»Si volver salvo á tu ciudad deseas.»

Dijo; temió el anciano, y obediente  
A su voz se volvió sin replicarle  
Del estruendoso mar por la ribera;  
Pero alejado ya de los aqueos,  
Mientras andaba, en doloridas voces  
Pidió venganza al hijo de Latona.

«Escúchame—decía—pues armado  
»Con el arco de plata ha defendido  
»Siempre tu brazo á la región de Crisa  
»Y á la ciudad de Cila populosa,  
»Y de Tenedos numen poderoso  
»Eres, ¡oh Esmintio! Si en mejores días  
»Erigí á tu deidad hermoso templo,  
»Si, alguna vez, de cabras y de toros

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENON

»Quemé sabrosas piernas en tus aras,  
 »Otórgame este don: paguen los Dánaos  
 »Mis lágrimas, heridos por tus flechas.»  
 Así el anciano en su plegaria dijo.

Oyó Febo: y de las altas cumbres  
 Del Olimpo bajó, inflamado en ira  
 El corazón. Pendían de sus hombros  
 Arco y cerrada aljaba; y al moverse,  
 En hórrido ruido retemblando  
 Sobre la espalda del airado numen  
 Resonaban las flechas; pero él iba  
 Semejante á la noche. Cuando estaba  
 Cerca ya de las naves, se detuvo,  
 Lanzó una flecha, y en chasquido horrendo  
 Crujió el arco de plata. El primer día  
 Con sus mortales tiros á los mulos  
 Persiguió y á los perros del ganado;  
 Pero después enarbolando flecha  
 Disparando á la hueste, á los aquivos  
 Hirió y de muertos numerosas piras  
 Ardiendo siempre en la llanura estaban.

Nueve fueron los días que las flechas  
 Del dios por el ejército volaron;  
 Mas Aquiles, al décimo, las tropas  
 A junta convocó: la diosa Juno,  
 Que mucho de los griegos se dolía  
 viéndolos perecer, este consejo  
 le inspiró. Cuando todos los aquivos,  
 al pregón acudieron, se juntaron,  
 De la alta silla el valeroso Aquiles  
 Alzóse, y dijo al adalid supremo:  
 —«¡Atrida! juzgo que de nuevo errantes  
 »Por ese mar, en vergonzosa fuga  
 »A Grecia volveremos si la muerte  
 »Evitar nos es dado; pues unidas  
 »Guerra y peste el ejército destruyen.  
 »O sacrificador, ó acreditado  
 »Interprete de sueños; porque envía  
 »También los sueños el Saturnio Jove.  
 »El nos dirá por qué tan altamente  
 »Febo está de nosotros ofendido;  
 »Y sabremos, en fin, si nos acusa  
 »O de que no cumplimos algún voto  
 »O de que en sus altares olvidamos  
 »Ofrecer hecatombe numerosa;  
 »Y si querrá librarnos de la peste,

»Luego que de las cabras escogidas  
 »Y los corderos el olor y el humo  
 »Hayan subido á la región del éter.»  
 Así habló Aquiles y volvió á sentarse.

Se alzó luego el mejor de los augures,  
 Calcas, hijo de Téstor, que sabía  
 Lo pasado y presente y lo futuro,  
 Y con esta pericia en los agüeros,  
 Que Febo le otorgara, por los mares  
 A Troya los navíos de la Grecia  
 Guiado había. Y cual varón prudente,  
 Así habló con el hijo de Peleo:

—«¡ Ah, Jove caro, valeroso Aquiles!

»Pues mandas que yo diga por qué ahora  
 »Destruye con la peste á los aquivos  
 »El soberano flechador Apolo,  
 »Yo lo revelaré, si me prometes  
 »Antes, y me lo juras, que resuelto  
 »Con la voz y la diestra poderosa  
 »Tú me defenderás. Porque conozco  
 »Que contra mí se irritará un guerrero  
 »Que sobre todos los argivos tiene  
 »Grande poder, y su persona mucho  
 »Acatan los aqueos. Y el enemigo  
 »Poderoso es un rey, cuando se enoja  
 »Con algún inferior; pues si aquel día  
 »La cólera devora, guarda siempre  
 »En su pecho el rencor hasta que encuentra  
 »Ocasión de vengarse. Tú medita  
 »Si me podrás salvar.» Respondió Aquiles: ¡  
 —«Depón ese temor, y nos anuncia  
 »la voz divina que escuchado hubieres:  
 »Yo juro por Apolo, á Jove caro,  
 »Y á quien tú, oh Calcas, invocando pío,  
 »Lo futuro descubres á los griegos,  
 »Que en tanto que yo viva y la luz vea  
 »Del refulgente sol, en ti ninguno  
 »De todos los aquivos será osado  
 »Las manos á poner; aunque nombraras  
 »Al mismo Agamenón, que se gloria  
 »De ser en el ejército el primero.»

Depuesto ya el temor, en tono grave  
 Dijo el célebre augur: «No ros acusa  
 »Apolo de que hayamos olvidado  
 »El cumplir algún voto, ó en sus aras  
 »Víctimas ofrecer: está ofendido

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

- »De que á su sacerdote con desprecio
- »Agamenón trató; que ni á la esclava
- »Dió libertad, ni recibió el rescate.
- »Por eso el Flechador en los aquivos
- »estragos hizo, y aún hará, terribles:
- »Ni de la peste su pesada mano
- »Alzará la deidad, hasta que el padre,
- »Ni rescatada, ni vendida envíe
- »El Rey la joven, y se lleve á Crisa
- »La hecatombe sagrada. Acaso entonces,
- »Su cólera aplacando, nuestros votos
- »Conseguiremos que benigno escuche.»

Así dijo el augur: alzóse el fuerte  
Y poderoso Agamenón de Atreo,  
el ánimo turbado y encendido  
en ira el corazón; porque al oírle  
ennegrecido en derredor su pecho,  
llenábase de cólera, y sus ojos  
Fuego centelleante parecían.  
Y con ceñuda faz mirando á Calcas,  
en voz terrible é iracunda dijo:

- «¡Adivino de males! A mí nunca  
»Darme has querido favorable nueva:  
»Siempre te es grato presagiar desdichas,  
»Y jamás todavía una palabra  
»Has dicho, ni una acción ejecutado,  
»Que en mi daño no fuese. Y aun ahora  
»Afirmaste á la faz de los aquivos,  
»Oráculos mintiendo, que si Apolo  
»Con peste los aflige asoladora,  
»Es porque de Criseida yo no quise  
»Admitir el rescate. Deseara  
»En mi casa tenerla y á mi lado,  
»Y mucho yo á la misma Clitemnestra,  
»Mi legítima esposa, la prefiero;  
»Porque ni en la hermosura, ni en la gracia,  
»Ni en el talento ni en labor de manos  
»A aquélla es inferior. Mas no rehusó  
»Entregarla á su padre, si parece  
»esto más útil; porque yo antepongo  
»La salud del ejército á su ruina.  
»Pero otra joven se me dé graciosa,  
»Para que entre los príncipes no sea  
»El solo que no tenga alguna esclava  
»Premio de su valor. Mengua sería:  
»Y todos ya lo veis, la que por voto

»General me ofrecieron los aquivos  
 »Vuelve al paterno hogar.» Respondió Aquiles:

—«¡Glorioso atrida! cuando así te sea

»Más que á todos los hombres doloroso  
 »Perder lo que una vez llamaste tuyo  
 »¿Cómo ya generosos los aquivos  
 »Te darán otra esclava? No sabemos  
 »Que en parte alguna comunal riqueza  
 »Esté depositada. Los despojos  
 »En batallas ganados y en saqueos  
 »Repartidos están, y no sería  
 »Decoroso obligar á los soldados  
 »A que en común de nuevo los reunan.  
 »Así tu esclava al Flechador le cede,  
 »Que después triplicado los aquivos  
 »O cuádruplo su precio te daremos  
 »Si la fuerte ciudad de los troyanos  
 »un día saquear nos diere Jove.»

Y Agamenón le dijo:—No presumas,

»¡Oh Aquiles! á los dioses parecido  
 »Con estudiadas voces engañarme,  
 »Por más sabio que seas, pues, con dolo  
 »No me seducirás, ni con razones  
 »Me podrás persuadir. ¿Acaso quieres  
 »Que mientras tú conservas la troyana,  
 »Premio de tu valor sin recompensa,  
 »Yo á la mía renuncie? ¿No propones  
 »Que la dé libertad? Otra cautiva  
 Denme, pues, los aquivos, tan hermosa,  
 »Y que grata me sea. Y si rehusan  
 »Dármela, yo, como adalid supremo,  
 »La escogeré; y la tuya ó la de Aiante,  
 »O la de Ulises, llevaré á mi tienda  
 »A pesar de su dueño, y enojado  
 »Este mucho será. No más ahora  
 »De esto se trate; llegará su día.  
 »Hoy lancemos del mar á la llanura  
 »Embreado navío, en él se junten  
 »Escogidos remeros, la hecatombe  
 »Se acomode, embarquemos á la hermosa  
 »Hija de Crises, y el caudillo sea  
 »Alguno de los príncipes que tienen  
 »En los consejos voto; Idomeneo  
 »Ajax de Telamón, el sabio Ulises,  
 »O tú mismo, pues eres entre todos  
 »El héroe más temido. Ve, y ofrece



## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

- »El sacrificio al Flechador, y alcanza  
 »Que ya propicia su deidad nos sea.»  
 Con torva faz habiéndole mirado,  
 Furioso Aquiles respondió al atrida:  
 —«Hombre tú sin pudor ¡alma dolosa!»
- »¿Cómo pronto estará ningún aquivo  
 »Obediente á tu voz, ni de las marchas  
 »La fatiga á sufrir, ni con los hombres  
 »A lidiar animoso en la pelea?  
 »No fueron, no, la causa los troyanos  
 »De que yo desde Grecia aquí viniese  
 »A guerrear, ni agravio ellos me hicieron;  
 »Porque jamás los bueyes me robaron,  
 »O los bridones, ni en la fértil Phtía,  
 »En guerreros fecunda, las cosechas  
 »Destruyeron jamás: hay de por medio  
 »Muchos fragosos montes y sombríos  
 »Y el resonante mar. Los griegos todos,  
 »Porquē tú puedas ufanarte un día,  
 »A tí impudente, á tí, seguido habemos  
 »De los troyanos á tomar venganza  
 »Por Menelao... por tí, que el beneficio  
 »Así ingrato olvidaste y desconoces;  
 »Y á decirme te atreves que abusando  
 »De tu poder me quitarás la esclava  
 »Que cautivé yo mismo, y entre todas  
 »Para mí separaron los aqueos.  
 »Yo premio al tuyo igual nunca recibo  
 »Cuando por el ejército es tomada  
 »Populosa ciudad de los troyanos;  
 »Pero mi brazo en las sangrientas lides  
 »Es el que más trabaja. Y cuando llega  
 »Luego la partición de los despojos,  
 »Es tu parte mayor; y yo á las naves,  
 »Ya fatigado de lidiar, me vuelvo  
 »Con la escasa porción que me ha tocado.  
 »Pero hoy á Phtía tornaré... Más vale  
 »Atravesar el Ponto y con mis tropas  
 »A Tesalia volver; que ya no quiero,  
 »Pues me desprecias en provecho tuyo,  
 »Ganar aquí riquezas y tesoros.»
- «Huye en buen hora (respondió el atrida),  
 »Huye, no te detengas, si impaciente  
 »Estás ya por huir; yo no te ruego  
 »Que, por vengar mi ofensa, un solo día  
 »Tardes en alejarte de esta playa.

- »Tengo yo otros valientes campeones  
 »Que mi honor desagraven, y el excelso  
 »Próvido Jove me protege... Odioso  
 »Me eres tú, cual ninguno de los reyes  
 »Que á Troya me han seguido; porque gustas  
 »De riñas siempre y guerras y combates.  
 »Si valiente naciste, beneficio  
 »Es de alguna deidad. Así, á Tesalia  
 »Con tus soldados vuelve y con tus naves,  
 »Y sobre los mirmídonos impera  
 »Yo, de ti, no me curo ni me importa  
 »Que estés airado: la amenaza escucha  
 »Que hacerte quiero. Pues el mismo Apolo  
 »De la gentil Criseida me despoja,  
 »Con gente mía volverá á su patria  
 »Y en una de mis naves; pero, luego,  
 »A la hermosa Briseida, tu cautiva,  
 »He de traerme yo: é iré á buscarla  
 »A tu tienda en persona, por que veas  
 »Cuánto yo te aventajo en poderío,  
 »Y también por que tiemble cualquier otro  
 »De igualarse conmigo, y no se atreva  
 »A comparar con mi poder el suyo.»

Taciturno dolor al escucharle  
 Se apoderó de Aquiles, é indeciso  
 Su corazón en el velludo pecho  
 entre dos pensamientos fluctuaba:  
 Si ya, el agudo estoque desnudando  
 Que llevaba pendiente, se abriría  
 Paso por entre todos, y de Atreo  
 Traspasaría al hijo; ó si el enojo  
 Calmando sus coléricos furoros  
 Reprimiría. En tanto que en su mente  
 Y en su ánimo estas dudas agitaba,  
 Y que ya el ancho, formidable estoque  
 iba sacando, desde el alto Olimpo  
 En rauda vuelo descendió Minerva,  
 Porque próspera Juno la enviaba;  
 Juno, que á los dos héroes protegía,  
 Y los amaba con igual cariño.  
 Y á la espalda poniéndose de Aquiles,  
 Asíole por la rubia cabellera,  
 Sólo visible al héroe; que ninguno  
 De los otros la vió. Turbóse Aquiles,  
 Volvió la cara, y conoció á la diosa  
 Al resplandor de sus terribles ojos;

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

Y la dijo con rápidas palabras :

—«Hija de Jove, ¿á qué del alto cielo  
»Bajaste ahora? ¿A presenciarse, acaso,  
»Cómo me insulta y amenaza altivo  
»Agamenón de Atreo? Pues te anuncio  
»Y ya viéndolo estoy... por su arrogancia  
»La dulce vida perderá, y en breve.»

Minerva respondió:—«Yo del Olimpo  
»Tu cólera á calmar aquí he bajado,  
»Si dócil te mostrares; y me envía  
»Próvida Juno, que á los dos protege,  
»Y á los dos ama con igual cariño.  
»Suspende ese furor, y no desnude  
»La cuchilla tu mano; de palabra  
Oféndele en buen hora. Yo te anuncio...»  
»Y á su tiempo verás que mi promesa  
»Se cumple. Vendrá día en que ofrecidos  
»Brillantes dones te serán y muchos  
»Para desagaviarte de esa injuria.  
»Así, tu ardor reprime, y de nosotras  
»Cumple la voluntad.» Respondió Aquiles:  
—¡Diosa! Pues ambas lo queréis, forzoso

»Obedecer será, por más airado  
»Que esté mi corazón. Así conviene,  
»Porque los justos dioses las plegarias  
»Oyen, benignos, del varón piadoso  
»Que sus mandatos obedece y cumple.»

Dijo, y la fuerte diestra sobre el puño  
Detuvo argénteo, y la tajante espada  
A su sitio volvió; ni á los mandatos  
Fué indócil de Minerva, que al Olimpo  
Volvió en tanto, á la mansión de Jove,  
En medio de los otros inmortales.  
Pero, después, el héroe, arrebatado  
Del furor que su espíritu agitaba,  
Dijo al atrida en iracundas voces:

—«¡Impudente! ¡beodo! que de ciervo  
»Tienes el corazón: nunca tuviste  
»Valor para salir con tus soldados  
»A batalla campal, ni á las celadas  
»Ir con los campeones de la Grecia:  
»Tal es el miedo que á la muerte tienes;  
»Mucho más fácil es, y más glorioso,  
»De los aqueos por el ancho campo  
»Su esclava ir á robar al que en las juntas  
»Ose contradecirte. ¡Rey impío,

- »Que tu pueblo devoras porque mandas
- »A gente sin valor! Esta sería
- »La vez postrera que injuriado hubieses,
- »¡ Oh hijo de Atreo!... Pero yo te anuncio,
- »Y con el juramento más solemne
- »Voy á jurarlo. Sí: por este cetro
- »Que jamás echará hoja ni ramas,
- »Ni reverdecerá, desde que el tronco
- »Abandonó una vez allá en el monte,
- »Porque de la corteza y de las hojas
- »En derredor le despojó el acero,
- »Y los príncipes ya de los aquivos
- »Que justicia administran, y por Jove
- »Custodios son de las antiguas leyes,
- »En la mano lo llevan, yo lo juro,
- »Y terrible será mi juramento.
- »Llegará día en que los hijos todos
- »De los aqueos, en dolientes voces,
- »Por Aquiles suspiren, sin que pueda
- »Ya su espada salvarlos, aunque mucho
- Su triste suerte llores, cuando muertos
- »A manos de Héctor homicida caigan
- »Uno en pos de otro. Pesaroso entonces
- »Tú de no haber honrado al más valiente
- »De los aquivos todos, en el pecho
- »El alma sentirás despedazarse.»

Así habló Aquiles y arrojó por tierra  
 El regio cetro, que de clavos de oro  
 Estaba guarnecido, y el escaño  
 Volvió á ocupar. Agamenón el suyo  
 Dejaba ya para tomar venganza  
 Del hijo de Peleo: pero alzóse  
 El suavilocuo Néstor, de los pilios  
 Elocuente orador, de cuyos labios  
 Las palabras corrían aún más dulces  
 Que la miel. Este anciano, que en su tiempo  
 Viera morir en la opulenta Pilos  
 Las dos generaciones de los hombres  
 De articulada voz que de su infancia  
 Fueran y juventud los compañeros,  
 Y su cetro regía la tercera,  
 Así les dijo, cual varón prudente:  
 —«Este día, ¡oh dolor! día de llanto,  
 »Deberá ser para la Grecia toda.  
 »Y mucho ahora Príamo, y los hijos  
 »De Príamo también se alegrarían,

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

- »Y los demás troyanos, en su pecho,  
 »Grande placer sintieran, si entendiesen  
 »Que enemistados por querellas vanas,  
 »Os injuriáis así, cuando vosotros,  
 »Los primeros de todos los aquivos  
 »En el consejo sois y en la pelea.  
 »Pero escuchad mi voz, ya que sois ambos  
 »Más jóvenes que yo; pues otro tiempo  
 »Con héroes traté ya más esforzados  
 »Que vosotros, y no me despreciaban.  
 »No: jamás yo hombre viera, ni he de verlos,  
 »Como Pirotó, Briante, Exabio,  
 »Ceneo y Polifemo, comparable  
 »A un dios; ó cual Teseo, hijo de Egeo,  
 »El que á los inmortales semejava.  
 »Estos fueron los hombres más valientes  
 »Que la tierra, hasta ahora, ha producido;  
 »Pero, si muy valientes ellos eran,  
 »Pelearon con otros muy valientes  
 »Los centauros, del monte habitadores,  
 »Y horrible estrago en su escuadrón hicieron.  
 »Yo que de Epilos, tan lejana tierra,  
 »Vine llamado por aquellos héroes,  
 »A su lado asistí, y en la batalla  
 »Hice también de mi valor alarde;  
 »Y con aquellos monstruos, á fe mía,  
 »Ningún mortal de los que ahora viven  
 »Sobre la haz de la tierra pelearon:  
 »Y los héroes consejos me pedían;  
 »Y atentos escuchaban mi dictamen.  
 »Seguidlo, pues, vosotros, porque siempre  
 »Tomar el buen consejo es acertado.  
 »Ni tú, Agamenón, quites la esclava  
 »A Aquiles, aunque seas poderoso;  
 »Deja que la conserve, pues, en justo  
 »Premio de su valor se la otorgaron  
 »Los hijos de los griegos: ni tú, Aquiles,  
 »Rivalizar con el atrida quieras;  
 »Que honor al suyo igual ningún monarca  
 »Logró jamás, de cuantos llevan cetro,  
 »Y á quien Jove ensalzar haya querido.  
 »Si tú eres más valiente y una diosa  
 »Tienes por madre, el rey más poderoso  
 »Es porque impera sobre más guerreros.»  
 «Atrida, ahora tu furor reprime;  
 »Y, en adelante, ya no más airado

- »Con Aquiles estés, yo te lo ruego ;  
 »Que contra los estragos de la guerra  
 »Es el antemural de los aquivos.»  
 El rey Agamenón respondió á Néstor:  
 —«Anciano, hablaste cual varón prudente:  
 »Pero Aquiles intenta sobre todos  
 »Los otros ser, á todos dominarlos,  
 »Sobre todos mandar y en las batallas  
 »Ser de todos caudillo ; y á ninguno  
 »Obedecer querrá. Mas si los dioses  
 »Eternales le hicieron tan valiente,  
 »¿ Le permiten, acaso, que injuriosas  
 »Razones diga?» Interrumpiendo Aquiles  
 El discurso del Rey, así le dijo:  
 —«Vil y cobarde con razón sería  
 »Llamado yo si á los caprichos tuyos  
 »Cediera siempre. Sumisión tan baja  
 »De otros exige ; sobre mí no quieras  
 »Como jefe mandar ; que, desde ahora,  
 »Dejo de estar á tu obediencia y mando.  
 »Y nunca olvide la memoria tuya  
 »Lo que voy á decir. Por la cautiva  
 »No esgrimiré la espada, ni contigo,  
 »Ni con otro ninguno de los griegos ;  
 »pues vosotros, habiéndomela dado,  
 »Hoy ya me la quitáis. Mas de las otras  
 »Riquezas que se guardan en mis naves,  
 »Con todo este poder de que te jactas,  
 »Nada tú llevarás mal grado mío.  
 »Haz la prueba, si quieres, y los griegos  
 »Reconozcan también, pronto corriera  
 »Tu roja sangre de mi lanza en torno.»

Después de haber los dos así altercado  
 En iracundas injuriosas voces,  
 Alzáronse y la junta disolvieron,  
 Y á sus tiendas y naves con Patroclo  
 Y sus escuadras retiróse Aquiles.  
 El atrida, mandando que sacasen  
 Al mar la más velera de sus naos,  
 Veinte remeros escogió, y, en ella  
 La hecatombe que al dios se destinaba,  
 Mandó poner, y á la cautiva hermosa  
 Condujo por su mano hasta el navío:  
 Y el príncipe á llevarla destinado  
 Ulises fué, que se embarcó el postrero.  
 Apenas éstos las rizadas olas

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

A surcar empezaban, el atrida  
 Mandó, por bando, á los aquivos todos,  
 En santa lustración purificarse.  
 Así lo hicieron, y á la mar echando  
 Las impurezas, al airado Apolo  
 Ofrecieron solemnes hecatombes  
 De cabras y de toros en la orilla  
 Del indomable mar; y de las reses  
 El olor, en oscuros remolinos  
 Envuelto de humo, penetró hasta el cielo.  
 Mientras en esto el campo se ocupaba,  
 Agamenón, ejecutar ansiando  
 La fatal amenaza que en la junta  
 Antes hiciera al valeroso Aquiles,  
 En imperiosa voz así á Ataltibio  
 Y Eurfbates habló, que sus heraldos  
 Y sus ministros, diligentes eran :  
 «A la tienda de Aquiles de Peleo  
 »Id, y traedme, por la mano asida,  
 »A la hermosa Briseida. Si de grado  
 »Entregarla no quiere, yo á buscarla  
 »Con gente mucha iré, y este partido  
 »Más duro le ha de ser.» Estas razones  
 Dichas, los despidió; pero al mandato  
 Añadiendo terribles amenazas.  
 Ellos, mal grado suyo, por la orilla  
 Del mar se encaminaron; y venidos  
 Adonde los mirmídones tenían  
 Sus tiendas y bajeles, asentado  
 Junto á su pabellón y su navío  
 Encontraron á Aquiles que á su vista  
 No recibió placer. Turbados ellos,  
 Y del rey la persona respetando,  
 Inmóviles estaban, y ni hablarle  
 Osaban, ni decirle á qué venían;  
 Pero él lo conoció, y así les dijo :  
 —«¡ El cielo guarde vuestra vida, heraldos,  
 »Mensajeros de Jove y de los hombres !  
 »Acercaos; que yo ni de vosotros  
 »Quejarme debo, ni tenéis la culpa :  
 »La tiene Agamenón, que por la joven  
 »Briseida os envió. Caro Patroclo :  
 »Saca del pabellón á la cautiva,  
 »Y á los dos mensajeros se la entregas  
 »Para que la conduzcan: y ellos mismos  
 »Ante los bienhadados inmortales,

»Ante los hombres á morir sujetos,  
 »Y ante ese rey cruel, sean testigos  
 »Si algún día yo fuera necesario  
 »Para librar á los demás aqueos  
 »De su ruina total, porque á dañcosos  
 »Consejos él, cual si demente fuera,  
 »Abandonarse suele, y lo pasado  
 »Tener no sabe en cuenta, y lo futuro,  
 »Para que los aquivos en las naves  
 »Sin peligro combatan con los teucros.»  
 Así dijo, y Patroclo, al caro amigo  
 Obedeciendo, la cautiva hermosa  
 De la tienda sacó, y á los heraldos  
 Se la entregó. A las naves del atrida  
 Ellos se encaminaron, y la joven  
 Los siguió á su pesar. Después, Aquiles  
 Solo y amargas lágrimas vertiendo,  
 Se asentó, de sus tropas apartado,  
 Del espumoso mar en la ribera ;  
 Y, con dolientes voces, á su madre,  
 Fija la vista en el obscuro ponto  
 Y extendidas las manos, invocaba :  
 —«Madre—decía,—pues el ser me diste ;  
 »Ya que mi vida larga ser no puede,  
 »Honra, al menos, debía concederme  
 »El olímpico Júpiter tonante :  
 »Y ves cuán poco de mi honor se cura.  
 »El orgulloso Agamenón de Atreo  
 »Acaba de insultarme ; y la cautiva  
 »Que en premio del valor me fué otorgada,  
 »Quitándome á la fuerza y de su propia  
 »Autoridad, en su poder la tiene.»  
 La augusta madre, que en el hondo seno  
 Del mar estaba de su anciano padre  
 Sentada al lado, percibió sus voces ;  
 Y en raudo vuelo, de la mar undosa,  
 Salió á la orilla como niebla leve.  
 Y, acercándose al hijo, con la mano  
 Le acarició y le dijo, enternecida,  
 Estas palabras :—«¡ Hijo ! ¿ por qué lloras ?  
 »¿ Qué cuita siente el angustiado pecho ?  
 »Habla ; nada me ocultes, ¡ hijo mío !  
 »Y sepa yo de tu dolor la causa.»  
 Un profundo suspiro despidiendo,  
 Aquiles respondió :—«Bien lo conoces.  
 »¿ A qué fin, si de todo sabedora



## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

- »Eres, lo he de contar? Fuimos á Tebas,
- »Rica ciudad en que Etión reinaba ;
- »La saqueamos, el botín se trajo,
- »En justa división lo repartieron
- »De los aqueos entre sí los hijos,
- »Y la hermosa Briseida separaron
- »Para el de Atreo. A rescatar la joven
- »Luego su anciano padre, que de Apolo
- »Es sacerdote, á nuestro campo vino
- »Y espléndido rescate nos traía.
- »Y el áureo cetro en la siniestra mano
- »Y en la derecha la ínfula de Apolo,
- »A todos los aquivos suplicaba,
- »Y señaladamente á los atridas,
- »Caudillos ambos de la hueste griega.
- »Al escucharle, los demás aquivos,
- »En fausta aclamación, dijeron todos
- »Que al sacrificador se respetara,
- »Y el brillante rescate se admitiese ;
- »Pero al atrida Agamenón el voto
- »General no agradó, y al sacerdote
- »Con imperiosa voz y adusto ceño
- »Mandó que de las naos se alejase,
- »Y al precepto añadió las amenazas.
- »Retiróse el anciano muy sentido,
- »Pidió venganza al dios, le escuchó Apolo,
- »Porque le era muy caro, y á los griegos
- »Mortal lanzó saeta. Los soldados
- »En muy crecido número morían
- »Uno en pos de otro, y por doquier volaban
- »Las saetas del dios en el tendido
- »Campo de los aqueos. A nosotros,
- »Cuál el motivo del enojo fuese
- »Del Flechador, el adivino Calcas
- »Nos reveló: propuse yo el primero
- »La deidad aplacar, é ira terrible
- »Se apoderó de Agamenón. Alzóse,
- »Y, en su furor, me amenazó, y cumplida
- »Ha sido su amenaza. Los aquivos
- »A Crisa llevan en velera nao
- »La gallarda cautiva, y para Febo
- »Numerosa hecatombe ; y á mi tienda
- »Dos heraldos vinieron de la Atrida
- »Y la hermosa Briseida me quitaron,
- »Esclava que me dieron los aquivos.
- »Ahora tú, si como diosa puedes,

- »Del hijo amado las injurias venga.
  - »Sube al Olimpo, y del potente Jove
  - »La protección implora, si algún día,
  - »O con palabras, ó también con hechos,
  - »Favoreciste al soberano Jove.
  - »Yo te oí muchas veces de mi padre
  - »En los palacios gloriarte ufana,
  - »De que tú sola entre los dioses todos
  - »Al hijo de Saturno libertaste
  - »De gran calamidad, cuando querían
  - »Los otros dioses, y su misma esposa,
  - »Y Palas y Neptuno, con cadenas
  - »Atarle fuerte. Pero tú subiste
  - »Al cielo, diosa; y á piedad movida
  - »De que le aprisionaran, le librate
  - »Llamado habiendo á la anchurosa Olimpo
  - »Al terrible gigante de cien manos,
  - »A quien los dioses llaman *Briareo*
  - »Y Egeon todos los hombres. A su padre
  - »En fuerzas excedía; y orgulloso
  - »Con aquel grande honor, á la derecha
  - »De Jove se asentó, y las bienhadadas
  - »Deidades le temieron y no osaron
  - »Aprisionar al dios. Tú le recuerda
  - »Ahora aquel favor y le suplica,
  - »A su lado asentada y con la mano
  - »Asiendo sus rodillas, que á los teucros
  - »Quiera favorecer, y entre las naves
  - »Y el piélagos encerrar á los aquivos
  - »En pavorosa fuga, porque todos
  - »Del rey la culpa expían, y conozca
  - »El yerro Agamenón, que cometía
  - »Cando así con orgullosas voces
  - »El más fuerte de todos los aqueos.»
- Tetis le respondió, bañada en lloro:
- «Hijo mío, ¡ay de mí! ¿por qué, si en hora
- »Menguada te di el ser, criarte luego?
  - »¡ Si al menos yo te viera en estas naves
  - »Sin lágrimas, ni duelos, ya que el hado
  - »Breve plazo de vida y no muy larga
  - »Duración te otorgó!... Pero naciste
  - »Para vivir en existencia breve
  - »Y el más infeliz ser de los humanos
  - »¡ Ah! ¡ Con hado funesto yo la vida
  - »Te di en mi alcázar! ¡ Al nevado Olimpo
  - »Iré después á suplicar á Jove,

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

»El dios que el rayo formidable lanza,  
 »Y verá si me otorga lo que pides :  
 »Ahora, retirado á tus bajeles,  
 »Cesa de combatir, y de los griegos  
 »Así te venga. Ayer, al Oceano,  
 »Allá entre los etíopes famosos,  
 »Á un festín marchó Jove, y le siguieron  
 »Los dioses todos : volverá al Olimpo  
 »Al duodécimo día ; yo al celeste  
 »Alcázar subiré, fundado en bronce,  
 »Y al hijo de Saturno las rodillas  
 »Abrazaré ; y espero que benigno  
 »Oiga mis ruegos.» Retiróse Tetis,  
 Y al héroe dejó allí, que todavía  
 Respiraba furor al acordarse  
 De la hermosa cautiva que á la fuerza,  
 Y muy á pesar suyo, le robaron :  
 Y ya entonces la nave que llevaba  
 La sagrada hecatombe llegó á Crisa.  
 Así que entraron en el hondo puerto  
 Recogieron las velas : y en la nao  
 A un lado puestas y bajando el mástil  
 Con los cables de proa, en la crujía  
 Lo acomodaron. Y, después, á remo,  
 A la vecina costa encaminada  
 La nave, echaron anclas y á la orilla  
 La amarraron ; y alegres los aquivos  
 Desembarcaron en la corva playa,  
 Y la ofrenda sacaron para Febo.  
 Salió también de la velera nave  
 Criseida, y hasta el ara la condujo  
 Ulises ; y al ponerla entre las manos  
 Del caro padre, reverente dijo :  
 —«¡ Crises ! el adalid de las escuadras  
 »Griegas, Agamenón, aquí me envía  
 »La joven á traer, y de la hueste  
 »En nombre á Febo la hecatombe sacra  
 »Ofrecer y rogarle que benigna  
 »Se muestre su deidad que, á los aqueos  
 »Ha enviado la peste asoladora.»  
 Esto dicho, en las manos se la puso,  
 Y entre sus brazos la estrechó gozoso :  
 Y después los aquivos colocaron  
 En larga fila los hermosos bueyes  
 En torno al ara, que con arte mucho  
 Labrada fuera. La ablución hicieron,

Y la harina con sal teniendo pronta,  
Crises, en alta voz, y al ancho Olimpo  
Levantadas las manos, suplicaba.  
—«Escúchame—decía,—pues armado  
»Con el arco de plata, ha defendido  
»Siempre tu brazo á la región de Crisa  
»Y á la ciudad de Cila populosa,  
»Y de Ténedos numen poderoso  
»Eres. ¡ Ya que mis votos escuchaste,  
»Y estrago mucho por vengar mi ofensa  
»Hiciste en los aqueos, este día  
»Otórgame también lo que te pido.  
»De los danaos aleja ya la peste.»  
Así en humilde acento suplicaba,  
Y Febo le otorgó lo que pedía.  
Los aqueos también ardientes votos  
Dirigieron al dios; y rociadas  
Con la sal y la harina las cabezas  
De los robustos bueyes, sus cervices  
Hacia atrás inclinaron y el agudo  
Hierro las dividió. La piel quitada  
Y cortadas las piernas, con la pella,  
Puestas una sobre otra, las cubrieron,  
Y crudos trozos de las otras partes  
Esparcidos en ellas, el anciano  
Las quemó sobre rajas, dulce vino  
Encima derramando. Unos mancebos  
Que en torno le cercaban y tenían  
Luengos de cinco puntas asadores,  
En ellos las entrañas de las reses  
Enclavaron y al fuego las pusieron.  
Cuando la voraz llama consumido  
Hubo las piernas y gustado habían  
Ya las entrañas, en menudos trozos  
Dividieron el resto; y en punzantes  
Hierros clavados, con destreza suma,  
Los asaron, y luego de la lumbre  
Lo retiraron todo. La faena  
Acabada, y dispuesto ya el banquete,  
Las sillas ocuparon; y servido  
El sabroso manjar, en alegría  
Todos comieron de él. Y satisfecha  
El hambre ya y la sed, las grandes urnas  
Del vino los mancebos coronaron;  
Y la libación hecha, en hondas tapas  
A todos les servían. Fenecido

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENON

El alegre convite, los aqueos  
 Al irritado dios todo aquel día  
 Con religiosos himnos aplacaron:  
 Y el hermoso Pean, cantando ledos,  
 Del Flechador las glorias celebraban;  
 Y holgóse el dios al escuchar sus voces.  
 Luego que, oculto el sol, cubrió la tierra  
 La obscuridad, al sueño se entregaron  
 Cerca de las amarras de la nave:  
 Y cuando ya la aurora matutina  
 Sembró de rosas la región etérea,  
 Hacia el campo otra vez de los aquivos,  
 A bogar los remeros empezaron.  
 Y enviándoles viento favorable  
 Después Apolo, diligentes ellos  
 Levantaron el mástil, y la blanca  
 Vela tendieron, que con blando soplo  
 Henchía el viento, y las obscuras ondas,  
 En torno resonaban de la quilla  
 Al paso de la nave, que por medio  
 De las olas corría presurosa.  
 Así que al campo ya de los aquivos  
 Venido hubieron, de la mar sacaron  
 El bajel á la orilla; y en la arena,  
 Sobre largos espeques sostenidos  
 Habiéndole dejado, los remeros  
 Se entraron por las tiendas y las naves.  
 Desde entonces, el hijo valeroso  
 De Peleo, á las suyas retirado,  
 Comenzó su venganza, y ni á las justas  
 Do adquieren claro nombre los guerreros  
 Asistía jamás, ni á los combates;  
 Pero de estar ocioso consumía  
 Su corazón el tedio, y se acordaba  
 Del bélico clamor y la pelea.  
 Cuando ya de la aurora fué venida  
 la duodécima luz, los inmortales  
 Volvieron del Olimpo á las moradas  
 Unidos todos, y á su frente Jove.  
 Tetis, que no olvidaba los pesares  
 Del hijo amado, al clarear el día  
 Salió del hondo mar. Y al ancho cielo  
 Y al Olimpo llegada, encontró á Jove,  
 La deidad poderosa cuya vista  
 Al último confín del orbe alcanza,  
 Lejos sentada de los otros dioses

En la más alta cumbre de la sierra  
 Que forma del Olimpo los collares.  
 Acercóse la diosa, y asentada  
 Al lado del Saturnio, y sus rodillas  
 Asiendo humilde con la izquierda mano  
 Y elevada hacia el rostro la derecha  
 Al padre de los hombres y los dioses,  
 Así en doliente acento suplicaba:  
 —«¡ Oh padre Jove! si en aciago día  
 »Te libró mi valor, ó mi consejo,  
 »De que te aprisionaran las deidades,  
 »Otórgame este don: *del hijo mío,*  
 »*Que morir debe en juveniles años*  
 »*Vuelve por el honor.* De hacerle acaba  
 »El poderoso Agamenón de Atreo  
 »Pública ofensa, y la gallarda joven,  
 »Que le dieran los griegos le ha quitado  
 »De propia autoridad. Mas tú le vengas,  
 »Próvido Jove, del Olimpo dueño;  
 »Y vencedores haz á los troyanos,  
 »Hasta que al hijo mío desagravien  
 »Los griegos todos y de honor le colmen.»  
 Así dijo la diosa, y el Saturnio,  
 A cuya voz potente se amontonan  
 O disipan las nubes, pensativo  
 Nada le respondía. Al verlo Tetis,  
 Sin retirar la mano con que asiera  
 La rodilla del dios, á suplicarle  
 Volvió otra vez y dijo: «O me concede  
 »Lo que humilde te ruego, ó me lo niegas,  
 »Pues, temor no hay en tí; para que un día  
 »Llegue yo á conocer cuán despreciada  
 »Soy entre las deidades.» Y afligido  
 Jove, la respondió:—«Pesares hondos  
 »Me prepara este día; pues con Juno  
 »Harás que yo me irrite, si orgullosa  
 »En ásperas razones me zahiere:  
 »Que á la faz de los dioses inmortales  
 »Siempre querellas me suscita, y dice  
 »Que parcial favorezco á los troyanos  
 »En las batallas. Te retira pronto,  
 »Para que hablar conmigo no te vea:  
 »Concedido te es ya lo que me pides.  
 »Y para que no dudes, la temida  
 »Señal de aprobación con la cabeza  
 »Haré también, porque la más segura

»Prenda es que doy á los eternos dioses ;  
 »Y lo que yo con mi cabeza otorgo,  
 »No es revocable, ni falaz, ni falta.»  
 Dijo, y las cejas inclinó cerúleas,  
 El hijo de Saturno, y los cabellos  
 Divinos del Excelso se erizaron  
 En la inmortal cabeza, y el Olimpo  
 Inmenso estremeció. Ya consolada  
 Tetis, desde el Olimpo luminoso  
 Al mar saltó profundo ; á su palacio  
 Jove se encaminó. Cuando los dioses  
 Vieron que se acercaba, de las sillas  
 Se levantaron todos y á su padre  
 Salieron al camino ; que ninguno  
 Osó esperar á que llegado hubiese,  
 Y unidos todos á encontrarle fueron.  
 El ocupó su trono ; pero Juno,  
 Que no ignoraba, por haberla visto ,  
 Que con él el secreto departiera  
 La de argentados pies, Tetis, nacida  
 Del anciano del mar, á zaherirle  
 así empezó con injuriosas voces :  
 —«¿Cuál de los inmortales, ¡oh, doloso!,  
 »habló contigo ahora? Grato siempre  
 »Te fué lejos de mí y en clandestinas  
 »Juntas deliberar, y cariñoso  
 »Nunca me dices lo que hacer deseas.»  
 El padre de los hombres y los dioses  
 La respondió enojado:—«No tú esperes  
 »Saber cuanto yo trato ; muy difícil,  
 »Aunque seas mi esposa, te sería.  
 »Lo que tú debas entender, ninguno,  
 »O sea dios, ó de mujer nacido,  
 »Primero lo sabrá : lo que yo quiera  
 »Tratar sin la asistencia de los dioses,  
 »Nunca tú lo preguntes ni averigües.»  
 La augusta reina del Olimpo, Juno,  
 A Jove replicó:—«¿Qué pronunciaste,  
 »hijo terrible de Saturno? Pocas  
 »Preguntas hasta ahora yo te hiciera,  
 »Y poco tus designios he indagado ;  
 »Que nadie te importuna, cuando á solas  
 »Agitas en tu mente silenciosa  
 »Lo que piensas hacer. Mas este día  
 »Temo en el corazón que acaso Tetis  
 »Seducido te habrá ; porque á tu lado



Juno.





»Asentarse la vi muy de mañana /  
 »Y abrazar tus rodillas ; y recelo  
 »Que con firme señal la has prometido  
 »Que por vengar á Aquiles muchos dánaos  
 »Has de hacer que perezcan en las naves.»  
 Júpiter respondió :—«¡ Maligna diosa !  
 »De todo tú sospechas, y yo nunca  
 »De tí ocultarme puedo. Con tu enojo  
 »Nada conseguirás, sino alejarte  
 »Más de mi corazón. Si es como dices,  
 »Señal es que me place. Así, en silencio  
 »Permanece, y mis órdenes respeta.  
 »Guarda, no sea que los dioses todos,  
 »Cuantos son del Olimpio habitadores,  
 »Defenderte no puedan de mis iras,  
 »Si yo á tí me acercare y las terribles  
 »Invictas manos sobre tí pusiere.»  
 Así dijo : temió la hermosa Juno,  
 Y volviendo á ocupar el áureo trono,  
 Quedó en silencio, su altivez domando.  
 Los dioses celestiales se afligieron  
 De Jove en el alcázar ; y el ilustre  
 Artífice Vulcano, que á su madre  
 Quería consolar, así el primero  
 Entre ellos arengó :—«Muy poco gratas  
 »Las eternas mansiones insufribles  
 »A ser vendrán, si así de los mortales  
 »Por causa ambos reñís y entre los dioses  
 »Tumultos excitáis, ni en el sabroso  
 »Convite habrá placer, si la discordia  
 »En el Olimpo reina. Yo á mi madre,  
 »Aunque no de consejos necesita,  
 »Ahora rogaré que con palabras  
 »Dulces y cariñosas el enojo  
 »Calmar procure del Saturnio Jove,  
 »Para que más á contender no vuelva,  
 »Ni del festín la paz turbe enojada.  
 »Si el dueño del Olimpo, el que despide  
 »El relámpago ardiente, de estas sillas  
 »Arrojarnos quisiera... En poderío  
 »A todos nos excede. Sí : con blandas,  
 »Amorosas razones, de tu esposo  
 »Inclina el corazón ; que ya benigno  
 »Se nos mostrará Jove.» Estas palabras  
 Dichas, dejó su asiento, y á su madre  
 La copa de oro presentó, y la dijo :

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENON

—«Por más triste que estés, ¡oh madre mía!  
 »Devora tu dolor, y maltratada  
 »No te vean mis ojos; pues entonces,  
 »Aunque me eres tan cara y mucha pena  
 »Tendré yo, libertarte no podría:  
 »Que es peligroso resistir á Jove  
 »Ya otra vez que yo quise defenderte,  
 »De los umbrales me arrojó divinos  
 »Asiéndome del pie; y un día entero  
 »Llevado por los aires, en la costa  
 »Caí de Lemnos cuando el sol bajaba  
 »Ya al oceano en su veloz carrera  
 »Y un instante de vida yo tenía;  
 »Pero los sintios, que caerme vieron,  
 »De la tierra me alzaron presurosos.»  
 Sonrióse la bella diosa Juno,  
 Y sonriendo recibió en su mano  
 La copa que Vulcano la ofrecía;  
 Y él, alegre, sacando de las urnas  
 El dulce néctar, á los dioses todos  
 Le presentó, empezando por la diestra,  
 E interminable risa entre los dioses  
 Bienhadados se alzó, luego que vieron  
 Cómo Vulcano en el celeste Alcázar  
 Diligente servía y afanoso.  
 De este modo los dioses aquel día,  
 Hasta que ya la noche se acercaba,  
 El festín delicioso prolongaron,  
 Y servidos, al fin, en abundancia  
 Los sabrosos manjares, satisfecho  
 Su corazón quedó. Ni de la hermosa  
 Cítara carecieron, que tañía  
 Apolo; ni del canto que entonaban  
 Con dulce voz las musas, alternando.  
 Y cuando ya del Sol la luz fulgente  
 Se ocultó á sus alcázares, los dioses  
 Fueron á descansar, donde Vulcano  
 Silenciosas estancias les hiciera  
 Con primor extremado. El padre Jove  
 Pasó también al tálamo oloroso  
 Y blando lecho en que yacer solía  
 Cuando del dulce sueño poseído  
 Entregarse al descanso deseaba,  
 Y en él se reclinó. La hermosa Juno,  
 Dejando el áureo trono la postrera,  
 Subió también al lado del esposo.

## LIBRO SEGUNDO

La noche todas las demás deidades,  
 Y los guerreros de la hueste aquea,  
 Descansaron en plácido reposo ;  
 Sólo Jove del sueño la dulzura  
 A gustar no llegó. Porque agitado  
 En su mente solícito pensaba  
 Cómo vengar á Aquiles, y en las naves  
 A muchos destruir de los aquivos ;  
 Y el que le pareció mejor consejo ,  
 Fué enviar al mayor de los atridas  
 Un sueño engañoso. A su presencia  
 Le mandó pues, venir, y así le dijo :  
 —«Ve, sueño engañoso, á los bajeles  
 »De los aquivos, y en la tienda entrando  
 »Del rey Agamenón, fiel mensajero  
 »En clara voz mi voluntad le anuncia.  
 »Dile que saque ya de los aquivos  
 »Toda la hueste á general batalla  
 »Pues, acaso pudiera en este día  
 »Tomar la gran ciudad de los troyanos.  
 »Ya no están en dos bandos divididos  
 »Los inmortales que el Olimpo habitan ;  
 »Porque Juno, de todos con sus ruegos  
 »Inclinó el corazón, y á los troyanos  
 »Muchas calamidades amenazan.»  
 Así dijo ; y el sueño, apenas hubo  
 La voz oído, en vuelo vagaroso  
 A las tiendas bajó de los aqueos,  
 Y entrando en la del rey, le halló dormido,  
 Que dulce sueño le cercaba en torno.  
 Y acercándose al héroe, la figura  
 Tomó y el aire del prudente Néstor,  
 Por ser el capitán á quien honraba  
 Más el atrida que á los otros reyes,  
 Y así le dijo en cariñosas voces :  
 —«¡ Oh, hijo de Atreo, el campeón temido  
 »Y de caballos domador famoso !  
 »¿ Así duermes ahora ? No le es dado  
 »Al prudente caudillo á quien la hueste  
 »Ha sido confiada, y á quien cercan  
 »Raros cuidados, en profundo sueño  
 »Pasar la noche entera. Atento escucha  
 »Mi voz ahora, que del alto Jove

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

»Un mensajero soy: y aunque alejado  
 »De esta región en el Olimpo mora,  
 »Cuida de ti y se duele de tus males.  
 »El te manda sacar de los aquivos  
 »Toda la hueste á general batalla,  
 »Pues acaso pudieras este día  
 »Tomar la gran ciudad de los troyanos.  
 »Ya no están en dos bandos divididos  
 »Los inmortales que el Olimpo habitan,  
 »Porque Juno, de todos con sus ruegos  
 »Inclinó el corazón, y á los troyanos  
 »Con grandes infortunios amenaza  
 »El padre Jove. Lo que yo te digo  
 »Quede grabado en la memoria tuya,  
 »Y no lo olvides cuando ya tus ojos  
 »El dulce sueño abandonado hubiere.»  
 Dijo y desapareció: mas el atrida  
 Pensativo quedó, proyectos vanos  
 Agitando en su mente, que cumplidos  
 Nunca debían ser; y ya esperaba  
 De Príamo tomar en aquel día  
 La ciudad. ¡Insensato! Los futuros  
 Sucesos no sabía que el gran Jove  
 Entonces preparaba, y que á los griegos  
 Y á los troyanos dolorosas cuitas  
 Y profundos gemidos reservaba  
 Todavía en la guerra asoladora.  
 Sacudió al fin el sueño perezoso  
 Cuando aún resonaba en sus oídos  
 La voz divina y se asentó en el lecho;  
 Y delicada túnica se puso  
 Fina y nueva, y encima el ancho manto.  
 Y ajustando á los pies ricas sandalias  
 De los hombros colgó la cortadora  
 Espada, cuyo puño enriquecían  
 Clavos de plata. Y empuñando el cetro  
 De duración eterna que heredara  
 De sus mayores, á las otras naves  
 Con él se encaminó de los aqueos.  
 La divinal Aurora al vasto Olimpo  
 Subía ya para anunciar á Jove  
 El día y á los otros inmortales,  
 Cuando dijo el atrida á los heraldos  
 Que en resonante voz á los valientes  
 Guerreros de la Acaya convocasen  
 A junta. Ellos el bando pregonaron,

Y todos acudieron presurosos ;  
 Y en tanto que venían las escuadras,  
 En la nave de Néstor el consejo  
 Agamenón juntó de los caudillos  
 Y en secreta consulta les decía :  
 —«¡ Caros amigos ! escuchad ahora  
 »La visión celestial que en el silencio  
 »De la noche entre sueños he tenido.  
 »Venerable varón que en estatura,  
 »Augusta faz y continente grave,  
 »Al sabio Néstor semejaba mucho,  
 »Al lecho se acercó y así decía :  
 —«¡ Oh hijo de Atreo, el campeón temido  
 »Y de caballos domador famoso !  
 »¿ Así duermes ahora ? No le es dado  
 »Al prudente caudillo á quien la hueste  
 »Ha sido confiada, y á quien cercan  
 »Tantos cuidados, en profundo sueño  
 »Pasar la noche entera. Atento escucha  
 »Mi voz ahora que del alto Jove  
 »Un mensajero soy : y aunque alejado  
 »De esta región en el Olimpo mora,  
 »Cuida de ti y se duele de tus males.  
 »El te manda sacar de los aquivos  
 »Toda la hueste á general batalla,  
 »Pues acaso pudieras este día  
 »Tomar la gran ciudad de los troyanos.  
 »Ya no están en dos bandos divididos  
 »Los inmortales que el Olimpo habitan ;  
 »Porque Juno, de todos con sus ruegos  
 »Inclinó el corazón, y á los troyanos  
 »Con grandes infortunios amenaza  
 »El padre Jove. Lo que yo te digo  
 »Quede grabado en la memoria tuya.»  
 »Así la sombra dijo, y de la tienda  
 »Volando se alejó, y el dulce sueño  
 »Me abandonó también. Así, veamos  
 »Cómo sacar los hijos de la Grecia  
 »A general batalla. Yo, primero  
 »Con inocente ardid sus corazones  
 »Sondearé, mandando que en las naves  
 »Huyan de esta región ; pero vosotros,  
 »Unos por una parte, otros por otra,  
 »Hablades y decid que se detengan.»  
 Habiendo Agamenón así arengado,  
 Volvió á sentarse ; mas alzóse luego

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

Néstor, el rey de la arenosa Pilos,  
 Y así les dijo, cual varón prudente:  
 —«¡ Adalides y príncipes de Acaya!  
 »¡ Amigos! si algún otro de los griegos  
 »La visión nos contase, que fingía  
 »Dijéramos y horror nos inspirara;  
 »Mas la vió el héroe que la gloria tiene  
 »De ser el ejército el primero.  
 »Veamos, pues, á general batalla  
 »Cómo sacar los hijos de la Grecia.»  
 Así dijo el anciano y de la nave  
 El primero salió. Los otros reyes,  
 Su prudente dictamen aprobando,  
 Alzáronse también y le siguieron  
 Cuando ya los aquivos escuadrones  
 Al lugar de la junta concurrían.  
 Como de la hendidura de un peñasco  
 Sale de abejas numeroso enjambre,  
 Y otro, y otro le sigue, y luego todas  
 Baján arracimadas á las flores  
 Nacidas en la hermosa primavera  
 Y unas vuelan aquí y otras más lejos,  
 Así nuevos y nuevos combatientes  
 Salfan de las tiendas y las naves,  
 Y por hileras á la vasta orilla  
 Del mar se encaminaron; y la Fama,  
 De Jove mensajera, á que marchasen  
 Los aguijaba ardiente. Ellos al eco  
 De su voz acudían y en la junta  
 El tumulto reinaba, y por debajo  
 La ancha tierra gemía al gran ruído  
 Que las tropas hicieron al sentarse.  
 Todo era confusión; mas nueve heraldos  
 En alta voz dijeron que callasen,  
 Porque cesara al fin la gritería  
 Y atentos escuchasen á los reyes:  
 Y obedeciendo los aquivos todos,  
 Cuando ya los escaños ocuparon  
 Cesaron de gritar. Alzóse entonces  
 El poderoso Agamenón, y el cetro  
 En la diestra empuñaba que Vulcano  
 Labrado había para el padre Jove,  
 Y Jove del Olimpo al mensajero  
 En don se lo otorgó cuando la vida  
 A Argos quitara. Se lo dió Mercurio  
 Luego al valiente Pélope, y Atreo

Por los atridas, que cederlo tuvo  
 De Atreo lo heredó; pero vencido  
 Lo recibió de Pélope, y Tiestes  
 A Agamenón, porque con él rigiera  
 Sus muchas islas y el argivo imperio.  
 En él, pues, apoyado, estas palabras,  
 Que rápidas volaron, les decía:  
 —«¡ Ministros de Mavorte, heroicos griegos!  
 »¡ Caros amigos! El Saturnio Jove  
 »De gran calamidad me ha rodeado.  
 »¡ Cruel! un tiempo, con señal segura,  
 »Me prometiera que hasta haber rendido  
 »La fuerza de Ilión no tornaría:  
 »Y hoy, doloso y falaz, al patrio suelo  
 »Manda que vuelva sin honor ni gloria  
 »Cuando ya tanta gente ha perecido.  
 »Así lo quiere el iracundo numen  
 »Que de muchas ciudades las murallas  
 »Por tierra ha derribado, y todavía  
 »Otras quizá derribará su diestra,  
 »Que es grande su poder. Mas ¿qué deshonra  
 »Será la nuestra en los futuros siglos,  
 »Cuando se oiga decir que de los griegos  
 »Un ejército tal, tan numeroso,  
 »Está aquí inútilmente guerreando  
 »Con otro muy menor, sin que hasta ahora,  
 »Después de muchos años de combates,  
 »Quién ha de ser el vencedor se vea?  
 »Pues, si jurada con solemne rito  
 »La paz quisiesen griegos y troyanos  
 »Público alarde hacer de sus legiones  
 »Y en decurias los griegos repartidos  
 »Para cada decuria se escogiera  
 »Un troyano que el vino delicioso  
 »En las copas sirviese á los aqueos,  
 »A muchas el copero faltaría:  
 »Tanto en número exceden, lo aseguro,  
 »Los guerreros de Acaya á los troyanos  
 »Que dentro el muro de Ilión habitan.  
 »Pero los auxiliares que de tantas  
 »Ciudades tienen, y blandir briosos  
 »Saben la pica, de la guerra mucho  
 »El fin retardan, y asolar me impiden  
 »El fuerte muro de la antigua Troya.  
 »Nueve años del Gran Jove son pasados,  
 »Están ya carcomidas las maderas



## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

»Y deshechas las jarcias de las naves,  
 »Y en tanto en nuestras casas las esposas  
 »Y los tiernos hijuelos nos esperan  
 »En triste agitación; pero nosotros,  
 »Por dar cima á la empresa á que vinimos,  
 »En inútil porfía trabajamos.  
 »Obedecedme, pues, seguid mi ejemplo,  
 »Y á nuestra patria huyamos en las naves:  
 »Ya no podemos conquistar á Troya.»  
 Así dijo, y el ánimo en el pecho  
 A todos conmovió, cuantos no fueran  
 Del oculto proyecto sabedores.  
 Y el campo se agitó como las vastas  
 Olas del mar Icario cuando el Euro  
 Y el Noto las levantan, resonantes  
 Bajando de las nubes que amontona  
 La voz del padre Jove; é en estío  
 Como la espesa mies violento agita  
 Del impetuoso céfiro el embate,  
 Las débiles espigas inclinando.  
 Así movidas las falanges griegas,  
 Con militar estruendo presurosas  
 A las tiendas volvían, y del polvo  
 Densa nube en el aire levantando,  
 Unos á otros á voces se animaban  
 A aparejar solícitos las naves  
 Para lanzarlas á la mar inmensa.  
 Ya limpiaban los fosos y hasta el cielo  
 Llegaba la algazara estrepitosa  
 De los que á su país volver ansiaban,  
 Y las vigas enormes que las naves  
 En alto sostenían, afanosos  
 Quitaban. Y ya entonces los aqueos  
 Para volver á Grecia, se embarcaban  
 Mucho antes de los tiempos que el destino  
 Prefijados tenía, si á Minerva  
 No hubiera hablado así la diosa Juno:  
 —«¡Hija fuerte de Jove! ¿Y á su patria  
 »Así en cobarde fuga los aquivos  
 »Retornarán surcando la espaciosa  
 »Llanura de la mar, y por trofeo  
 »A Príamo dejando y á los suyos  
 »La argiva Elena por la cual en Troya,  
 »Lejos de su país tantos aquivos  
 »La muerte hallaron ya? Baja, Minerva,  
 »Al anchuroso campo de los griegos,

»Y hablando á todos con palabras dulces,  
»Procura detenerlos ; ni permitas  
»Que á la mar saquen sus veleras naos.»  
Obedeció Minerva y de las cumbres  
Del Olimpo bajando presurosa,  
A las naves llegó, y encontró á Ulises,  
A Jove en la prudencia comparable,  
Parado y sin tocar á sus bajeles,  
Porque oprimido el corazón tenía  
De tristeza y dolor, y así le dijo :  
—«¡ Oh prole de Laertes, sabio Ulises !  
»¿ Y así en las hondas naves embarcados,  
»Fugitivos iréis á vuestra patria  
»Y á vuestra casa todos, por trofeo  
»A Príamo dejando y á los suyos  
»La argiva Elena, por la cual en Troya,  
»Lejos de su país tantos aquivos  
»La muerte hallaron ya ? No te detengas ;  
»Recorre el vasto campo de los griegos,  
»Y con tus blandas, elocuentes voces  
»Detenerlos procura ; ni permitas  
»Que á la mar saquen sus veleras naos.»  
Así dijo, y Ulises de la diosa  
Conociendo la voz, el ancho manto  
En el suelo arrojó, que el itacense  
Euríates, heraldo que seguía  
Sus pasos, levantó, y hacia la playa  
Se encaminó veloz. Y habiendo hallado  
Al rey Agamenón, su regio cetro  
Este le dió, y con él de los aquivos  
Las tiendas y las naves recorría.  
Y si algún rey ó capitán ilustre,  
Encontraba, parándose á su lado,  
En cariñosas voces le decía :  
—«A ti no es dado, capitán valiente,  
»Cual cobarde temer. Tú no te embarques,  
»Y haz que sigan tu ejemplo las escuadras  
»Sumisas á tu voz ; pues con certeza  
»No conoces aún cuál es la mente  
»Del rey Agamenón. Acaso ahora  
»Sólo quiere explorar las intenciones  
»De los aquivos, y después su enojo  
»El sentir les hará : que en el consejo  
»No oímos todos bien lo que decía.  
»Guarda, no sea que después, airado,  
»Haga en las tropas ejemplar castigo ;

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

»Porque del rey la cólera es terrible.  
 »Su gloria y su poder vienen de Jove,  
 »Y Jove mucho le protege y ama.»  
 Si plebeyo varón hallaba acaso  
 Que en descompuesta voz alborotase,  
 Con el cetro á marchar hacia su tienda  
 Le agujaba y así le reprendía:  
 —«¡Infeliz!, no te muevas y en silencio  
 »La voz escucha de otros más valientes  
 »Que tú; pues ni guerrero, ni facundo,  
 »Por nada eres contado en la pelea  
 »Ni en las juntas: que todos los aquivos  
 »Aquí no tenemos de mandar. No es bueno  
 »El gobierno de muchos: uno solo  
 »El caudillo supremo y soberano  
 »De todos sea; aquél á quien el hijo  
 »Del anciano Saturno ha dado cetro  
 »Y regia autoridad para que mande.»  
 De esta manera, Ulises, cual si fuese  
 El supremo adalid de los aquivos,  
 El anchuroso campo recorría.  
 Y otra vez de las tiendas y las naves  
 A la junta vinieron las escuadras  
 Con inmenso clamor, como las olas  
 Del estruendoso mar, al estrellarse  
 Contra las rocas de la vasta orilla,  
 Braman furiosas y resuena el ponto.  
 Ya los demás estaban en silencio  
 Y ocupaban sus sillas, y obstinado  
 Gritaba aún el lenguaraz Tersites,  
 Que gran caudal tenía de injuriosas  
 Y groseras palabras con que necio  
 Insultar á los reyes insolente  
 Por sólo hacer reir á los aquivos;  
 Y era el hombre más feo y más deforme  
 De cuantos griegos á Ilión vinieran.  
 Bizco, y cojo de un pie, corvados lomos  
 Tenía y hacia el pecho recogidos,  
 En punta la cabeza, y como vello  
 Por la desnuda frente mal sembrada  
 Escasa cabellera. Odiado mucho  
 Era del fuerte Aquiles y de Ulises,  
 Porque siempre á los dos palabras duras  
 En las juntas decía; pero ahora  
 A Agamenón, en infamantes voces,  
 Con agudos chillidos insultaba.

Y aunque su avilantez los griegos todos  
 En secreto culpaban indignados,  
 Al poderoso rey, así decía:  
 —«¡ Oh, hijo de Atreo! Di, ¿por qué te quejas?»  
 »¿De qué careces? De precioso bronce  
 »Llenas están tus naves, y pobladas  
 »Tus tiendas de mujeres escogidas,  
 »Que á ti el primero damos los aquivos  
 »Cuando alguna ciudad hemos tomado.  
 »¿O ya el oro codicias que te traiga  
 »Un opulento habitador de Troya  
 »En rescate del hijo á quien yo acaso,  
 »U otro de los aquivos, prisionero  
 »Hiciera en la batalla? ¿O una joven  
 »Con quien unirte en amoroso lazo  
 »Contra su voluntad? Intolerable  
 »Es, atrida, que tú, siendo su jefe,  
 »Hayas precipitado á los aquivos  
 »En tales desventuras. ¡Y vosotros!  
 »¡ Cobardes, sin honor, que apellidaros  
 »Aqueas y no aqueos deberíais!...  
 »Volvamos en las naves á la patria,  
 »Y quede sólo aquí, bajo los muros  
 »De Troya, Agamenón. Aquí devore  
 »Sus rapiñas y vea si nosotros  
 »Útiles auxiliares hemos sido:  
 »Ya que ahora aun á Aquiles, un guerrero  
 »Muy más valiente que él, así ha ultrajado  
 »Quitándole á la fuerza su cautiva.  
 »Mas Aquiles ni cólera en el pecho  
 »Tiene, ni cuida de tomar venganza  
 »Del agravio. Si no, la vez postrera  
 »Esta sería que insultado hubieses,  
 »¡ Oh hijo de Atreo! » Con injurias tales  
 A Agamenón, caudillo de las tropas  
 Zahería Tersites; pero pronto  
 Airado Ulises se acercó, y ceñudo  
 Mirándole, con ásperas razones  
 Así le reprendió su demasía:  
 —«Tersites, importuno vocinglero!  
 »Por más que seas orador facundo,  
 »Sella el labio, y no quieras con los reyes  
 »Tú solo contender, siendo de todos  
 »Cuantos mortales á Ilión vinimos  
 »Con los hijos de Atreo el más cobarde,  
 »No vuelvas nunca á pronunciar ósado

»El nombre de los reyes, ni baldones  
 »Les digas, ni hables más de retirada ;  
 »Pues aun no conocemos claramente  
 »Cómo las cosas dispondrán los hados,  
 »Ni si los fuertes hijos de la Grecia  
 »En triunfo volverán á sus hogares  
 »O en vergonzosa fuga. Sí, maligno :  
 »Esta penosa incertidumbre es causa  
 »De que al atrida Agamenón te atrevas,  
 »Siendo de todos adalid supremo,  
 »A echar en cara que riqueza mucha  
 »Le han dado generosos los aquivos,  
 »Mientras que tú, con injuriosas voces,  
 »En públicas arengas le zahieres.  
 »Pero te anuncio y lo verás cumplido,  
 »Que si otra vez te encuentro como ahora,  
 »A tan loca osadía abandonado,  
 »Ni su cabeza más sobre los hombros  
 »Conserve Ulises, ni llamado sea  
 »De Telémaco padre, si la fuerte  
 »Diestra no pongo en ti, y de los vestidos  
 »No te despojo todos y á las naves  
 »No te obligo á volver triste llorando,  
 »Después de haberte en afrentosos golpes  
 »Ennegrecido el cuerpo.» Así le dijo,  
 Y el poderoso cetro levantando,  
 En la gibosa espalda y en los hombros  
 Hirióle. El se encogió y por sus mejillas  
 Muchas y amargas lágrimas corrieron,  
 Y lívidas señales, que los golpes  
 Le hicieran, sus espaldas afearon.  
 Pero, al fin, se sentó, sobrecogido  
 De temor, y con rostro macilento,  
 Mirando á todos, enjugó su llanto.  
 Los demás griegos, aunque muy sentidos,  
 No pudieron tener la dulce risa,  
 Y hubo alguno que dijo al más cercano :  
 —«¡ Eternos dioses ! Infinitos bienes  
 »Al ejército Ulises hecho había,  
 »Ya dándonos consejos saludables,  
 »Ya ordenando las haces con destreza ;  
 »Pero el mayor de todos hizo ahora  
 »Con imponer silencio al insolente  
 »Y gárrulo Tersites. Este necio  
 »Ya no se atreverá, descomedido,  
 »A injuriar con denuestos á los reyes.»

Así en la multitud se discurría.  
Alzóse en tanto el valeroso Ulises  
Con el cetro en la diestra; y á su lado,  
A un heraldo en el rostro asemejada,  
Se colocó Minerva, y á las tropas  
Mandó callar para que oyesen todos,  
Del último al primero sus palabras,  
Y comprender pudieran sus razones;  
Y él así dijo, cual varón prudente:  
—«¡Excelso Agamenón! Este es el día  
»En que á la faz de los mortales todos  
»Con eterno baldón amancillarte  
»Quieren los griegos, y cumplir rehusan  
»La solemne promesa que te hacían  
»Cuando desde las fértiles comarcas  
»De Argos aquí vinieron. Animosos  
»Te juraban entonces que á la Grecia  
»No volverían hasta haber rendido  
»La fuerza de Ilión; y como flacos  
»Tiernos infantes, ó dolientes viudas,  
»Ya en tímido lamento se querellan  
»Unos con otros, y á su patria vuelven  
»Todos la vista. Doloroso es mucho  
»Que, triste el corazón, á nuestros lares  
»Hayamos de tornar; pero si vemos  
»Que el navegante, si alejado vive  
»Un solo mes de la consorte amada,  
»En su nave se aburre y se impacienta  
»Porque los huracanes del invierno  
»Y el mar alborotado le detienen,  
»No debemos culpar á los aquivos,  
»Si, ya cansados de tan larga ausencia,  
»Por la vuelta suspiran; pues con éste  
»Nueve los años son desde que á Troya  
»El ejército vino. Y vergonzoso  
»Es también que después de tantos años,  
»Sin tomar la ciudad nos retiremos.  
»Tolerad, pues, amigos, y más días  
»Permaneced aquí, porque veamos  
»Si son ciertas ó no, las predicciones  
»Del adivino Calcas. En memoria  
»Aun tenemos (y todos sois testigos,  
»Salvo los que la Parca se ha llevado)  
»Que un día, cuando en Aúlida las naves  
»Se reunían, de la Grecia toda  
»Para traer á Príamo los suyos

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENON

- »Muerte y asolación, y de una fuente  
 »Cerca nosotros, en diversas aras,  
 »Humildes á los dioses inmortales  
 »Solemnes hecatombes ofrecimos  
 »Bajo un hermoso plátano que el agua  
 »Regaba de la fuente cristalina;  
 »Sabéis, digo, que allí, raro portento,  
 »Se ofreció á nuestra vista. Un espantoso  
 »Dragón cuyas espaldas matizaban  
 »Hórridas manchas de color de sangre,  
 »Lanzado fué á la luz por el Saturnio;  
 »Y por bajo de una ara impetuoso  
 »Salido habiendo, por el tronco arriba  
 »Del plátano trepó. Y en lo más alto,  
 »Hallando de una rama entre las hojas,  
 »Ocultos y temblando, con la madre  
 »Ocho recién nacidos pajarillos,  
 »Allí mismo el dragón desapiadado  
 »Los ocho devoró. Chillaban ellos;  
 »Y la doliente madre los plañía,  
 »En torno revolando; mas la sierpe  
 »La cogió entre sus roscas por el ala,  
 »Y en medio sus quejidos lastimeros,  
 »La devoró también. Y apenas hubo  
 »Devorado los hijos y la madre,  
 »El mismo dios que aparecer le hiciera,  
 »Mostró en él un prodigio; pues en dura  
 »Piedra le transformó el Saturnio Jove.  
 »Inmóviles admirábamos nosotros  
 »Caso tan peregrino; pero Calcas,  
 »Viendo de qué manera prodigiosa,  
 »Interrumpidas por el monstruo horrible,  
 »Fueran las hecatombes de los dioses,  
 »Reveló del destino los arcanos.  
 —«¿ Por qué—decía—enmudecéis? ¡oh griegos!  
 »Este prodigio del potente Jove  
 »La voluntad nos muestra, que cumplida,  
 »Aunque tarde, será; pero la fama  
 »Del triunfo que los hados nos reservan  
 »No acabará jamás. Como la sierpe  
 »Se ha tragado los ocho pajarillos,  
 »Y la madre también, así nosotros  
 »Nueve cumplidos años á la vista  
 »De Troya pasaremos peleando,  
 »Y al décimo, por fin, la tomaremos.»  
 Así Calcas hablaba, y ya se acerca

El tiempo de cumplirse el vaticinio.  
 «Esperad, pues, aquí, griegos valientes,  
 »Hasta que llegue el día en que tomemos  
 »La capital de Príamo espaciosa.»  
 Así dijo, y los griegos, alabado  
 Del elocuente Ulises el discurso,  
 Levantaron inmensa gritería,  
 Y las cóncavas naves los clamores  
 De los aquivos en terribles ecos  
 En torno repetían; pero el sabio  
 Néstor alzóse pronto y la ruidosa  
 Aclamación interrumpió, y les dijo:  
 —«¡ Vosotros, oh dolor! cual rapazuelos  
 »Que de lides y guerras no se curan  
 »Aquí estáis arengando. ¿A dó son idos  
 »Los tratados y fieles juramentos?  
 »¿ Habrán desaparecido con el humo  
 »Del fuego que abrasó las hecatombes,  
 »Las frecuentes consultas, los afanes  
 »De los guerreros, y la fe jurada  
 »Con puras libaciones en que todos  
 »Vivimos confiados? ¿Y así, necios,  
 »En ociosas contiendas altercamos?  
 »Y habiendo tantas horas consumido  
 »En prolijas arengas, ¿un consejo  
 »No se hallará acertado que termine  
 »La división fatal de pareceres?  
 »¡ Hijo de Atreo! tú, como hasta ahora,  
 »En adelante á los argivos guía  
 »Con firme imperio á las sangrientas lides,  
 »Y deja que de envidia se consuman  
 »Uno ó dos, y del resto separados  
 »De los demás aquivos deliberen  
 »(Y ni aun así conseguirán su intento),  
 »Sobre tornar á Acaya antes que vean  
 »Si la palabra del excelso Jove  
 »Fué ó no engañosa. Porque yo no dudo  
 »Que de Saturno el hijo omnipotente  
 »Nos otorgó propicio la victoria,  
 »El día que los hijos de los griegos  
 »En las veleras naves se embarcaron  
 »Para traer asolación y muerte  
 »A los troyanos todos: que á la diestra  
 »Hizo arder el relámpago brillante,  
 »En él mostrando favorable auspicio.  
 »Nadie, pues, á su patria se apresure



## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

- »A volver hasta que haya de un troyano
  - »Folgado con la esposa, y que de Elena
  - »El robo haya vengado y los gemidos.
  - »Y si hay alguno que á los patrios lares
  - »Ya volver quiera en fuga vergonzosa,
  - »Atrévase á tocar á sus bajeles,
  - »Y el primero será que en prematura
  - »Muerte descienda á la región sombría.
  - »Y tú, adalid supremo, por ti mismo
  - »Prudente nos gobierna, y de los otros
  - »Los consejos escucha. Así este día
  - »No será inútil lo que yo dijere.
  - »El numeroso ejército divide
  - »En varias tribus, y reparte luego
  - »Cada tribu en centurias; de manera
  - »Que una centuria ó la cercana apoye,
  - »Y una tribu á otra tribu. Si lo hicieres,
  - »Y tu voz obedecen los aquivos,
  - »Estando divididas las escuadras,
  - »Claro entonces verás cuál de los jefes
  - »Y cuál de los soldados animoso
  - »O cobarde se muestra en la batalla,
  - »Y si es la voluntad de las deidades
  - »La que te impide conquistar á Troya,
  - »O bien la cobardía del soldado
  - »Y su impericia en la marcial pelea.»
- Al sabio Néstor respondió el atrida:
- «¡Anciano! Mucho en elocuencia á todos
- »Los hijos de los griegos aventajas.
  - »Y ojalá, padre Jove, Palas, Febo,
  - »Que entre todos los príncipes de Grecia
  - »Otros diez consejeros yo tuviese
  - »Tan sabios como tú! No tardaría
  - »La ciudad del rey Príamo sus muros
  - »En humillar al suelo, conquistada
  - »Y destruída por el fuerte brazo
  - »De los aquivos. Pero amargas penas
  - »Me envió airado Jove, y me suscita
  - »Inútiles querellas y disputas.
  - »Así, Aquiles y yo por una esclava
  - »Habemos iracundos altercado
  - »Con injuriosas voces, y el primero
  - »Yo le insulté. Pero si, ya olvidada
  - »La contienda fatal, nos reunimos,
  - »Ni un solo instante la final ruína
  - »Dilatada será de los troyanos.

»Id, pues, ahora á reparar las fuerzas  
»Con sabrosos manjares y con vino,  
»Para que la batalla comencemos.  
»Uno afile su lanza, otro aderece  
»El escudo, otro dé pasto abundante  
»Al ligero bridón, requiera el otro  
»En torno el carro, y á la lid sangrienta  
»Apercíbanse todos; que este día  
»Del triste Marte el combatir insano  
»Ha de durar, sin el menor reposo,  
»Hasta que la tiniebla de la noche  
»Separe los briosos combatientes.  
»Y mucho en torno al pecho las correas  
»De los broqueles en sudor teñidas  
»Serán, mucho la mano fatigada  
»Al peso de la pica, y los caballos  
»Hoy mucho sudarán cuando anhelosos  
»Los grandes carros rápidos arrastren.  
»Si yo viere que alguno en los navíos  
»Lejos de la batalla se ha quedado  
»Por cobardía, le será difícil  
»Evitar que los perros su cadáver  
»Devoren y las aves de rapiña.»  
Así habló, y los aquivos, espantoso  
Clamor alzaron, como en alto risco  
Que prominente en elevada costa  
Se adelanta hacia el mar, y á quien las aguas  
Combaten siempre en derredor bramando  
Al soplo de los vientos, gran ruido  
Hacen las olas cuando airado el Noto  
Las impele y las rompe entre sus puntas.  
Y luego á sus bajeles y á sus tiendas  
Se encaminaron y encendieron lumbre;  
Y en ranchos divididos, con sabrosos  
Alimentos las fuerzas repararon.  
Y unos á esta deidad, y otros á aquella  
Sacrificaban, suplicando humildes  
Que del estrago de la guerra insana  
Los libertasen y la negra muerte.  
Agamenón, al poderoso Jove  
Un corpulento buey de cinco abriles  
Por víctima ofreció, y al sacrificio  
Convidó á los primeros capitanes  
De todas las escuadras de la Grecia:  
A Néstor, al cretense Idomeneo,  
A los Ayaces, de Tideo al hijo,

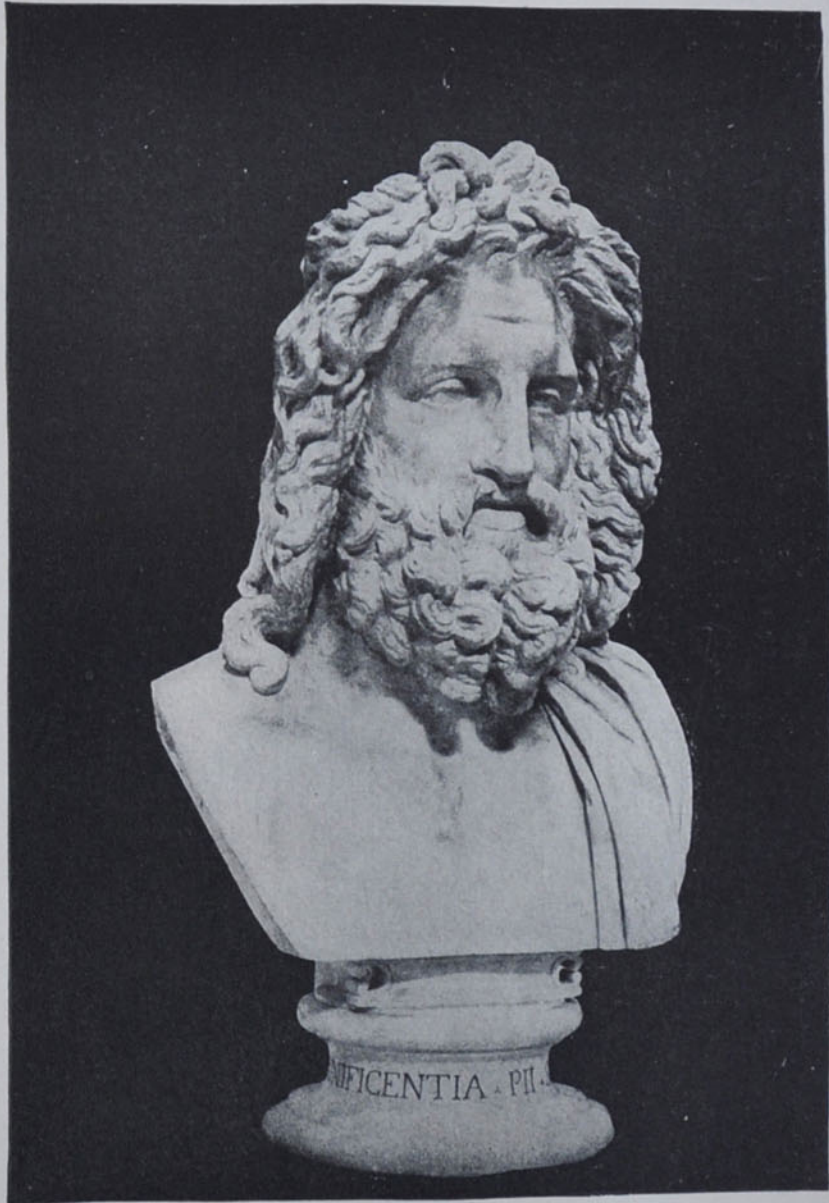
## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

Y con ellos á Ulises. Menelao  
 Vino también sin que llamado fuese,  
 Porque bien conoció que un sacrificio  
 Su hermano ofrecería. Colocados  
 En torno de la víctima los reyes  
 Y la harina con sal teniendo pronta,  
 Así el potente Agamenón rogaba:  
 —«¡Glorioso Jove Máximo, que el éter  
 »Habitas, y las nubes al sonido  
 »De tu voz ó disipas ó amontonas!  
 »Otórgame piadoso que primero  
 »Que el sol se oculte y la tiniebla obscura  
 »Sobrevenga, á ceniza reducido  
 »De Príamo el alcázar caiga al suelo,  
 »Y el fuego abrasador rompa su puerta;  
 »Y haz que mi pica la coraza fuerte  
 »De Héctor sobre su pecho despedace,  
 »Y que á su lado los guerreros todos  
 »De sus escuadras, en el polvo hundidos  
 »Muerdan la tierra.» El poderoso atrida  
 Así rogó, pero el Saturnio Jove  
 No escuchaba sus votos; y aunque grata  
 La víctima le fuera, duradero  
 Afán le reservaba y doloroso.  
 Hecha ya la ablución, y con la harina  
 Y la sal rociada la cabeza  
 Del buey hermoso, su robusto cuello  
 Hacia atrás inclinaron, y el agudo  
 Hierro le dividió. La piel quitada  
 Y cortadas las piernas con la pella,  
 Puestas una sobre otra, las cubrieron;  
 Y crudos trozos de las otras partes  
 En ellas esparcidos y extendidas  
 Sobre ramas en hojas, las quemaron;  
 Y en luengos asadores enclavadas  
 Las entrañas, al fuego las pusieron.  
 Cuando la voraz llama consumido  
 Hubo las piernas, y gustado habían  
 Ya las entrañas, en menudos trozos  
 El resto dividido y en punzantes  
 Hierros clavados, con destreza suma  
 Los asaron, y luego de la lumbre  
 Lo retiraron todo. La faena  
 Acabada y dispuesto ya el convite,  
 Las sillas ocuparon, y servidos  
 Los sabrosos manjares á los reyes,

Gratos fueron á todos. Satisfechas  
El hambre ya y la sed, así el anciano  
Prudente Néstor, el primero dijo:  
—«¡Glorioso atrida, soberano jefe  
»De los aquivos! un instante solo  
»No demos ya al descanso, ni más tiempo  
»Dilatemos el triunfo que este día  
»Jove nos quiere dar. Di que las naves  
»Recorran los heraldos, y en sonora  
»Voz congreguen las haces; y nosotros  
»Vamos unidos por el ancho campo,  
»Y el combate empecemos sin tardanza.»  
Así habló; y el atrida su dictamen  
Dócil oyendo, á los heraldos dijo  
Que en resonante voz los escuadrones  
Todos de los aqueos convocasen  
A general batalla. Pregonado  
El bando, los aquivos acudieron;  
Y el atrida y los reyes que asistían  
A su lado las huestes ordenaban.  
Entre tanto Minerva, impetuosa,  
Embrazando el escudo relumbrante  
De la égida inmortal que no envejece  
Ni tiene precio, y de la cual pendían  
Cien hermosos borlones de oro puro,  
Cada uno de los cuales igualaba  
El valor de cien bueyes, á los griegos  
Solicita aguijaba á que marchasen.  
Y á todos en el pecho heroico brío  
Infundía, y valor y ardiente anhelo  
De continuos combates y batallas;  
Y á todos ya la guerra muy más dulce  
Les parecía que al hogar paterno  
Volver entonces en las hondas naves.  
Como el fuego voraz rápido corre  
Por dilatada selva en las alturas  
Del monte, y á lo lejos se divisa  
Inmenso resplandor, no de otro modo,  
Al marchar las falanges de la Grecia,  
Del metal reluciente el claro brillo  
Llegaba al cielo atravesando el éter.  
Y cual en raudo vuelo las bandadas  
De chilladoras aves, como grullas,  
Gansos ó cisnes de alongado cuello,  
En la verde pradera que á la crilla  
Se extiende del Caistro por el aire

## CONTIENDA DE AQUILES Y AGAMENÓN

Discurren bulliciosas, y las alas  
Tienden alegres y con gran ruido  
Al fin se posan y retumba el prado,  
Así desde las tiendas y las naves  
Las diversas escuadras de los griegos  
Se derramaban por la gran llanura  
Que riega el Escamandro. Y en terrible  
Estruendo resonaba la ancha tierra  
Bajo sus pies, y por el casco herida  
De tantos alazanes. Y venidos  
A la florida vega que la margen  
De la corriente ciñe, hicieron alto  
Tan numerosos como son las hojas  
Y las flores que nacen cuando vuelve  
La templada estación de primavera.  
Cuantos son los enjambres voladores  
De moscas que en espeso remolino  
Las mañanas de abril vagan errantes  
Por las majadas, cuando ya la leche  
Los hondos tarros abundosa riega;  
Tantos y tantos eran los aqueos  
Que contra los troyanos caminaban,  
Y entonces en el llano detenidos  
La señal impacientes atendían  
Para romper sus densos escuadrones.  
Y así como en los hatos numerosos  
De cabras los pastores diligentes  
Las suyas reconocen, aunque errantes  
Por el prado tal vez mientras pacían  
Ya mezcladas estén unas con otras,  
Así los jefes de la hueste aquea  
Entonces sus guerreros separaban,  
Y en diversas escuadras repartían,  
Para que á la pelea caminasen.  
Era el primero Agamenón potente,  
Que en la cabeza y faz majestuosa  
A Júpiter tonante semejaba,  
En los fornidos hombros á Neptuno,  
Y á Marte en el valor. Cual entre todas  
Las reses sobresale en la vacada  
El toro corpulento, que descuella  
Por encima las vacas y novillos,  
Tal entre muchos héroes aquel día  
El rey Agamenón brillaba airoso,  
Porque Jove la gloria y el respeto  
En torno de él había derramado.



Júpiter.



## AGAMENÓN

POR ESQUILO

**ESQUILO.**—El más antiguo de los poetas trágicos griegos; nació en Eleusia (Atica), en el año 525 antes de Jesucristo. Combatió en las batallas de Maratón, de Salamina y de Platea, y á los veinticinco años se reveló ya como autor de tragedias; pero no obtuvo un primer premio hasta el año 485. Conservó la supremacía en su arte hasta que fué derrotado por su joven competidor, Sófocles; entonces se retiró disgustado á Gela, en Sicilia (año 459 antes de nuestra era), donde murió pocos años después. Esquilo ha sido llamado «el Padre de la Tragedia Griega» á causa de las muchas modificaciones que introdujo en beneficio de la forma del drama. De sus setenta tragedias no nos han quedado más que siete: *Los Persas*, *Los Siete contra Tebas*, *Las Suplicantes*, *Prometeo encadenado* y la famosa *Orestíada*, trilogía compuesta de *Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*.

**CLYTEMNESTRA.**—Amado mío: apéate ya de ese carro; mas no pongas en el suelo, ¡oh, rey! la planta que ha hollado á la devastada Ilión. Esclavas: ¿cómo tardáis en hacer vuestro oficio y cubrir de alfombras la carrera? Al punto tiéndase de rica púrpura el camino que ha de seguir hasta la mansión que ya no esperaba recibirle. Que se le haga el acogimiento que pide la justicia. Lo demás que el Destino tiene decretado, queda á mi cuidado vigilante, que lo dispondrá á su hora con la ayuda de los dioses.

**AGAMENÓN.**—Hija de Leda, guarda de mi casa: cierto que tu discurso se asemejó á mi ausencia; largamente has hablado. Mas si es que en justicia merezco yo esas alabanzas, tal honor debía venir más bien de los extraños. Por otra parte, no me trates muellemente, á lo mujer, ni me recibas á estilo de rey bárbaro con voces descompasadas y serviles adoraciones. No quieras hacer odiosa mi entrada en la ciudad, tendiendo á mi paso espléndidas alfombras. Hónrese á los dioses con esos homenajes, que á ellos les son debidos; ¡pero un mortal caminar sobre rica y bordada púrpura! Jamás podría yo hacerlo sin temblar. Como á hombre y no como á dios, quiero que se me honre. La fama pública ya mi gloria sin necesidad de lujosos estrados; y, en fin, la modestia es el don más precioso de los dioses. Dichoso, tan sólo se puede llamar á aquél que acaba su vida en serena bienandanza. Si



en todo obrase yo como ahora, bien podía esperar un fin afortunado.

CLY.—No te opongas á lo que es mi voluntad.

AGA.—Ten por seguro que no quebrantaré mi resolución.

CLY.—¿Por ventura hiciste voto de obrar así, temiendo á los dioses?

AGA.—Al anunciar mi resolución sé bien por qué lo hago.

CLY.—A dar cima á lo que tú has alcanzado, ¿qué te parece á ti que hubiese hecho Príamo?

AGA.—Páreceme que sin dudar habría hecho su entrada sobre alfombras.

CLY.—Déjate de tímidos respetos á la censura de los hombres.

AGA.—¡ Es tan poderosa la voz del pueblo !

CLY.—No es digno de envidia el que no es envidiado.

AGA.—Ni propio de una mujer andar deseosa de disputa.

CLY.—Pero sí le sienta bien al afortunado dejarse vencer.

AGA.—En fin, qué, ¿en tanto estimas tú la victoria en esta contienda?

CLY.—Cede á mis ruegos. Déjame de buen grado esta victoria.

AGA.—Pues que así te place, que me desaten luego, al punto, este calzado, que va sufriendo servil el peso de mis pies. No quiero que ninguno de los dioses lance sobre mí desde los altos cielos una mirada de odio al verme caminando sobre esas alfombras de púrpura. Grande vergüenza sería para mí enviciar mi cuerpo, hollando con mi planta la opulencia de esos ricos tejidos á subidísimo precio comprados. Y basta de esto.—Recibe bondadosa á esta extranjera. (*Señalando á Casandra*). Propicios miran los dioses, desde la cumbre donde moran, al que sabe mandar con dulzura ; que nadie se somete de voluntad al yugo de la esclavitud. Esta cautiva, que me acompaña, es la flor escogida para mí entre multitud de riquezas : el presente que me ha hecho el ejército.—Y pues mudé de resolución por complacerte, vamos, y entremos en palacio pisando púrpuras.

CLY.—Ahí está el mar, donde se forma el manantial perenne y abundoso de la púrpura preciosísima con que se tiñen estas alfombras ; y ¿quién habrá que piense en agotarle? Además, señor, gracias á los dioses, nuestra casa abunda en tales tesoros, y nunca supo lo que es pobreza. Y ¡ cuántos ricos tapices no hubiese hecho voto de destrozar bajo mis pies á haberme dicho los oráculos que

éste era el precio de tu salvación y de tu vuelta, alma querida! Que mientras viven las raíces, las ramas florecen y suben hasta lo alto de la casa, y con la sombra de sus hojas la guarecen de los ardores de la canícula. Y vuelto tú al hogar, tu sola presencia, amo y señor de esta casa, es rayo de sol que abriga en el invierno; frescor suave que refrigera cuando Zeus hace cocer el vino en el seno de la verde uva. ¡ Zeus! ¡ oh, Zeus, por quien todas las cosas llegan á su fin: haz que se cumplan mis votos; vela por que se consume lo que ya tienes decretado! (*Vanse Agamenón y Clytemnestra.*)

CORO.—¿ Por qué este triste y tenaz presentimiento que asalta mi corazón, y le llena de adversos presagios? ¿ Qué voz es ésta adivina, que contra mi voluntad y sin razón alguna resuena en mi alma, que no la puedo desechar como se desecha obscuro sueño, ni hacer que la confianza firme tome posesión de mi pecho? Y sin embargo, pasó ya largo tiempo desde que nuestras naves echaron las amarras en la playa arenosa, y nuestros guerreros se lanzaron contra Ilión.

Estoy viendo su vuelta, la estoy viendo con mis propios ojos; yo mismo he sido testigo de ella, y con todo, el alma, llevada de natural inspiración, canta dentro del pecho un triste himno que la lira no acompaña; la canción de Erina, y no quiere entregarse confiada á la dulce esperanza. No es traidor el corazón, y esta agitación y esta angustia que le ahogan, son anuncios ciertos de lo que tiene que suceder. ¡ Permita el cielo que me engañe y que no se cumplan mis temores! Triste fin tiene la salud más robusta; que de continuo está aguijando la enfermedad, que vive vecina, pared por medio de ella. El destino del hombre marcha derecho y sin tropezar hasta que se estrella en invisible escollo. Así, el prudente que teme por sus riquezas arroja con tino parte de la carga, y ya no se pierde toda su hacienda por sobra de peso, ni la nave se sumerge. Y en resolución, los dones abundosos, que Zeus hace brotar cada año con mano liberal del surco de la tierra, son remedio seguro contra el hambre.

Pero ¿ qué encanto tendrá poder bastante para hacer volver atrás la negra sangre, que por herida mortal se escapó del pecho de la víctima, una vez que cayó sobre la tierra? Ya en otro tiempo detuvo Zeus en la mitad de su camino á aquel sabio que poseía el arte de restituir de la muerte á la vida. ¡ Ah! si por dicha no hubiesen ordenado los dioses que mi destino fuera refrenarme y

callar, ya habría hecho el corazón impaciente que mi lengua revelase todo lo que en él se encierra; mas ahora el alma dolorida tiene que gemir en la obscuridad, y abrasarse en vanos deseos sin ninguna esperanza de hacer nada provechoso. (*Sale Clytemnestra*).

CLY.—Entra tú también. Contigo hablo, Casandra. ¿Qué has de hacer ya? Zeus te ha destinado benigno para que asistas con nuestras numerosas esclavas al pie de las aras domésticas en las sagradas lustraciones. Baja de ese carro y depón tu orgullo. También del hijo de Alcmena dicen que allá en tiempos pasó por ser vendido y cedió á la fuerza, y se resignó á sufrir el yugo. Y cuando la necesidad nos traiga á esa desgracia, todavía es grande beneficio dar con amos, de antiguo acostumbrados á la opulencia; pues los que tuvieron buena cosecha sin esperarla, éstos siempre fueron crueles con sus esclavos, y nada equitativos ni legales. Entre nosotros tendrás todo lo que es debido.

CORO (*á Casandra*).—Bien claro acaba de hablarte. Si no estuvieses cogida en esa red fatal obedecerías, si es que obedecías; é igual podrías también no obedecer.

CLY.—Si ya no es como las golondrinas que tienen un habla bárbara é ignorada, mis razones habrán penetrado en su ánimo, y me obedecerá.

CORO.—Síguela. Te ha dicho lo mejor que pudieras oír en el trance en que te hallas. Levántate y baja de ese carro.

CLY.—No tengo ahora vagar para esperarte aquí á la puerta, que ya están prontas allá dentro, junto al hogar, las ovejas que han de ser sacrificadas á los dioses, en acción de gracias por un beneficio que no esperamos jamás.—Conque tú, si has de obedecer, no tardes, y si es que desconoces la lengua y no entiendes mis palabras, á lo menos respóndame tu mano por señas como hacen los bárbaros.

CORO.—Bien se está viendo que la extranjera necesita de intérprete para explicarse. Parece una bestia brava recién cogida.

CLY.—Sí, ella está loca, y sólo atiende á su loco consejo. Acaba de dejar su patria, recién conquistada, y viene aquí cautiva, y no aprenderá á sufrir el freno hasta que no desfogue la sangrienta espuma de su cólera. Pues no más hablaría para que me desprecie. (*Vase*).

CORO.—En mí puede más la compasión, y no me deja airarme con ella. ¡Anda, infeliz: deja ese carro; cede á la necesidad, y prueba por primera vez el yugo!

CASANDRA.—¡ Oh, cielos ! ¡ Oh, tierra ! ¡ Apolo ! ¡ Apolo !

CORO.—¿ A qué clamas á Loxias con esos ayes ? No es él de condición de escuchar lamentos.

CAS.—¡ Oh, cielos ! ¡ Oh, tierra ! ¡ Apolo ! ¡ Apolo !

CORO.—Y otra vez vuelve á gemir y á llamar al dios, que no acude jamás á las lágrimas.

CAS.—¡ Apolo ! ¡ Apolo, que me has traído hasta aquí, y eres mi perdición : segunda vez me pierdes con total ruina !

CORO.—Diríase que está vaticinando sus propios males. Esclava y todo, el numen divino habita en su alma.

CAS.—¡ Apolo ! ¡ Apolo, que me has traído hasta aquí, y eres mi perdición ! ¡ Ah ! ¿ A dónde me llevas tú ? ¿ Bajo qué techo ?

CORO.—Bajo el de los atridas. Yo te lo digo, si es que no lo sabes. No podrás decir nunca que falté á la verdad.

CAS.—¡ Techo aborrecido de los dioses, testigo de innumerables crímenes ! ¡ Lazos suicidas ! ¡ Esposo degollado ! ¡ Suelo todo cubierto de sangre !

CORO.—Como una perra fina así tiene el olfato la extranjera. Sigue la sangrienta pista de algún crimen, y ya lo encontrará.

CAS.—¡ Ahí están los testimonios en que me fundo ; esos niños degollados á pesar de sus ayes lastimeros ; esas carnes asadas que devora un padre !

CORO.—Ya había llegado á nosotros la fama de sus vaticinios, cierto ; mas no tenemos ahora necesidad de profecías.

CAS.—¡ Oh, cielos ! ¿ Qué es lo que se está meditando ? ¿ Qué nueva maldad es ésta que se prepara bajo ese techo ? Crimen grande, muy grande, odiosísimo, contra la propia sangre ; crimen que no tendrá reparación alguna. ¡ Está muy lejos el socorro !

CORO.—No entiendo ninguno de estos vaticinios. Los otros sí los conozco, que toda la ciudad los publica á voces aún.

CAS.—¡ Ah, desdichada ! ¿ Cómo te atreves á consumir ese crimen ? ¡ Vas á hacer entrar en el baño al esposo que comparte tu lecho ; le vas á lavar tú misma, y... ¿ Cómo decir lo demás ? Ello ha de suceder bien pronto. ¡ Ya tiende la mano sobre su víctima una y otra vez !

CORO.—Nada comprendo. Envueltos esos oráculos en enigmas, no acierto á descifrarlos.

CAS.—¡ Ah, ah ! ¡ oh, dolor ! ¿ Qué es eso que se ve ahí ? ¿ Es alguna red del Averno ? Sí, una red ; la túnica que le acompañaba en el lecho ; la cómplice de su muerte. Legión desordenada

de Furias, nunca hartas de la sangre de esta raza : romped en regocijados alaridos de triunfo por ese sacrificio execrable.

CORO.—¿Qué Erina es ésa cuyas maldiciones llamas sobre este palacio? Póñenme miedo tus palabras. Agólpase mi sangre al corazón, como si herida con mortal golpe viera ya ponerse ante mis ojos la postrera y desmayada luz de la vida. ¡ Ah ! ¡ Y cómo viene presuroso el infortunio !

CAS.—¡ Ah, ah ! ¡ Mira, mira ! ¡ Separa el toro de la vaca !— Ya cogió en las mallas de esa túnica, al generoso animal de negros cuernos ; ya le hiere ; ya cayó él en el baño lleno de agua.— Ahí tienes, yo te lo anuncio, el crimen alevoso que va á consumarse en sus ondas.

CORO.—No me atrevería yo nunca á jactarme de sagaz en la interpretación de los oráculos, mas paréceme que en todo esto se encierra algún mal. Y ¿cuándo oráculo alguno anunció bienes á los hombres? Siempre estas antiguas artes, á fuerza de infortunios, nos enseñaron á temer.

CAS.—¡ Ay de mí, infeliz ! ¡ Ay, destino mío adverso, que vengo á gemir y llorar sobre mi propia desventura ! ¿ A qué trajiste hasta aquí á esta desdichada sino á morir contigo ? ¿ A qué más que á morir ?

CORO.—Divino furor enajena tu alma, y en desacorde y nunca usado estilo cantas tus propios infortunios. No de otra suerte, canoro ruiñeñor deja escapar sus quejas del pecho acongojado, sin darse punto de reposo, y llora una vida siempre nueva en males, y dice entre lágrimas : ¡ Itys, Itys !

CAS.—¡ Ah, ah ! ¡ La suerte del arpado ruiñeñor ! A él siquiera vistiéronle los dioses el cuerpo de ligeras plumas, y le dieron una vida dulce y exenta de llanto ; pero á mí, la muerte á hierro de dos filos es lo que me espera.

CORO.—¿ Qué arranques de furor divino son éstos que te asaltan de repente ? ¿ A qué tus vanas angustias ? ¿ Por qué con agudos acentos y gritos de maldición celebras temerosos sucesos ? ¿ Por dónde sabes tú los caminos de esos siniestros oráculos ?

CAS.—¡ Oh, bodas de Paris, bodas funestas para todos los suyos ! ¡ Oh, Escamandro ! ¡ Oh, río de mi patria ! ¡ No ha mucho que á tus orillas veía yo cómo iba espigando mi mocedad, y ahora, á lo que veo, bien pronto anunciaré mis vaticinios en las riberas del Cocyto y el Aqueronte !

CORO.—Demasiado claro es lo que acabas de hablar : un re-

ción nacido lo entendería. Cruel dolor desgarrar mi alma. Quebrántame oír el triste lamentar de tu desventura.

CAS.—¡ Oh, trabajos! ¡ Oh, trabajos sufridos por una ciudad que al fin había de ser arrasada! ¡ Oh, sacrificios que ofrecía mi padre por la salvación de nuestros muros! ¡ Ganados de nuestras praderas degollados á miles! ¡ Y cuán de ningún remedio servisteis para que Ilión no padeciese la calamidad que la ha acabado! Yo misma, que me siento encendida por el soplo divino, bien pronto caeré también bajo igual golpe.

CORO.—Todavía prosigues en tu triste historia. Algún mal espíritu, que te es contrario, se apoderó de ti, y te fuerza á romper en lastimeros ayes de dolor y de muerte. Pero no alcanzo adónde van tus palabras.

CAS.—Y con todo ello, ya no mirará más el oráculo á través de velos á modo de recién desposada. El aparecerá todo resplandeciente, y se lanzará, respirando furor, hacia el sol que nace. A la luz del día una calamidad más grande aún que ésta de ahora lo inundará todo, semejante á la onda que se encrespa é inunda la ribera. Pero basta de advertiros por enigmas. Dad testimonio de la finura de mi olfato, y de que sé correr bien derecha tras la pista de las maldades que se cometieron aquí en lo antiguo. Un coro hay que hace su habitación bajo este techo, y jamás lo abandonará; tropa de hermanas, de Erinias que á una voz cantan desapacible y temerosa canción de maldiciones. Cobran nuevos bríos bebiendo sangre humana, y permanecen en este palacio sin que haya quien sea poderoso á alejarlas de él. Fijas en esta casa como en su natural asiento, celebran con himno de muerte el primer crimen que engendró tantos crímenes, ó ya lanzan airados gritos de execración contra el impío que violó el lecho de su hermano. ¿ Erré, por ventura, ó dí en el blanco como buen flechero? ¿ Soy acaso una embaucadora que va de puerta en puerta fingiendo embelecó? Da testimonio de la verdad con que te hablo; jura antes de nada que yo conozco bien las antiguas maldades de este palacio.

CORO.—Y ese juramento con toda su virtud y firmeza, ¿ en qué podría remediarnos? Pero te admiro, pues criada más allá del mar, en ciudad extraña, así hablas de nuestras desdichas como si hubieses estado presente.

CAS.—Apolo, dios de las profecías, me concedió este don.

CORO.—Dios como es, ¿ también él se sintió herido de amor?

CAS.—En otro tiempo, rubor me hubiera causado decirlo.

CORO.—Sí; que la felicidad, de ordinario nos hace desdeño-

sos.

CAS.—Pero me acometía de tal manera, y ardía por mí en amor tan encendido...

CORO.—¿Que cumplisteis con lo que pide la ley de amor?...

CAS.—Prometíme á Loxias por suya, mas no lo cumplí.

CORO.—¿Poseías ya entonces el divino arte?

CAS.—Sí; ya vaticinaba á los míos todos sus infortunios.

CORO.—Y ¿cómo escapaste del rencor de Loxias?

CAS.—Después de mi engaño, nadie creyó más en mis palabras.

CORO.—Pues á nosotros paréceos que tus oráculos merecen fe.

CAS.—¡ Ay de mí! ¡ oh, desventura! ¡ Otra vez esta cruel fatiga, este espíritu profético que se apodera de mi mente, y me atormenta con siniestros anuncios. ¿ No veis ahí, sentados en esa casa, á esos niños que semejan la aparición de un sueño? Los mismos que les debían amor les dieron muerte. ¡ Vedlos ahí, que aparecen sustentando en sus manos miserabilísima carga; su propia carne, sus entrañas, su corazón, manjar que gustó su mismo padre! Pero alguien medita su venganza; yo os lo afirmo; un león cobarde, guarda infiel de la casa, que se revuelca en el lecho conyugal, y está acechando la vuelta de mi dueño. ¡ Ay de mí, que es mi dueño; que me veo forzada á sufrir el yugo de la esclavitud! ¡ Y el capitán de la armada, el debelador de Ilión no ve cuán fiero destino le prepara á traición con sus largas arengas y sus dulces sonrisas esa perra aborrecible! A tanto se atreverá. La mujer será homicida de su marido. ¿ Qué nombre daría yo á ese monstruo venenoso? ¿ La llamaré víbora? ¿ la llamaré Escyla habitadora de los escollos y perdición de los navegantes? ¿ la llamaré madre y ministro del Averno que respira odio implacable contra todos los suyos? ¡ Y cómo la muy atrevida y malvada mujer brincaba y gritaba de contento cual si hubiese vencido en la pelea! ¡ No parecía sino que se regocijaba con el feliz retorno de su esposo! Después de esto, si todavía no se me cree, ¿ qué hacer? Lo que ha de ser, ello vendrá. Bien pronto presenciáis el suceso, y te moverás á lástima de mí, y me llamarás adivina demasiado verdadera.

CORO.—Bien he reconocido, horrorizada, el festín donde

Tiestes comió la carne misma de sus hijos ; y apodérase de mí el temor oyendo relación tan verdadera, que nada tiene de inventado. Pero lo demás lo oigo, y me pierdo en mil imaginaciones, sin saber adónde irá á parar todo ello.

CAS.—Digo que vas á ver la muerte de Agamenón.

CORO.—Cállate, infeliz, y cierra tu boca.

CAS.—Mas no por callar habrá remedio alguno contra lo que os he anunciado.

CORO.—Cierto que no, si es que hubiere de suceder ; mas ojalá nunca jamás suceda.

CAS.—Tú haces súplicas ; pero ellos se prestan á matar.

CORO.—¿ Y qué hombre habrá que cometa ese crimen ?

CAS.—Muy torpe andas, en verdad, para entender mis oráculos.

CORO.—Sí ; no comprendo qué maquinación es ésa que se ha de consumir.

CAS.—Pues yo sé bastante bien la lengua griega.

CORO.—También la saben los oráculos de Pitio, y, sin embargo, son difíciles de entender.

CAS.—¡ Ay ! ¿ qué fuego es éste que llega hasta mis entrañas ? ¡ Oh, dolor ! ¡ Apolo Lyceo ! ¡ Ay, ay de mí ! ¡ Infeliz que yo soy ! Esa misma leona de dos pies, que yace con el lobo en ausencia del generoso león, me dará muerte. Como quien confecciona venenosas hierbas, ella está afilando el puñal para herir al esposo, y en tanto se gloria de que ha de satisfacer su rencor, y me ha de dar el pago, y á él muerte por haberme traído. ¿ A qué guardar ya estas insignias para mi propio escarnio ; este cetro, y estas ínfulas de profetisa que ciñen mi cuello ? Yo te haré pedazos antes de morir. (*Arroja el cetro.*) Andad en mal hora y caed en el polvo. (*Arroja las ínfulas.*) Este es el pago de vuestros servicios. Enriqueced á otra y no á mí con vuestros tesoros de maldición. Helo ahí, Apolo ; tú me despojas de mis vestiduras de profetisa. Tú me veías con estos ornamentos, y así y todo, hecha la burla de los míos, que eran unos á odiarme los insensatos. ¡ Y cómo sufría que me motejasen de loca y vagabunda, cual mendiga hambrienta y miserable que va de plaza en encrucijada diciendo la buena ventura ! ¡ Y ahora, dios profeta, después que me hiciste tu sacerdotisa, me arrastras á tan fiero trance de muerte ! En lugar del ara de mi padre, me espera un tajo de carnicero donde seré degollada con cruel golpe, y correrá mi san-



gre humeante. Mas, gracias á los dioses, no quedará nuestra muerte sin venganza. Vendrá á su vez el que nos ha de vengar; un hijo que matará á su madre, y castigará el asesinato de su padre. Hoy anda errante y fugitivo y desterrado de su patria; pero él volverá para dar cima á la total perdición de los suyos. Porque los dioses hicieron solemne juramento de que le ha de traer la sombra de su padre muerto y tendido en tierra. ¿A qué llorar así al entrar en esa casa? Yo contemplé antes la desolación de Ilión, y ahora aquéllos que conquistaron mi patria son á su vez sentenciados por los dioses. Entraré, sí; sufriré mi destino. Tendré valor para morir. Puertas del Orco: ya os veo. Yo os saludo. ¡Así reciba golpe tan certero, que entre arroyos de sangre me dé súbita muerte, y sin estremecerme siquiera cierre mis ojos!

CORO.—¡Oh, infelicísima y sapientísima mujer! ¡mucho es lo que nos has revelado! Pero si de cierto sabes tu muerte, ¿cómo con firme paso te encaminas al ara, tan animosa como becerrilla á quien los dioses llevan al sacrificio?

CAS.—No hay huída posible, amigos. Nada haría con retardarlo.

CORO.—Pero, á lo menos, la muerte, cuanto más tarde es mejor.

CAS.—Ha llegado el día; huirle sería de bien poco provecho.

CORO.—Tu temeridad te pierde. Considéralo.

CAS.—¡Nunca tales cargos se le hacen al dichoso!

CORO.—Si fuera morir con gloria... entonces cualquier mortal pudiera graduarlo de ventura.

CAS.—¡Ay de ti, oh padre! ¡Ay de tus generosos hijos!

CORO.—¿Qué es eso? ¿Qué temor es ése que te hace retroceder?

CAS.—¡Oh, oh!

CORO.—¿Por qué gritas así? ¿Qué te espanta?

CAS.—Despide esa casa aliento de sangre y muerte.

CORO.—¿Cómo? Será el perfume de los sacrificios que se están haciendo en el hogar.

CAS.—No; diríase que es el hedor de los sepulcros.

CORO.—A lo que tú dices, no son perfumes de Siria los de esa casa.

CAS.—Pero vamos ya. Lloraré en ese palacio mi muerte y la muerte de Agamenón.—Basta de vida.—¡Ay, huéspedes míos! No tiemblo sin razón como el pajarillo á la vista del zarzal. Dad

testimonio de ello cuando yo sea muerta ; cuando una mujer pague mi vida con su vida, y un hombre expíe con su sangre la sangre del infeliz esposo de una mala esposa. Venid en lo que os pide quien por toda hospitalidad va á recibir la muerte.

CORO.—¡ Oh, infeliz ! Lloro el destino que te anuncian los dioses.

CAS.—Una sola palabra : todavía quiero lamentar mi muerte una sola vez. ¡ Oh, sol ! por ésos tus rayos que no volveré á ver más, yo te pido que mis odiosos asesinos reciban de mis vengadores el pago de la fácil muerte de una esclava indefensa. (*Entra en el palacio de Agamenón.*)

CORO.—¡ Oh, condición de las cosas humanas ! Prósperas, cualquier sombra os pone en huída ; adversas, el frote de una esponja húmeda basta para borrar vuestra imagen. Olvido que entre todas las desdichas es la más digna de ser lamentada.

Jamás se sacian de felicidad los mortales. Ninguno hay que os cierre las puertas de esos ricos alcázares, que las gentes señalan con el dedo por su magnificencia, y os rechace diciendo : « no entréis ahí ». Y bien, he ahí á Agamenón, á quien concedieron los bienaventurados que conquistase la ciudad de Príamo, y volviere colmado de honores por los dioses ; pues si ahora tiene que pagar la sangre en otro tiempo vertida ; si su muerte ha de satisfacer por otras muertes ; si han de consumarse sangrientas venganzas, ¿ cuál será el mortal que en oyendo esto pueda jactarse de haber nacido con buena estrella ?

AGA. (*Dentro*).—¡ Ay de mí, que me hirieron de muerte !

CORIFEO.—¡ Callad ! ¿ Quién clama ? ¿ Quién es muerto ?

AGA.—¡ Ay de mí ! ¡ otra vez secundaron el golpe !

CORIFEO.—Se consumó el crimen. Ese gemido, á lo que parece es del Rey. Tratemos pues entre nosotros cómo tomar alguna acertada resolución.

SEGUNDO CORISTA.—Yo os diré mi dictamen. Llamemos á los ciudadanos á palacio pidiendo socorro.

TERCER CORISTA.—Pues á mí me parece que, cuanto antes, caigamos sobre los matadores, espada en mano, para sorprenderlos en su crimen.

CUARTO CORISTA.—Lo mismo pienso yo. Fuerza es hacer algo. No es ocasión ésta de dilaciones.

QUINTO CORISTA.—Pero bueno es examinarlo. Por tales comienzos se anuncian los que intentan tiranizar á un pueblo.

SEXTO CORISTA.—Nosotros pasamos el tiempo en estas dudas ; ellos marchan con firme planta hacia su futuro encumbramiento, y no dejan dormir su mano.

SÉPTIMO CORISTA.—No encuentro qué aconsejaros. Andar en consejos es de quien puede poner por obra alguna resolución.

OCTAVO CORISTA.—Otro tanto digo yo ; mal podremos con palabras resucitar al muerto.

NOVENO CORISTA.—¿ Y seremos los matadores de nuestra propia vida, cediendo á que nos manden los que han manchado ese palacio ?

DÉCIMO CORISTA.—No ; eso es intolerable. Morir sería mejor. La muerte es más dulce que la tiranía.

UNDÉCIMO CORISTA.—Mas, por la prueba de esos lamentos, diremos ya que ha perecido nuestro Rey ?

DUODÉCIMO CORISTA.—Veámoslo por nuestros propios ojos, y entonces hablaremos como se debe ; que uno es imaginárselo y otro saberlo á ciencia cierta.

CORIFEO.—Todo viene en apoyo de esta resolución. Sepamos con certeza qué es del Atrida.

*(Abrense las puertas del palacio y aparece Clytemnestra. Más al fondo, tendidos en el suelo, los cuerpos de Agamenón y Cassandra).*

CLY.—Si antes dije todas aquellas cosas, según pedía la ocasión, no me avergonzaré ahora de decir lo contrario. Pues, si no, el que prepara la ruina de un enemigo á quien parece amar, ¿ cómo podría envolverle en la red de su perdición, de modo que ni con el más poderoso salto se desenredase ? Era esto para mí la decisión de una contienda ha mucho meditada. Aunque al cabo de tiempo, por fin llegó. Aquí estoy en pie y serena, en el mismo lugar donde le maté ; junto á mi obra. De manera lo hice, y no he de negarlo, que ni pudiese huir, ni defenderse de la muerte. Envolvíle, como quien coge peces, en la red sin salida de rozagante vestidura, para él mortal. Dos veces le hiero ; lanza dos gemidos, y cae su cuerpo desplomado. Ya en tierra, le doy un tercer golpe más, que ofrezco en reverencia de Ades, guardián de los muertos en la mansión del profundo. Así caído, estremécese por última vez ; da su espíritu, y de las anchas heridas salta impetuosa la hirviente sangre. Las negras gotas del sangriento rocío me salpican, y alégranme no menos que la lluvia de Zeus alegra la mies al brotar de la espiga. Esto es todo, tal como ha sucedido. Ahora, an-

cianos de Argos, podéis alegraros, si es que queréis. Yo, por mí, me glorío de mi obra. A ser lícito hacer libaciones sobre un cadáver, justas, justísimas serían en esta ocasión.—Este hombre había llenado la copa de los enormes y execrables crímenes de su casa, y á su vuelta él mismo la ha apurado.

CORO.—Me pasma la insolencia atrevida de tu lengua. ¡ Así te jactas de hablar contra tu esposo !

CLY.—Me tratáis como á mujer sin consejo, pero yo os lo digo con el corazón bien sereno, para que lo sepáis.—Alábame ó vituperame, si quieres ; me es igual. Este es Agamenón, mi esposo, (*señalando al cadáver*), muerto por ésta mi mano derecha. La obra es de hábil artífice. Tales son los hechos.

CORO.—¡ Oh, mujer ! ¿ qué mala ponzoña criada en la tierra ó en las corrientes del mar tomaste tú, que así te precipitó á ese horrendo crimen, y á exponerte á las maldiciones de un pueblo ? Derribástele, degollástele ; pero tú vivirás desterrada de nuestra ciudad ; blanco serás del odio implacable de los ciudadanos.

CLY.—¡ Tú ahora me sentencias á destierro, y á llevar sobre mí el odio y las maldiciones de los ciudadanos, y nada tienes que decir contra este hombre que, mientras abundaban en los rebaños las ovejas de rico vellón, por aplacar los vientos tracios inmoló á su propia hija, al fruto amadísimo de mi vientre, sin tener su vida en más de lo que pudiera haber tenido la de una res ! ¿ Por ventura no era justo que le hubieses desterrado á él en pago de su sacrílego crimen ? Pero sabes lo que he hecho, y entonces eres juez riguroso. Pues bien : yo te digo que me amenaces, como quien por igual está apercebida á todo. Luchemos. Si tú me vences, tú quedarás por mi dueño ; mas si el cielo dispone lo contrario, tarde habrás aprendido á saber vivir con prudencia.

CORO.—Rebosa soberbia tu corazón y arrogancia rebosan tus palabras, como si la vista de tu sangrienta obra te sacase de ti y te enloqueciese. En tu rostro se ostenta la mancha de una sangre que ha de ser vengada. Hora llegará en que, privada de los tuyos, pagarás sangre con sangre.

CLY.—Pues oye ahora mi sagrado juramento. Por la Justicia, que vengó la muerte de mi hija ; por Ate, por Erinis, con cuyo auxilio he degollado á este hombre, te juro que no espero que el temor ponga su pie jamás en estos alcázares, mientras Egisto encienda el fuego de mi hogar, y me guarde el amor que siempre me ha tenido ; que él es el fuerte escudo de mi confianza. Ahí tenéis

tendido á ese hombre que fué mi afrenta, y el contento de las Criseidas allá en Ilión! ¡ Ahí los tenéis, á él y á esa cautiva (señalando el cadáver de Casandra), á esa intérprete de agüeros y prodigios; á su concubina, que tan fiel le fué en partir con él su lecho y los trabajos de la navegación. Ninguno de los dos ha llevado cosa que no mereciera. Cayó él, según sabéis, y ella, después de cantar como un cisne sus endechas funerarias, cayó también, y yace ahí junto á su amante. ¡ Sabroso contento que colma los gustos de mis amores!

CORO.—¡ Si ya que es muerto aquél nuestro guarda, que tanto amor nos tenía, viniera la muerte con breve paso, y sin que el dolor me asaltase, ni el lecho con enfadosa espera me consumiese, cerrara mis ojos á sempiterno sueño!... ¡ Murió á manos de una mujer quien por una mujer pasó tantos trabajos! ¡ Perdió la vida á manos de su esposa! ¡ Ay, ay, loca Elena! ¡ Cuántas y cuántas vidas se perdieron tan sólo por tu causa! Por ti también ha perecido ahora esta vida preciosísima...

Por ti se ha derramado esta sangre sobre aquella otra sangre para la cual no hay olvido ni expiación. La fiera discordia habitaba desde entonces este palacio, y ha sido por fin la ruina de un esposo.

CLY.—No te apesare lo pasado, ni llares sobre ti á la muerte, ni vuelvas tu ira contra Elena, como si ella hubiese sido la perdición de nuestros guerreros; como si sólo ella hubiese hecho que tantos dánaos perdiesen la vida, y nos hubiese traído estos dolores que no se calmarán jamás.

CORO.—¡ Oh, espíritu de maldición que te señoreaste de esta casa y de los dos hijos de Tántalo! El alma de sus mujeres, igual en fiereza á la de sus hombres, te ha dado otra victoria con que me oprimes y me desgarras el corazón. ¡ Como cuervo carnicero, así esa mujer se yergue insolente junto á ese cadáver y se gloria de celebrar su triunfo!

CLY.—Ahora sí que vas bien en tus juicios; ahora que has mentado al invencible espíritu de maldición de esta raza. El alimento en nuestras entrañas esta sed de sangre codiciosa. No se ha cerrado aún la antigua herida, cuando nueva sangre está corriendo ya.

CORO.—¡ Verdad dices al confirmar mis razones! ¡ Formidable espíritu de odios el que de esta casa hace su habitación! ¡ Ay, ay! ¡ fieros males, engendrados por un destino cruel, que nunca se

sacia ! ¡ Ah ! ¡ Permision es de Zeus, causa suma y hacedor de todas las cosas ! Pues ¿ qué sucederá entre los mortales, en que Zeus no medie ! ¿ Qué habrá en todos estos crímenes que no esté decretado por los dioses ? ¡ Oh, rey, oh, rey ! ¿ Cómo te lloraré yo ? ¿ Cómo significarte el amor de mi pecho ? Ahí yaces en esa tela de araña donde rendiste la vida con impía muerte. ¡ Ay de mí ! ¡ Y en qué lecho tan innoble para un hombre libre, te acabó mano aleve con hierro de dos filos !

CLY.—Tú piensas que es mía esta obra. Pero entonces no digas que yo soy la esposa de Agamenón. Aquel antiguo y fiero espíritu de venganza que aderezó el cruel festín de Atreo, ése es quien, tomando la apariencia de la mujer del que ahí yace, vengó en un hombre el sacrificio de dos niños.

CORO.—¿ Y quién habrá que atestigüe que estás inocente de esa muerte ? ¿ De dónde ha de venir tal testimonio ? ¿ De dónde ? Quizá acuda en tu defensa ese espíritu vengador de los crímenes de los padres ; pero la cruel batalla sigue arreciando, y hará correr la sangre á manos parricidas, y llegará á punto que helará de horror al mismo que devoró la carne de sus hijos. ¡ Oh, rey, oh, rey ! ¿ Cómo te lloraré yo ? ¿ Cómo significarte el amor de mi pecho ? ¡ Ahí yaces en esa tela de araña donde rendiste la vida con impía muerte ! ¡ Ay de mí ! ¡ Y en qué lecho tan innoble para un hombre libre, te acabó mano aleve con hierro de dos filos !

CLY.—No sé por qué muerte tal haya de ser indigna de este hombre. ¿ Por ventura no trajo él la desdicha á esta casa con torpe engaño ? Inicuo fué con mi lloradísima Ifigencia, con aquélla su hija que llevé en mis entrañas ; que no diga ahora en los infiernos que padece injusticia porque fué muerto á hierro y pagó las que hizo.

CORO.—La casa de mis reyes se hunde, y yo, perdida mi razón, no sé qué hacer, ni á dónde vuelva mis cuidados. Me aterra oír el fragor de la lluvia de sangre en que se va á anegar esta morada. Ya no cae gota á gota. A cada nuevo crimen afila el destino en la piedra de otro crimen el hierro de la justicia.

PRIMER SEMI-CORO.—¡ Oh, tierra, tierra ! ¡ ojalá me hubieses recibido en tu seno, antes que ver á mi rey teniendo por lecho ese argentado baño ! ¿ Quién le sepultará ? ¿ Quién cantará sus endechas ? ¿ Te atreverás tú á hacerlo, tú, matadora de tu esposo ? ¿ Te atreverás tú á ofrecer á su ánima, en satisfacción de tus enormes é inicuas maldades, el odioso tributo de tu llanto ?

SEGUNDO SEMI-CORO.—¿Y quién será el que suelte la dolorida voz á cantar el elogio fúnebre de este varón divino, con el llanto en los ojos y la siceridad en el corazón?

CLY.—No te tocan á ti esos cuidados. A nuestras manos cayó; á nuestras manos murió; nosotros le sepultaremos. No le acompañarán lamentos de los suyos...

Pero á la orilla del rápido río de los dolores, su hija Ifigenia le saldrá al encuentro, como es natural, toda regocijada, y le echará los brazos, y le llenará de besos.

CORO.—A una acriminación responde otra acriminación. Difícil de dirimir es la contienda. El que quita la vida á otro, pierde á su vez la vida; el que mata, sufre la pena de su delito. Mientras exista Zeus subsistirá que quien tal haga, que tal pague. Así es de ley. ¿Y quién podría arrancar de ese palacio la semilla de maldición? Que de modo tal ha arraigado en esta raza, que ya son una misma cosa.

CLY.—Verdad dices; tus palabras son un oráculo. Mas, con ser tan dura esa ley, juro por el espíritu de los Plistenidas, que desde luego quiero quedar sometida á ella. Salga de aquí ese mal espíritu; salga de esta morada, y en adelante lleve la aficción á otra raza con esas muertes suicidas. La más pequeña porción de nuestros bienes bastara á darme yo por contenta con tal que lograrse arrojar de este palacio esa furiosa locura de mutuos homicidios. (*Sale Egisto*).

EGRIS.—¡Oh, alegre luz del día de la venganza! ¡Ahora ya puedo decir que hay dioses vengadores que desde lo alto echan una mirada acá, á la tierra, sobre los crímenes de los mortales; ahora, que estoy viendo á ese hombre ¡brinco de mis ojos! tendido, y envuelto en ese manto, que tejieron las Erinas, en pago de las maquinaciones que urdió la mano de su padre! Su padre, Atreo, el rey de esta tierra, el que desterró de su casa y de su patria á Tiestes, á mi padre; y para decirlo más claro aún, á su propio hermano, después de disputarle el Imperio! Un día, el infeliz Tiestes vuelve á su hogar, póstrase suplicante, y se le da seguro de la vida y de que su muerte no ha de ensangrentar el suelo de sus antepasados. Allí fué. (*Señalando adonde yace Agamenón*). El padre de ese hombre, el impío Atreo, con más diligencia que amor, finge entonces que regocijado quiere dar un día de festín en honor de su huésped, y por todo manjar preséntale á mi padre la carne de sus hijos! Siéntanse á sendas mesas

los convidados. Atreo, puesto á la cabecera de la estancia, hace menudos trozos los dedos de los pies y manos infantiles, y manda ofrecer los desfigurados despojos á mi padre, el cual, luego al punto los toma, y sin conocerlos come de aquel plato, que ya ves que *había de ser mortal para esta raza*. Comprende él por fin la inicua maldad, lanza un ¡ay! lastimero, y cae en tierra vomitando la sangrienta vianda, y llamando sobre los Pelópidas los más fieros rigores del destino. En su furor derriba con el pie la mesa del festín, y pide con justas maldiciones que así perezca la raza entera de Plistenes. He aquí por qué veis muerto á ese hombre. Yo he sido el justiciero maquinador de su muerte; yo, el tercer hijo de mi desventurado padre, que junto con él fuí arrojado de aquí, en mantillas aún. Me hice hombre, y la justicia me volvió á traer. Bien que ausente á la sazón que ese hombre moría, yo he sido quien me he apoderado de él; yo el zurcidor de toda la trama. ¡La muerte misma sería para mí hermosa después que le he visto cogido en la red de mi venganza!

CORO.—Egisto: la insolencia en el crimen no me intimida...

Tú te alabas de haber muerto á ese hombre por tu propia voluntad; de haber ideado tú solo este asesinato miserable; pero, óyelo bien: tu cabeza no escapará de la justicia; las maldiciones de un pueblo te condenarán, y serás apedreado.

EGIS.—¿Tú, pobre remero, que ocupas el último banco de la nave, tú hablas así á los que se sientan al timón y mandan la maniobra? Viejo como eres, ya verás tú si es difícil aprender á la edad en que se debe saber. Las cadenas, y los tormentos del hambre son médicos infalibles y excelentísimos, que sanan el juicio de los viejos y le hacen que aprenda. Al ver lo que estás viendo, ¿no acabarás de abrir los ojos? No des coces contra el agujijón, no sea que al herirlo te lastimes.

CORO.—¡Ah, mujerzuela! ¿así te estabas tú quieto en casa esperando la vuelta de nuestros guerreros, y en tanto manchabas el lecho de ese caudillo valeroso, y junto con esto te apercibías á darle muerte?

EGIS.—Palabras son ésas que te harán llorar. Tu lengua es bien contraria á la de Orfeo. Atraía él con su voz todas las cosas y las alegraba; pero tú las concitas y llevas contra ti con esos insensatos ladridos. Ya aparecerás más manso cuando yo te sujete.

CORO.—¡Cómo! ¡Que tú has de ser mi rey, el rey de los argivos! ¡Tú, que después de haber tramado la muerte de este va-



rón generoso, no tuviste el valor de dársela por tu propia mano!

EGIS.—Porque claro está que á la mujer tocaba engañarle. Yo era enemigo antiguo, y, por tal, sospechoso...

Mas, dueño de sus tesoros, ya probaré á hacerme señor de la ciudad, y al que no obedezca ya le unciré al yugo, y le domaré como á potro lucio y vicioso que se resiste al freno. El hambre y la obscuridad harán con él habitación desapacible y le pondrán blando.

CORO.—¡ Cobarde ! ¿ Por qué no le mataste tú mismo ? ¡ Sino que una mujer le mató ; una mujer, oprobio de esta tierra y de los dioses patrios ! Mas, por ventura, todavía ve Orestes la luz del sol, y esté dondequiera, él vendrá con feliz suceso y os matará á entrambos.

EGIS.—Pues que parece que te apercibes á decirlo y hacerlo, presto verás...

CORO.—.....

EGIS.—Ea, pues : ¡ á mí, mis guardias ! ¡ Llegó la hora !

CORO.—¡ Ea : al aire los aceros, y en guardia cada cual !

EGIS.—Desenvainado está el mío ; no temo morir.

CORO.—¿ Hablas de morir ? Acepto tu palabra. Tú, la muerte ; nosotros, la victoria.

CLY.—¡ Oh, el más querido de los hombres ! ¡ No más ; no causemos otros males ! Sobrados son ya los sucedidos para que cojamos de ellos una tristísima mies. Basta ya de muertes ; no más ensangrentarnos. Anda adentro tú ; y vosotros, ancianos, marchad cada cual á vuestra casa, antes que tengáis que sentir algún desastre. Lo que hemos hecho tenía que suceder. Y si con esto el destino se da por contento de calamidades, todavía después de haber recibido de su cólera golpes tan terribles pudiéramos tenerlo á dicha. Tal os advierte una mujer, si es que os dignáis escucharla.

EGIS.—¿ Así han de desatar contra mí su lengua insolente en esa lluvia de ultrajes, y con palabras como ellas han de tentar á la fortuna ?... De cuerdos y avisados es respetar siempre y donde quiera al que manda.

CORO.—No sería de argivos adular á un malvado.

EGIS.—Algún día te castigaré yo ; aun no es tarde.

CORO.—No será ello, si el cielo quiere volvernó aquí á Orestes.

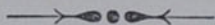
EGIS.—Ya sé que los desterrados se alimentan de esperanzas.

CORO.—¡ Anda, llénate hollando la justicia, puesto que puedes !

EGIS.—Te aseguro que me darás satisfacción de tu loca insolencia.

CORO.—Ensánchate y cacarea como gallo junto á su gallina.

CLY.—No hagas caso de esos vanos ladridos. Tú y yo somos los amos de este palacio, y lo pondremos todo en orden.



## «LOS HÉROES EN TROYA»

POR GUILLERMO SHAKESPEARE

(De «Troilus y Cressida».)

El campamento griego. Ante la tienda de campaña de Agamenón.

Suenan trompetas. Entran AGAMENÓN, NÉSTOR, ULISES, MENELAO y otros.

AGAM. Príncipes, ¿por qué causa la ictericia  
Os tiñe el rostro? El galardón cumplido  
Que la esperanza ofrece á toda empresa  
Que aquí abajo se inicia, no se logra  
Nunca en su plenitud. Cuitas, desastres  
De nuestros actos en las venas crecen,  
Cual esos nudos que el contrario empuje  
De la savia en el pino sano forma,  
Sus fibras desuniendo, que, torcidas,  
De su primera dirección se apartan.  
Ni ha de asombraros, príncipes, tampoco,  
Que aún no esté nuestro objeto conseguido  
Ni que, tras sieté años de su asedio,  
De Troya las murallas aún resistan.  
No hubo empresa jamás que no se viese  
Por obstáculos varios y concausas,  
Al realizarse, con su fin discorde:  
Con la ideal imagen, á quien presta  
Conjeturada forma el pensamiento.  
¿Por qué, pues, contempláis avergonzados  
Nuestros desastres, príncipes, y oprobios  
Llamáis á los que son tan sólo pruebas  
A que somete al hombre Jove excelso,  
Para ver lo que vale su constancia?  
De ese metal la ley no se descubre  
Con el halago de la suerte, cuando  
El cobarde, el audaz, el diestro, el torpe,

El docto, el ignorante, el fuerte, el débil,  
 Se clasifican todos como afines.  
 Se ve cuando con brío se desata  
 Su fuelle poderoso, separando  
 Lo que es de leve peso, y descubriendo  
 Lo consistente y sólido, que entonces,  
 Libre de escoria, en su pureza brilla.

NÉSTOR. Con el respeto, Agamenón insigne,  
 Que corresponde á tu divino trono,  
 Sella, Néstor, tus últimas palabras.  
 Luchando con la suerte es como el hombre  
 Se probará mejor. El mar tranquilo,  
 ¡Cuántos débiles buques no se lanzan  
 Sobre su seno plácido, y navegan  
 Al par de los más nobles!  
 Mas si Bóreas feroz encoleriza  
 A la tranquila Tetis, ved al punto  
 Cómo el bajel de sólidas cuadernas  
 Cabalga sobre líquidas montañas  
 Y entre ambos reinos húmedos galopa  
 Como el caballo de Perseo.—¿Dónde  
 Ahora veis al osado barquichuelo  
 Cuya armadura débil mal trabada  
 Rivalizó con su grandeza ha poco?  
 Ó huyó á la rada, ó lo tragó Neptuno.  
 De modo igual, lo que valor ostenta  
 Y el valor verdadero se dividen,  
 Rugiendo de la suerte la borrasca.  
 Cuando del sol los rayos resplandecen,  
 Tábanos y no tigres al rebaño  
 Hacen sufrir. Mas si huracán bravío  
 Dobla al nudoso roble las rodillas,  
 El abrigo á buscar las moscas huyen;  
 Pero entonces el ánimo valiente  
 Con la ira, iracundo, simpatiza,  
 Y en clave igual, armónico su acento,  
 Replica á la fortuna increpadora.

ULISES. Agamenón, ¡oh tú, noble caudillo,  
 Nervio y sostén de Grecia: de estas huestes  
 Corazón, alma, espíritu, que alberga  
 Los afanes y el ánimo de todos!  
 A Ulises oye hablar. Aplaudo, apruebo—  
 ¡Oh! tú, por posición y predominio,  
 Potentísimo, y tú, tan respetable  
 Por tu avanzada edad—vuestrós discursos.  
 El tuyo, Agamenón, debiera en bronce

Griega mano esculpir en alto sitio.  
 También el tuyo, Néstor venerable,  
 Que has incrustado en plata, debería  
 Con trabazón aérea, poderosa,  
 Cual eje en torno al cual giran los cielos,  
 Ligar de todo griego los oídos  
 A tu voz competente. Sin embargo,  
 Aunque seáis tan grandes y discretos,  
 Permiso os pide para hablar Ulises.

AGAM. Dí, príncipe de Itaca. Confiamos  
 En que ni cosa inútil ni pequeña  
 Dividirá tus labios, cual creemos  
 Que ni música, ingenio ó profecía  
 Oiremos cuando el díscolo Tersites  
 Sus anchas fauces de mastín nos muestre.

ULISES. Troya, aún en pie, postrada ya estuviera  
 Y sin dueño la espada del gran Héctor  
 Si por esto no fuese.  
 Disciplinario régimen no existe ;  
 De los griegos las tiendas de campaña  
 Que se alzan, ahuecándose en el llano,  
 Otras tantas facciones representan :  
 Huecas todas también. Si quien es jefe  
 No es colmena á la cual los forrajeros  
 Todo entregan, ¿ qué miel puede esperarse ?  
 Las diferencias disfrazadas luce  
 Como el mejor, con máscara, el indigno.  
 La bóveda celeste, los planetas,  
 Y aun este centro, guardan jerarquías,  
 Prioridad, paso, proporción, constancia,  
 Sitio, función y forma, y todo en orden,  
 Y el glorioso planeta, Sol, por eso,  
 En su eminente esfera entronizado,  
 Entre los otros luce, y el influjo  
 Adverso del planeta desastroso,  
 Corrige con su vista bienhechora ;  
 Y, como rey, sus órdenes envía,  
 Sin estorbo, al benéfico ó siniestro.  
 Mas cuando los planetas, en desorden,  
 Entremezclados giran, ¡ cuántas plagas,  
 Cuántas monstruosidades, rebeldías,  
 Borrascas en el mar y terremotos,  
 Y huracanadas ráfagas y espantos,  
 Y mudanzas y horrores infinitos,  
 Dividen, y quebrantan, y destrozan,  
 Y arrancan de raíz y de su centro

## LOS HEROES EN TROYA

La unión y la amistad de los Estados!  
 ¡Oh! Si la disciplina se perturba,  
 Que de altos fines es la sola escala,  
 Caduca toda empresa ¿Cómo pueden  
 Comunidades, hermandades, grados,  
 El comercio entre dos playas opuestas,  
 La primogenitura y sus derechos,  
 Las preeminencias de la edad, coronas  
 Y cetros y laureles mantenerse  
 Cuando no se respetan jerarquías?  
 Anuladlas. Destémplese esa cuerda,  
 Y ya veréis cuánta discordia surge.  
 Sin tino chocará cosa con cosa.  
 Los senos circunscritos de los mares  
 Hinchándose, las playas invadiendo,  
 Empaparán la redondez terrestre.  
 Del débil será dueño el vigoroso,  
 Dará á su padre muerte el hijo infame,  
 Y justicia será sólo la fuerza,  
 O más bien, la justicia y la injusticia  
 (Entre cuyas contiendas incesantes  
 La ley se asienta) perderán su nombre,  
 Como la ley también; y todo ello  
 Será violencia sólo, la violencia  
 La voluntad, la voluntad entonces  
 Apetito feroz, y el apetito  
 Un lobo universal, que secundado  
 Por esa voluntad y esa violencia  
 Cual fiera devorando al Universo,  
 Acabará también consigo mismo.  
 Excelso Agamenón: cuando se ahogan  
 Las jerarquías, síguese ese caos.  
 Si se posponen, vase poco á poco,  
 Al querer avanzar, retrocediendo.  
 Al general desdeña quien se halla  
 En inferior peldaño; quien le sigue  
 A éste desdeña; á quien también desdeña  
 Quien aun está más bajo; y poco á poco,  
 Imitado el ejemplo del primero  
 Que no acató á su jefe, se desata  
 La fiebre perniciosa de la envidia,  
 Sin color y sin sangre. Si de Troya  
 Están los muros aún en pie, se debe  
 A esta fiebre no más, y no á su esfuerzo.  
 Y para terminar mi larga arenga,  
 Mantiene á Troya enhiesta todavía

- Nuestro escaso vigor, no su energía.
- NÉST.** Con gran talento Ulises ha descrito  
La enfermedad que aflige á nuestras huestes.
- AGAM.** De nuestro mal la esencia conocida,  
¿Cuál es su cura, Ulises?
- ULISES.** El gran Aquiles, á quien todos llaman  
De este ejército el nervio y diestra mano,  
Lleno de hueco encomio sus oídos,  
Se cuida de su fama en demasía,  
Y de nuestros proyectos hace mofa  
Recostado en su tienda; y en ocioso  
Lecho también, diciendo toscos chistes,  
Patroclo pasa el día,  
Y con torpes y necios ademanes,  
Que, difamando, imitaciones llama,  
Se burla de nosotros. Asumiendo  
Tu egregia autoridad, algunas veces  
Se pavonea cual actor que cifra  
En recios corvejones su prestigio,  
Y ama oír el diálogo estruendoso  
De sus pies retorcidos con las tablas.  
Y en forma tan violenta y lamentable  
Tu carácter excelso parodía.  
Como campanas discordantes suena  
Su voz y sus palabras ampulosas  
Aun en la boca del feroz Tifeo  
Hipérboles serían. Cuando escucha  
Farsa tan vil ese buen mozo Aquiles,  
Reclinado en su lecho, á carcajadas  
Aplaude con pulmones anchurosos,  
Y grita:—¡Bravo! Agamenón es ése,  
A Néstor, vamos, representa ahora.  
Tose, pues, y acaríciase la barba  
Como si fuera á echarnos un discurso.—  
Como dos paralelas se aproximan  
Se aproxima al modelo, y cual Vulcano  
Se parece á su esposa, á él se parece;  
Pero—¡Bravo!—repite el buen Aquiles;  
Néstor es ése, á no dudar. Patroclo  
Represéntalo armándose, llamado  
Por alarma nocturna; y ¡vaya en gracia!  
De una edad avanzada los achaques  
En objeto de burla se convierten.  
Patroclo tose, escupe, y con incierta  
Mano su gola engancha y desengancha;  
Y al ver la broma don Valiente, dice:

—Basta, Patroclo, ya. Férreas costillas  
 Dame, ó si no de hilaridad reviento.—  
 Para sus farsas nuestros hechos sirven,  
 Cualidades, carácter y figura,  
 El don más escondido de cualquiera,  
 Y los dones de todos, nuestros planes,  
 Hazañas, prevenciones y mandatos,  
 Arengas belicosas ó discursos  
 Pidiendo treguas, triunfos y reverses ;  
 Lo mismo la verdad que la mentira.

- NÉST. É imitando á ese par, á quien ensalza  
 La opinión general con voz potente,  
 Cual dice Ulises, muchos se inficionan.  
 Ajax se ha vuelto ya voluntarioso ;  
 Lleva tan engallada la cabeza,  
 Y camina con paso tan soberbio  
 Como el audaz Aquiles. Retraído  
 Cual él vive en su tienda de campaña,  
 Y en facciosos banquetes satiriza  
 Nuestro aparato bélico, incisivo  
 Cual si fuese un oráculo, induciendo  
 A Tersites, infame que calumnias  
 Acuña con su hiel, á compararnos  
 Con la inmundicia, y toda deficiencia  
 Se escarnece y publica, circundados  
 Estando de peligros inminentes.
- ULISES. Critican nuestra táctica, y la llaman  
 Cobardía. No dan valor alguno  
 En la guerra al saber, y con prejuicio  
 Ven toda precaución, y sólo estiman  
 Lo que hace el brazo. A la tranquila y sabia  
 Facultad que establece cuántos brazos  
 Deben el golpe dar y en qué momento,  
 Y que á fuerza de afanes y experiencia  
 Averigua el poder del enemigo,  
 Ni un ápice de mérito conceden.  
 Trabajos de entre sábanas la llaman,  
 Cartografía, guerra de salones.  
 El ariete, pues, que el muro abate  
 Por causa de su peso y rudo empuje,  
 Tienen en más estima que á la mano  
 Que construye la máquina ; que á esos  
 Cuyas almas dotadas de agudeza,  
 Al emplearlo, á la razón se atienen.
- NÉST. Si esto aceptamos, el corcel de Aquiles  
 De Tetis equivale á varios hijos.

*(Suena una trompeta)*

AGAM. Un clarín. Oye, Menelao.

MEN. De Troya.

*Entra Eneas.*

AGAM. ¿Delante de mi tienda qué pretendes?

ENEAS. ¿Del gran Agamenón la tienda es ésta?

AGAM. Es ésta misma.

ENEAS. Este heraldo, que es príncipe, ¿podría Mensaje honrado dar al regio oído?

AGAM. Con más seguridad que armado Aquiles  
Ante griegos caudillos que proclaman  
A Agamenón su general en jefe.

ENEAS. Grande seguridad: noble permiso.

¿Cómo quien nunca vió su regio rostro  
Lo puede distinguir de otros mortales?

AGAM. ¿Cómo?

ENEAS. Sí tal. Lo digo, pues deseo  
Que mi veneración, cuando despierte,  
Ordene á mis mejillas un sonrojo  
Modesto como el alba cuando mira  
Plácida al joven Febo.¿Dónde está esa deidad en ejercicio  
Y de guerreros guía, el prepotente  
Excelso Agamenón?AGAM. Este troyano  
De mí se burla, ó deben ser en Troya  
Ceremoniosos cortesanos todos.ENEAS. Cortesanos tan puros, tan süaves,  
Tan inermes cual ángeles sumisos.  
Así son en la paz, según es fama;  
Pero cuando pretenden ser soldados,  
Agallas, fuertes brazos, miembros rudos  
Y espadas buenas tienen, y cual nadie,  
¡Gracias á Jove! corazón entero.  
Mas calla, Eneas; cállate, troyano;  
Pon el dedo en tu labio. La valía  
De aquello que se elogia desaparece  
Si el elogio á uno mismo favorece.  
Lo que el contrario á su despecho aclama,  
Es lo que alcanza inmarcesible fama.

AGAM. ¿Es Eneas tu nombre? Di, troyano.

ENEAS. Ese es, griego, mi nombre.

AGAM. Di, ¿qué quieres?

ENEAS. Perdona. Agamenón debe escucharme.

AGAM. Ningún mensaje que de Troya venga



## LOS HEROES EN TROYA

- Escuchará en privado.  
 Ni de Troya
- ENEAS.  
 Para decirle yo secretos vengo.  
 Traigo un clarín para captar su oído,  
 Para hacerle escuchar atentamente.  
 Luego hablaré.
- AGAM.  
 Tan libre como el aire  
 Habla, que Agamenón no duerme siesta.  
 Para que sepas tú que está velando,  
 Troyano, él te lo dice.
- ENEAS.  
 Trompetero :  
 A soplar con vigor. Tu voz de bronce  
 Penetre en esas tiendas perezosas,  
 Y todo griego valeroso sepa  
 Que Troya en alta voz su intento dice.  
 (*Suena la trompeta.*)

Tenemos, noble Agamenón, en Troya  
 A un príncipe á quien nombran Héctor, hijo  
 De Príamo, que á causa de esta larga  
 Y monótona tregua se enmohece.  
 Me ordenó que un clarín me acompañase,  
 Y así hablar :—Reyes, Príncipes, señores :  
 Si se halla un noble entre los nobles griegos  
 Que aprecie en más su honor que su reposo ;  
 Que estime lauros más que riesgos tema ;  
 Que su valor, no su temor, conozca ;  
 Que á su dama ame más que con palabras  
 Y falsos votos que en sus labios selle,  
 Y ante otro pechc proclamar osare  
 Su belleza y valer, oiga este reto :  
 «Héctor, en faz de griegos y troyanos  
 Probará con las fuerzas que tuviere  
 Que es su dama más fiel, bella y discreta  
 Que nunca griego entre sus brazos tuvo ;  
 Y su clarín anunciará mañana  
 Su presencia en un sitio equidistante  
 De vuestras tiendas y el troyano muro,  
 A fin de provocar á todo griego  
 Que ame de veras. Si alguien se persona,  
 Héctor lo acatará. Si nadie llega,  
 Dirá, llegando á Troya, que quemadas  
 Del sol están las griegas ; que no vaíen  
 De lanza alguna ni una astilla.» He dicho.—

AGAM. Nuestros amantes lo sabrán, Eneas.  
 Si en causa tal ninguno se moviese,

Los dejamos, sin duda, en casa á todos ;  
 Pero todos aquí somos guerreros,  
 Y militar no es justo que se llame  
 Quien no amó, piense amar ó que no ame ;  
 Si no hay quien ame, piense amar ó  
 amara,

Con Héctor me veré yo cara á cara.

NÉST. De Nestor hablarás, quien ya era un hombre  
 Cuando el abuelo de Héctor mamaría.  
 Viejo estoy ya ; mas si en las griegas huestes  
 No hay quien tenga partícula de fuego  
 Para honrar á su amor, di de mi parte  
 Que mi barba de plata tras visera  
 De oro yo taparé, y el brazo enjuto  
 Meteré en mi brazal é iré á encontrarle,  
 Y le diré que era mi dama hermosa  
 Más que su abuela, y casta cual ninguna.  
 Y á probarlo á ese joven me prevengo  
 Con las tres gotas que de sangre tengo.

ENEAS. No permitan los cielos tal pobreza  
 De juventud.

ULISES. Amén.

AGAM. Nobilísimo Eneas : ten mi mano  
 Y entra en mi pabellón. Ese mensaje  
 A Aquiles transmitir debo al momento  
 Y á otros jefes y á todo el campamento.  
 Mas, antes, ven. Disfrutarás conmigo.  
 De mi hospitalidad, noble enemigo.

(*Vanse todos, menos Ulises y Néstor.*)

ULISES. ¡Néstor!

NÉST. ¿Qué dice Ulises?

ULISES. Que me bulle  
 Una idea en la mente. Tú de tiempo  
 Me servirás para que tome forma.

NÉST. ¿Qué es ello?

ULISES. Pues es esto. Romas cuñas  
 Parten tenaces nudos. La soberbia  
 En Aquiles granada, á tanto grado  
 Llegó de madurez, que ya es preciso  
 Segarla, pues, si no, puede extenderse  
 Y criar un plantel de mala yerba  
 Que acabará cubriéndonos á todos.

NÉST. Bien ; pero ¿cómo?

ULISES. Aunque en el reto ése  
 Que el intrépido Héctor nos envía

- Nadie en particular está nombrado,  
A Aquiles solamente se refiere.
- NÉST. Tan evidente es ello como cuenta  
Cuyo total pocos guarismos suma;  
Y cuando se publique—no lo dudes—  
Aunque fuera de Aquiles el cerebro  
Como la costa de la Libia estéril,  
Y su esterilidad á Apolo consta,  
Entenderá muy bien, y de seguida,  
Que Héctor en ese reto lo señala.
- ULISES. ¿Y se despertará, se te figura,  
Y le dará respuesta?
- NÉST. Ciertamente.  
Y es preciso. ¿Quién otro sino Aquiles  
Podrá con honra, di, luchar con Héctor?  
Aunque se trate de cortés contienda,  
Gran fama de la lucha se desprende.  
En ella paladean los troyanos  
Lo que tenemos en mayor estima,  
Con su más fino paladar; y, Ulises,  
Créeme á mí, sujeta á ruda prueba  
Queda con este acto caprichoso  
Nuestra reputación, pues la victoria,  
Aunque particular, será la muestra  
De lo bueno y lo malo que tenemos.  
Y semejantes índices consignan  
Lo que grandes volúmenes contienen.  
Es diminuta imagen de la masa  
Gigantesca que allí se desarrolla.  
Al que con Héctor luche, se supone  
Que es de nuestra elección; que fué elegido  
Por el común consentimiento nuestro;  
Que indicó la elección méritos suyos,  
Que es lo que espuma del hervor de todos:  
Destilación de las virtudes nuestras.  
Si fracasare el enemigo, dime,  
¿No adquirirá más méritos? Su fama  
¿No quedará mejor establecida?  
Y la opinión igual valor concede  
A los brazos no más que á arcos y á espadas  
Que los brazos manejan.
- ULISES. Perdona lo que tengo que decirte.  
No debe Aquiles combatir con Héctor.  
Debemos enseñar, cual mercaderes,  
Primero las peores mercancías,  
Para ver si quizás hallan mercado,

Y si no, la belleza de las otras  
Aun mejor lucirá. Jamás permitas  
Que Héctor y Aquiles á encontrarse salgan.  
Se siguen dos funestas consecuencias  
A nuestro honor y á nuestro oprobio á un tiempo.

**NÉST.** No lo perciben mis ancianos ojos.

**ULISES.** Si de Héctor honra alcanza nuestro Aquiles,  
Si orgulloso él no fuera, nuestra fuera ;  
Mas su insolencia ya pasa de raya,  
Y es mejor que africano sol nos tueste  
Que la altivez y escarnio de sus ojos  
Si de Héctor se librase. Si es vencido,  
Padece en ese caso nuestra fama,  
Por fracasar nuestro mejor guerrero.  
Se debe echar á suertes, y arreglarlo  
De modo que á ese necio Ajax le toque  
Habérselas con Héctor. Convendremos  
En que es, de entre los nuestros, el más bravo.  
Y al gran rufián curemos de esa fiebre  
A que el aplauso universal le indujo ;  
Y que agache esa cresta que orgulloso  
Lleva como si fuese el arco iris.

Si el estúpido Ajax en bien saliere,  
De elogios lo adornamos. Si le humillan,  
No se pierde opinión, porque se dice  
Que hombre mejor tenemos. Gane ó pierda,  
Con este plan, de conseguir se trata  
Que Ajax de Aquiles el penacho abata.

**NÉST.** Ahora, á saborear ese proyecto,  
Príncipe Ulises. A probarlo al punto  
Darélo á Agamenón. A verle vamos  
En este instante mismo. Mutuamente  
Se deben amansar esos dos chuchos.  
A esos mastines, cual si hueso fuera,  
Que los azuce su arrogancia fiera.

Escena: el campamento griego.

Entran **AGAMENÓN**, **ULISES**, **DIÓMEDES**, **NÉSTOR**, **AYAX**,  
**MENELAO** Y **CALCAS**.

**CALCAS.** Por los servicios, príncipes, que os hice,  
Hoy la ocasión á reclamar me impulsa  
En alta voz la recompensa mía.  
Recordad que, por serme conocidos  
Los intentos de Jove, huí de Troya.  
Dejé todos mis bienes ; en la tacha  
De traidor incurrí, de establecidas